

EL PRESIDIO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

EL PRESIDIO

Emocionante asunto, totalmente hablado en español

Dirigido por WARD WING

Versión española y diálogo por EDGAR NEVILLE

Argumento por FRANCIS MARION

Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA



Narración de MAURICE AGAL, según la
novela de JACK LART, tomada de la película

PRINCIPALES INTERPRETES

José Crespo . . .	<i>Duncan Morgan</i>
Luana Aleaiz . .	<i>Ana Mariowe</i>
Juan de Landa . .	<i>Butch («El Ametrallador»)</i>
Tito Davison . .	<i>Kent Mariowe</i>
Giovanni Martino .	<i>Wallace</i>
Romualdo Tirado .	<i>Putnam</i>

EL PRESIDIO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Al encontrarse ante las pesadas verjas de hierro del imponente edificio penitenciario, Kent Marlowe pensó, con una abrumadora sensación de rebelde melancolía, que al transponerlas sería para dejar entre aquellos muros, altos y ennegrecidos, diez años de su juventud. ¡Su juventud! ¿Qué había hecho de ella? Había vivido malgastándola en juergas, en fiestas en las que abundaban las mujeres y dominaba el licor, en partidas de juego... un cuanto había de violentamente atractivo y de absolutamente inútil al porvenir de un hombre. A aquella existencia de juerga continua, a aquella desenfrenada carrera por la escarpada pendiente del placer logrado sin esfuerzo, debía Kent Marlowe encontrarse, a los veinticuatro años, ante la negra perspectiva de "echarse" diez años de prisión.

Aunque la resignación principiaba a abrirse paso en su espíritu, Kent conservaba aún un chispazo de feroz rebeldía contra la ley implacable que le imponía tan severa condena por un delito

que por su parte persistía en considerar muy relativo. Ahora, al verse ante los muros del recinto que habría de servirle de murada durante los próximos diez años, vió desfilár de nuevo por su mente los sucesos de aquella trágica noche de Año Nuevo, dos meses antes... La noche en la que se había decidido fatalmente su destino.

Kent había estado empujando el codo más de la cuenta aquella noche. Siempre lo empujaba más de la cuenta. Se sentía particularmente inclinado a la bebida, pues que cada una de las copas la compartía con una rubia arrebatadora, hechicera, ¡júnica! Cierta es que todas las rubias—y todas las morenas, en realidad—parecíanle arrebatadoras, hechiceras, ¡júnica!, cuando se encontraba a su lado compartiendo las copas con ellas. A la frecuente repetición de "otra copa de lo mismo" debíase, pues, la falta de serenidad y de equilibrio que fué de notarse en Kent cuando su hermana, Ana Marlowe, con la que vino a esta fiesta, le sacó de allí para que la llevara

a casa. A la presencia de la rubia y a su creciente "amabilidad" para con él, han de atribuirse las protestas que hizo oír Kent al verse arrastrado por su hermana hasta el automóvil de tipo "sport" que los aguardaba a la puerta. Pero, rubia o no rubia, Ana recordó a Kent su promesa de conducirla a su casa de regreso cuando así ella se lo pidiera. Ana se retiraba demasiado temprano para el gusto de Kent, pero ella no gustaba de aquellas reuniones en las que el vino corría con demasiada liberalidad. Con todo, Kent se consoló con la reflexión de que nada le impediría volver una vez que hubiera dejado a su hermana en casa.

Kent no estaba en condiciones de conducir aquella noche un automóvil y Ana fue la primera en comprenderlo así. La primera y la única, porque en su prisa por regresar al jergorio lo más pronto posible Kent insistió en que él era el que había de tomar la dirección del coche. Y Kent bebido era definitivamente más convincente que Kent serio. No admitía réplicas. Ana, pues, hubo de ceder, mal de su grado.

No, Kent no ha olvidado lo que siguió. Y ahora no será capaz de olvidarlo nunca. Diez años de prisión no se olvidan jamás, ni lo que los ha ganado a un hombre. Después de algunas horas de vaciar una y otra copa "de lo íntimo", el pulso es débil y la vista poco de ensancharse. De aquí que la velocidad que Kent imprimió al automóvil en aquella noche que el manto consolador del óviedo no podría jamás cubrir, fuese doblemente peligrosa.

—¡Cuidado, por Dios!

Si, Kent recuerda el grito de alarma de su hermana. Recuerda también la mirada indulgente que él mostró en respuesta ¡Bah! Un coche que venía en dirección contraria hubo de alterar bruscamente su ruta para evitar un choque inevitable. Sin embargo, por aquella vez, la inquietud de Ana no se vio justificada. Pero luego, al doblar un recodo, que Kent "tomó" sin aminorar la velocidad, alzóse en el camino el espectro ceñudo de la tragedia sin dar siquiera tiempo a la muchacha para lanzar un grito.

Es inútil que Kent oche violentamente el freno y que haga girar al mismo tiempo la dirección. Su borrachera ha desaparecido repentinamente y en toda su lucidez, percibe que se echan ya encima de un enorme automóvil surgido del vacío de la noche... Sus ojos se llenan con la visión de Ana, a su lado, tapándose el rostro con las manos para atajar un enemigo implacable, y de un par de semblantes súbitamente pálidos tras el parabrisa del auto automóvil. Sus oídos recogen un único grito de horror, agudo, penetrante... Tan penetrante, tan agudo, que se le antoja que es habrá de abrir paso a través de los años, hasta el último día de su existencia... Después...

Después, el proceso, el juicio, el fiscal, el abogado defensor, el jurado, los diarios... Ana salió ligeramente herida; él, Kent, ileso... pero obligado a hacer frente a la acusación de homicidio... y, finalmente, a diez años de prisión en la penitenciaría del estado, "convicto de atroz felonía", de la muerte de dos personas y de haber dejado malheridos a cinco más.

Diez años de prisión... Recuerda con horror lo atroz de su delito... pero, ¿acaso no es la pena demasiado severa? Después de todo, no fue sino un accidente... Como crimen, el suyo era cosa relativa. ¡No! ¡Diez años entre aquellos muros sombríos eran demasiado para un solo hombre, para un hombre joven, para un hombre que empezaba a vivir! Después, ¿qué podría reservarle el destino? Porque, sin duda, diez años de prisión dejarían su marca... alguna marca indeleble e imborrable...

Al cerrarse tras él las verjas de la prisión, separándole por los próximos diez años de un mundo que hasta allí fuera para él fuente inagotable de placeres, Kent sintió que había muerto su juventud.

Unido por unas esposas al detective que lo trajo hasta la penitenciaría, Kent, obedeciendo una orden, siguió a un segundo detective que los condujo hasta una pequeña habitación, uno de los despachos del recinto. Un hombre duro de aspecto, ceñudo, desconfiado, ocupaba una silla ante el escritorio. El primer detec-

tive extendió ante él y sobre la mesa una papeleta.

Los ejillos penetrantes del que ocupaba el escritorio—el jefe de patio, Wallace, según rezaba la leyenda escrita sobre la puerta de su despacho—escudriñaron largamente el rostro del prisionero y se fijaron luego en las papeletas extendidas sobre el escritorio.

—¡Homicidio! ¡Hum!—Wallace murmuró, con voz hueca y profunda.

A esta siguió una rápida serie de preguntas.

—¿En la cárcel por primera vez?

—Sí.

—¿Dí: Sí, señor.

—Sí, señor.

—¿Edad?

—Veinticuatro años.

—¿Has servido en el ejército o en la marina?

—No, señor.

—¿Fumase?

—Sí, señor.

—¿Accionado a las drogas?

—No, señor.

So inquietador concluyó bruscamente aquel interrogatorio exclamando:

—¡Registradlo!

Rápidamente, los dos detectives le hicieron de las espaldas y mientras se registraba las delicadas muñecas, le registraron ágilmente, arrojando todo lo que sacaban de sus bolsillos sobre el escritorio, Wallace murmuraba indiferentemente aquella colección: un reloj, una cadena, un librito de notas, unas cuantas cartas, un pañuelo, un amuleto del África Occidental; todas esas efectos personales que tornaban por constituir un factor tan grave en la vida diaria de cualquier individuo. Wallace los amontonó en un rincón del escritorio, excepto un paquete de cigarrillos que empujó hacia el prisionero.

—Los cigarrillos puedes guardártelos—le dijo, magnánimo.

Examinando la billetera del prisionero, dio con una fotografía de Ana Márquez.

—¡Ajá! ¡Ehnda hembra!—comentó. Se volvió a Kent y le preguntó:

—¿Casado?

—No, señor; es mi hermana.

La vista del retrato de Ana le conmovió. Recordaba que estuvo a punto de matarla, en su locura, como a los otros... y ahora se decía que nunca había comprendido cuán querida le era.

—¿Podría quedarme con ese retrato?—se decidió a preguntar.

—Guárdaselo.

Kent le arrojó el retrato de las manos y lo arrojó solacemente. Wallace le señaló el resto de los objetos que había sobre el escritorio y sonriendo irasciblemente le dijo:

—Lo demás se te devolverá a la salida.

Kent hizo un gesto. Implacable, Wallace continuó:

—Cuando se te devuelvan, se te devolverá tu nombre. Desde ahora no eres sino un número... El número 48642... Léveselo.

Se lo llevaron. El interrogatorio había concluido. Pero en "intención" estaba mucha de ser completa.

Ocurrieron, respectivamente: un corte de pelo después del cual no le hubiera sido posible tirarse de los cabellos, un baño en el que el desinfectante era más abundante que el agua y una sesión, larga y extenuante, con los peritos en el sótano Berillon y en impresiones digitales. Pasó después a recibir sus nuevas ropas: un par de toscas pantalones, un juego interior de franela, una blusa del mismo material que los pantalones, un par de pesados zapatos de suelas claveteadas y una gorra de visera extremadamente ancha. Mientras iban pasando estas pruebas, los presidiarios encargados del almácén se gritaban sus medidas:

—Número veinticuatro—decía el uno. Y el otro le había oído:

—Veinticuatro.

—Dos mangas.

—Dos mangas.

—Chaqueta: treinta y seis.

—Chaqueta: treinta y seis.

Kent alargaba el brazo y tomaba una a una las distintas piezas conforme caían sobre el mostrador.

—Camiseta: cuatro.

—Camiseta: cuatro.

—Pantalones: cinco.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Cinco.

—Cinco: diez y seis.

—Dieciséis.

Y la monótona regularidad de aquellas voces, enumerando y repitiendo sus medidas en tono tan natural, haría que Kent experimentara más profundamente el horror de aquella nueva existencia cuyos umbrales traspasaba y para vivir la cual había de vestirse con ropas apropiadas... (con estas ropas que ahora le entregaban estos hombres vestidos con ropas semejantes!

Se vio al fin ante el fotógrafo, mostrando sobre el pecho, en lugar prominente, la cifra infamante: 43342... ¡El

nombre que llevaría durante su nueva existencia!

—¡Quieto!

Obedeció la orden del fotógrafo como había instintivamente aprendido a hacerlo con todas las órdenes que se le daban allí.

La ceremonia de su iniciación había concluido. Sólo restaba ahora el ser recibido por el resto de los "miembros" como uno de los propios. Había recibido su "título". ¿De qué? Se le había condenado por homicidio. Pero allí sería un criminal como tantos otros: como los ladrones, los estafadores, los asesinos... Todos aquellos que habrían de compartir la existencia que ahora iniciaba y que llevaría durante la próxima década.

II

Kent Matheson encontró en seguida en presencia del alcaide de la prisión. El despacho de éste era una habitación completamente equipada y decorada a la moderna, con un gusto sobrio revelador de la personalidad que lo animaba. A través de la amplia ventana de grandes cristales se veía el alto muro del patio de la penitenciaría, desierto a aquella hora, pues que todos los reclusos se habían retirado, y las suntuosas del crepúsculo ponían manchas violetas aquí y allá. De cuando en cuando, algún guarda cruzaba el campo de visión de la ventana, y desaparecía.

El alcaide terminaba una conversación que sostenía por teléfono, sin prestar atención al nuevo prisionero y a su guardián, que permanecían respetuosamente inmóviles cerca de la puerta. Kent observaba atentamente su perfil, severo,

pero no falta de bondad. Sus ojos eran de un gris acorazado y los cabellos principaban a encanecerle alrededor de las sienes. Dejó el teléfono sobre su escritorio y se volvió, con una atenta sonrisa, hacia una mujer de edad madura que permanecía de pie a su lado.

—La siento mucho, hija, pero no podré estar en casa sino hasta las doce. Anda, vete, y suplícale a Tía Luisa que se quede a hacerme compañía. Hasta luego.

Y el alcaide se levantó, tomó del brazo a su esposa y la llevó hasta la puerta. Kent y el guardia se hicieron a un lado. El alcaide dio un beso de despedida a su mujer y abrió la puerta. Al ver marchar, al ver cerrarse la pesada puerta tras su esposa, el alcaide miró a Kent con una mirada larga y penetrante, la mirada de un hombre acostumbrado a pe-

sur y medir y comprender a los hombres en sólo varias una vez.

—Es triste ver a un muchacho de sus años envuelto de homicidio—dijo al fin. Kent replicó:

—Fué un accidente, señor; se lo aseguro.

Su voz era algo ruda y levantó ligeramente la cabeza. Ardía en deseos de explicarse, de hacerse comprender.

—No he olvidado el caso de usted. Supe de ello por los diarios. Usted causó la muerte de dos personas, en un accidente automovilístico...

—Sí, señor, precisamente... fué un accidente...

—Según parece, estaba usted... bebido.

—Fué la noche de Año Nuevo... Había bebido más de la cuenta...

—Hijo mío, probablemente tuvo usted la mala fortuna de ser el escogido para escarmiento de otros como usted, pero tiene que armarse de valor y portarse como bueno durante su permanencia aquí. Va usted a dejar aquí diez años de su vida... El precio de su temeraria imprudencia.

Kent inclinó la cabeza.

—Sin embargo — continuó el alcalde, — su buena conducta, una obediencia perfecta a la ordenanza penitenciaria, podrán ganarle la reducción de su condena. Usted no es un criminal, en el sentido verdadero de la palabra. Es necesario, pues, que le prevenga contra las perniciosas influencias con que tropicará usted aquí... como en cualquiera otra prisión.

—Comprendo, señor... Gracias.

El alcalde hizo una pausa. Ajó la vista en el nuevo y juvenil presidiario y concluyó:

—Sobre todo, recuerda usted que no es el presidio el que hace de un hombre un cobarde. El presidio no hace sino poner de manifiesto la cobardía del que lo es por naturaleza. Ha terminado.

El alcalde sonrió con melancolía y se volvió hacia el guarda.

—¿Han decidido ya en qué celda va a colocarse a este joven?

—Sí, señor. En la celda número tres veintinueve, Sección B.

El alcalde hizo un signo de asentimiento. El guarda ordenó a Kent que le siguiera y ambos abandonaron el despacho. Luego que la puerta se hubo cerrado tras ellos, Pop Riker, un vigilante de confianza, se aproximó al alcalde y le preguntó:

—¿Sabe usted, señor, con quién van a encerrar a ese muchacho?

—No. ¿Con quién?

—Con Morgan, el ladrón más hábil y más peligroso que nos haya honrado nunca con su visita.

La agitación del buen Pop era evidente.

—¿Sí? — replicó el alcalde, sin gran interés.

—Sí, señor. Y por si eso fuera poco, allí está también Rutch, el Ametrallador. ¡Vámonos, señor! ¡Móter a un pobre muchacho como ese en la misma celda con semejantes pájaros!

El alcalde sonrió.

—Vaya, Pop, no te pongas sentimental.

Hizo una pausa y continuó:

—Ya sabes que no podemos evitarlo. Al mal tiempo, buena cara. En el último informe que presenté a la Junta Penitenciaria, llamé la atención de ésta sobre la circunstancia de que hemos encerrado a tres mil prisioneros en donde no tenemos sitio sino para unos ochocientos. Pero esos señores imaginan que el problema de la criminalidad se resuelve metiendo en la cárcel a todos los pecadores del Estado, sin preocuparse después de sus necesidades. ¿Qué nos queda a nosotros por hacer? Y seremos nosotros los que, un día de estos, paguemos las consecuencias de su torpeza. Acuérdate de lo que te digo, Pop.

Pop movió la cabeza tristemente y se retiró. El alcalde se dirigió a la ventana y sus ojos vagaron por el patio de la prisión, que las sombras de la noche principiaban a envolver. A poco, vió a Kent cruzar el patio, doblado ligeramente bajo el peso del paquete de ropas que llevaba; el guarda le seguía. El alcalde suspiró. Su hijo, que estaba ahora en la universidad, tenía más o menos la edad y la constitución de este pobre muchacho.

Morgan — su nombre completo era Duncan Morgan — no había logrado evadir la última de las trampas que la policía le tendió y aunque no carecía de "amigos" y de "influencias", las mismas que en ocasiones anteriores le valían la libertad inmediata después de alguno de sus "golpes", se vió obligado a purgar treinta y nueve meses de prisión. Habían transcurrido ya veintiocho desde que ingresara en la penitenciaría y, pensaba él con inconfesada alegría, apenas si le faltaban once más para verse de nuevo en la calle libre y listo nuevamente para emprender alguna brillante "empresa".

Morgan era un simple ladón. No un ladrón vulgar, porque sus "golpes" no carecían de sistema y de organización, pero nunca había aspirado a otra cosa que al robo, en mayor o menor escala. Antes había sido dependiente en un banco, disfrutando de un sueldo de 60 pesos mensuales y del favor de las mujeres, atraídas por su apostura, su buen ver y su astutal elegancia. Pero la compañía de las damas requirió dinero, y el sueldo con que contaba no podría considerarse suficiente para cubrir las necesidades más elementales de un soltero y menos aún para satisfacer los caprichos, más o menos elevados de precio, de sus amigos. La idea le asaltó naturalmente. Cerca de él, en su calidad de ayudante de cajero, tenía un revólver sobre el escritorio. Nada, tampoco, le costó el llevar a cabo su primer atraco. La víctima fué un hombre casado que volvía a casa de regresa de ver a una mujer que no era la suya. Por dejarle ver su revólver, acompañando en acción con el popular grito de "¡Manos arriba!", Morgan ganó algunos cientos de pesos en billetes de banco y monedas de plata. Su buena fortuna le decidió a "embarrancar" definitivamente en la "carriera".

Pero no tardó en verse "cagado". Un guarda gordinfón, demasiado bruto para experimentar el menor temor, le sorprendió "con las manos en la masa"

y en día malo para cargar con él. Como aquel era, al parecer, el primer delito en que incurrió el elegante y joven ex cajero se le impuso una sentencia ligera "por asalto frustrado". No pudo fijarse responsabilidad alguna en ningún otro crimen o delito. El hombre era "nuevo". Y el hecho mismo de haberle sorprendido *in fraganti*, revelaba su impetividad. Y se ganó dos años de prisión.

Los dos años transcurridos en prisión hicieron de él un hombre "de pasado", un ex presidiario, cuyo nombre aparecía en los archivos policiales. Esos dos años armáronle también de no pocas "ideas", demasiado avanzadas para que la sociedad o sus supuestos guardianes las hubieran aprobado, de conoterías.

Morgan no pensó nunca en "archivar" tales ideas. Muy por el contrario, se dió prisa en ponerlas en práctica. Aunque no le hubieran merecido la aprobación de la sociedad o de sus supuestos guardianes, las ideas recogidas en la prisión le valieron un buen poco. En una palabra, Morgan, después de su permanencia en aquel lugar educativo, convirtiéndose en un ladrón mejor de lo que antes lo fuera. Sus empresas vendíanle mayores beneficios y la policía le encontraba más escurridizo que antes. Y cuando las circunstancias habían conspirado contra él y Morgan se veía cogido entre sus cordiales brazos, allí estaban sus "amigos" para procurarle una pronta libertad. Su existencia, pues, aunque escabrosa, no carecía de encantos.

Un buen día — para él, seguramente, un mal día — la policía tuvo mejor suerte, gracias a la colaboración de una rubia "sacrista", que turbaba momentáneamente los sentidos del amante aventurero. Morgan cayó en la trampa y en esta ocasión sus amigos se hallaban demasiado lejos o demasiado ocupados para sacarle de ella. Sin embargo, alguno estaba allí que obtuvo para él una sentencia mínima: de cinco a quince años. La voz del juez era altisonante e imponente al pronunciar la sentencia, pero Morgan sonrió al oírlo. El mínimo era lo que importaba. En treinta y nueve meses estaría libre. Sus "relaciones" cuidarían de ello, cuando se tratara de re-

comendarle a la Junta de Perdones. Ellos cuidarían de acudir a sus miembros cuando éstos estuvieran de buen humor y hablarían disimulando de un buen almuerzo, recomendándole por su buena conducta y su "bonrazón". A él tocaría dar pruebas de aquélla, y de ésta en particular, devolviendo solamente el dinero "concentrado" de cuando en cuando en el patio o en el comedor del presidio. ¡Oh! ¡En treinta y nueve meses es-

taría nuevamente en la calle, respirando el aire de la libertad!

De aquí que, a sus ojos, la condena de diez años impuesta a Kent Marlowe, un muchacho de veinticinco, sin "amigos", sin "influencias", sin "relaciones", le pareciera exorbitante. Al conocerla, experimentó un asombro. Porque, el hombre de decir la verdad, Morgan era enemigo del exordio.

III

Butch Schmitt, El Ametrallador, se escapaba de su tópico favorito: el asesinato. Sus actividades en ese interminable campo se habían visto definitivamente interrumpidas porque él era huésped del lugar "a perpetuidad". Le gustaba, sin embargo, hablar de su obra pasada. Los dedos de la mano no le alcanzaban para contar sus víctimas. Dos manos más que hubiera tenido entonces habrían bastado. Y las vidas que había cobrado, le habían llevado allí por vida.

—La alegría ante todo, ese es mi lema — decía, sentado a la orilla de su catre en la celda número 329, Sección B y sin detenerse a observar que Morgan no le prestaba atención alguna.

—Pero la alegría debe tener sus límites, especialmente cuando hay que "trabajar". Para "afuilar" a éste o aquél, hay que estar bien despierto. No me hubieran cogido nunca si no hubiera cedido a la tentación de echarme un trago más. De cualquier modo, a mis tres últimos clientes les afuila con limpieza y prontitud: no lanzaron ni un grito. ¡Oh, Morgan!

Morgan, tendido en el catre superior,

el rostro vuelto a la pared, se limitó a gruñir. Por su parte, mientras escuchaba hablar a Butch sin oírlo, reflexionaba. Por lo general, el lenguaje humorístico de Butch le divertía. Esta noche, con todo, le dominaba una impresión desconocida. ¿Qué habría hecho él de su vida, si hubiera tenido la fortuna de tropezar con la mujer que le convenía? Esta idea, que le asaltara anteriormente en ocasiones, surgía ahora con más fuerza.

Tratándose de mujeres, sus ideas diferían por completo de las de Butch. Para el Ametrallador, una mujer era una mujer: es decir, un hombre. En alguna ocasión, una de las raras ocasiones en que Butch se ponía sentimental, recordaba, suspirando, que "Sally era una vieja tolerable" y lamentaba haberse visto obligado a "acogerla con un insecticida".

El hombre era un gigante, de un corazón más duro que sus músculos. Su afición a la broma era de una tan cruel naturaleza que se convertía fácilmente en una furia bestial. Se había ganado la simpatía y el temor de todos los reclusos. Les hacía víctimas de todo gé-

acero de alabastro y al propio tiempo las instalaba contra los guardas del presidio. Para con éstos se mostraba benévolamente respetuosa. Ante ellos aparecía siempre sonriente, humilde y dócil, pero tan pronto como se retiraban, llamaba sobre ellos todas las maldiciones del cielo y el infierno.

Había Butch, por la milésima vez, de la historia con que había "despachado" a los hermanos Mulligan y a la banda de Larry (sus "obras maestras"), se avanzaría él, cuando el fino oído de Morgan percibió el rumor de pasos de varios hombres que se aproximaban a una celda. Los pasos no tardaron en acercarse, haciéndose más distintos, y por fin se detuvieron a la puerta. Él siguió oyendo la voz de Sandy, el guarda de la sección:

—Aquí es.

La puerta de la celda se abrió. Al ver las dimensiones del lugar y las dimensiones de Butch, que parecía llenar la completamente, Kent Marlowe vaciló. Pero el guarda le indicó de un empujón y abrió la puerta tras él. Kent se alzó a los brazos de la verja de la celda y estuvo a punto de lanzar un grito de protesta.

—¡Hola, muchacho!

La voz de Butch, dándole la bienvenida, le entera. Sin responder, pasó la vista por la celda, fijándola después en sus ocupantes y en los tres catres, que, puestas una sobre el otro, ocupaban las dos terceras partes de la habitación. Tres ganchos para la ropa y un cubo de agua completaban el mobiliario. Los ojos malignos de Butch, bajo sus párpados arrugados, le helaron de terror.

—¡Hola, digo!

Kent replicó con voz algo débil:

—¡Hola!

—Estás en tu casa — prosiguió Butch, con un aire más cordial —. Haz lo que quieras... aquí eres libre. Aquel es tu catre.

—Gracias.

—Allí arriba el aire es fresco y la vista magnífica. ¿Cómo te llamas?

—Kent Marlowe.

—¿Vas a acompañarnos por mucho tiempo? ¿A qué debemos tu visita?

—Homicidio. Fue una... — principió Kent, arrojando su mano y su colchón al catre superior.

—¡Vuuu! ¡Me gusta! ¡Y a quién despachaste?

Arrostrado por su franco entusiasmo, Butch le alargó la mano:

—Tras acá esta mano.

—Fue un accidente — concluyó Kent.

—¡Sin duda! ¡Un accidente!

Y Butch le guiñó el ojo maliciosamente.

—¡Morgan! ¡Estamos de visita... Y no es ningún delito, aunque lo parezca.

—El automóvil chocó contra otro... — quiso continuar Kent.

La actitud de Butch cambió inmediatamente. Comprendió.

—¡Ohhh! — el tono de su voz revelaba un profundo desprecio — ¡Cualquier homicida, eh! ¡Bah! ¡Te creía un honorable! ¡Morgan! ¿Se trata de un "forastero"?

En la jerga penitenciaria, un "forastero" era el que daba excusas por haber cometido un delito cualquiera.

Butch asumió desdenosamente. Morgan, interesado por la "visita", se acercaba desde lo alto de su catre y examinaba a Kent con interés y con simpatía. Kent se despojó de su chaqueta y, dando un salto, Butch se la quitó de las manos con un gesto de fingida cortesía. Morgan sonrió. Afectando escepticismo, Butch metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y se apoderó de los cigarrillos. Morgan le vió, aunque Kent no se dio cuenta del robo.

Morgan creyó oportuno presentarse.

—Morgan, a tus órdenes.

Kent adelantaba en él a un hombre distinto de Butch.

—Kent, para servirte.

Agilmente, Butch extraña un cigarrillo y lo encendió. Kent se sintió inclinado a conversar con Morgan, en quien cada vez cierta simpatía hacia él.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Algo más de dos años.

—¿Por qué le condenaron?

—Por robo.

Butch comentó:

—Los ladrones me fastidian.

Y dió una larga chapada al cigarrillo.

Kent registró los bolsillos de su chaqueta en busca de sus cigarrillos. Al no hallarlos, se volvió contra Hutch.

—¡Usted me cogió mis cigarrillos! — gritó.

—¿Cómo?

—¡Usted me los sacó del bolsillo! — insistió Kent.

Dutch dio un salto y se volvió, mirando amuchamadamente al joven desde la altura imponente de su fuerza. Una sonrisa cruel brilló momentáneamente en su rostro endurecido. Con un gesto insolente echó a la cara del joven una bocanada de humo.

—¡Miserable embustero! ¿Quién dice que tenía cigarrillos?

—¡Usted me los quitó cuando estubo en el chaqueta!

—¡Vot! — rugió Hutch, haciendo un gesto amenazador.

—¡Vámonos, devuélvame los — suplicó Kent.

—Yo no te los he cogido. Vires un fresco. Aquí no hay ladrones. Yo soy un asesino, pero no un ladrón, ¡no!

Kent buscó la mirada de Morgan para recibir de él una confirmación de sus sospechas, pero en sus ojos encontró apenas una expresión de indiferencia. Desesperado, se volvió a la varja de la celda y gritó:

—¡Guarda! ¡Guarda!

Hutch dio un salto.

—¡Cállate! — rugió —. ¡Cállate a tu suerte el pecoso!

Agarró a Kent de un brazo y se lo apartó con todas sus fuerzas, clavando en él al mismo tiempo una mirada furiosa.

—¡Vámonos! ¿Qué te crees tú? ¿Qué estás en la escuela? ¡Cállate el hocico o voy a enseñarte las uñas al pecoso — y huirán en unido de carbata tan firme que no podrán ni vértelo al pecho!

—¡Suéltame! — protestó Kent, con voz débil.

Los pasos de un guarda se aproximaban apacientemente. Hutch se dispuso a salir en extra. Rastregándose el brazo dolorido, Kent se acercó a la puerta de la celda.

—¿Qué es lo que pasa aquí? — llamó la voz de Sandy.

—Este hombre me robó los cigarrillos — respondió Kent, señalando a Hutch.

—Es un majadero — comentó éste, complacido, mientras se quitaba los pantalones.

—¿Es verdad eso, Morgan? — preguntó Sandy.

—No lo sé. Estaba durmiendo, señor.

Y Morgan, bostezando, se volvió de nuevo hacia la pared. Sandy apeló directamente a Hutch.

—Confiesa. ¿Le quitaste los cigarrillos?

—Mi palabra de asesino, el muchacho miente con toda su jeta.

Kent quiso protestar, pero Sandy levantó el brazo.

—Una palabra más, muchacho, y te mando a dormir a la manzanera. Basta ya de hacer ruido.

—Peru.

—¡A callar!

El guarda se marchó. Kent se volvió hacia Hutch, quien se había puesto en pie haciendo una mueca amenazadora.

—¡Conque te gusta pedir el estudio de los guardas, eh! Bien; te las pongo la primera lección del novicio. A las seis y media se las castiga como se merecen, ¡así es!

Y asió a Kent un tremendo puñetazo en la quijada con toda la fuerza de que era capaz. Kent cayó al suelo sin exhalar un quejido.

Morgan le levantó:

—Hutch, eso no está bien. No le vuelvas a hacer.

—No es nada. Fue un cablón.

—Trépalos a un extra.

—¡Yo?

—Tú, Andá.

Morgan volvió hacia Hutch obedeciendo a Hutch. Éste levantó al muchacho exánime y lo colocó en un extra, cubriéndolo con la manta. Morgan le cogió del brazo.

—Y ahora devuélveme los cigarrillos.

—¿Cómo?

—Que le devuelvas sus cigarrillos.

Su tono era firme y no admitía réplica.

—¿Yo? ¡Si yo no los tengo! ¡Qué te crees tío!

—Vámonos, no pretendas engañarme.

Butch se irguió:

—Mira, Morgan: A mí no me ha llamado nadie embustero sin pagarlo con su vida. Comencé...

—¡Oh! sí, sin duda... Pero ya vas lo que te has ganado... Haspodaje perpetuo en este hotel.

—¿A mí?

—A ti, sí.

—Pues a ti no te ha ido mal.

—En efecto, Butch. A veces, el listo y el torpe corren la misma suerte. Ahora devuélvete al muchacho sus cigarrillos.

—Buena, bueno... después de todo, estaba bromando.

Sacó los cigarrillos y los deslizó en uno de los bolsillos de la chaqueta de Kent y, al hacerlo, su mano tropezó con una tarjeta. La sacó.

—¡Carabón!—exclamó. Volviéndose a Morgan, le alargó la tarjeta y le dijo:

—Mira eso.

Via una fotografía. Morgan la tomó.

La mirada de Ana Morgan, clara, serena, franca, encontró la suya. Fue primera vez en su vida se sintió enojado de vergüenza. La mirada de aquella joven, una mirada penetrante y comprensiva, parecía reprocharle por su existencia deshonrosa e indigna. En esta fotografía Morgan reconoció a la mujer adorable y buena que había conocido siempre para sí... y que comprendía que habría hecho de él otro hombre. Esta era la mujer con quien estuviera sufriendo aquella tarde. Por nada del mundo se desprendería ahora de este retrato y se prometía averiguar por cualquier medio el nombre de la joven.

Los clarines tocaron silencio y el grito de los guardas encontrados eco en todos los rincones de la prisión.

Butch se había metido ya bajo la manta. Morgan se guardó el retrato y clavó la vista en el techo de su celda. Las luces se apagaron. En el catre superior, Kent principió a gemir. Presa de extraña sensación, Morgan apaló la cabeza en la almohada...

IV

Llenaban el presidio, como una enorme manada, tres mil delincuentes a quienes los turnos oscuros de "influencias", "amigos" y abogados no habían logrado librar del castigo; asesinos, estafadores, falsarios, chantajistas, salteadores, morfinómanos, ladrones; en fin, todas aquellas veras que forman la más siniestra de las ramas del árbol de una sociedad moderna. Las celdas, los talleres, las salas comedores estaban atestados de ellos. Se les alimentaba con carnes pasadas, verduras agrias y pan-

taplés. La respuesta que se daba a sus quejas era un silencio y si alzaban la voz, se mostraban la menor resistencia, se les encerraba en la manorra, en la "refrigeradora", según su propia jerga, "para que se calmara su ánimo", para que "refrescaran sus frentes acalorados".

Los guardas encargados de los parapetos recorrían los muros con los nervios en tensión y el índice en el gatillo de sus rifles automáticos; y los guardas a quienes no se permitía portar armas

de fuego, hacían uso de sus latones con la mayor frecuencia posible y a la Permanec provocación. El alcalde sentía crecer en inquietud día por día. En ocasiones, los prisioneros, encerrados allí tal como fieras en un parque zoológico, manifestaban un resentimiento en religiosas protestas a las horas en que se concentraban reunidos y los guardas no lograban dominar el pandemonio que entonces surgía.

En la penitenciaría del Estado, el código según el cual se rigen los criminales en la prisión, observábase con mayor rigor que en ninguna otra de las instituciones penales y los reclusos acataban sus leyes con mayor celo que el que revelan las personas "respectables" para las leyes que les gobiernan. Era este código el de la protección mutua: ¡Nada de suplentes! ¡Nada de espías!

Era el código de un mundo criminal en el que la traición inspiraba una muerte rápida, callada y violenta. En la prisión, el prisionero se siente solo contra el mundo entero. Pero en la prisión, como en todas partes, no faltaban las traiciones.

Kent, que recibió de manos de Hatch la primera lección acerca del código penitenciario la misma noche de su entrada al presidio, había descubierto que provocaba un estado de inquietud y desasosiego entre los penados que auguraba futuras violencias. Día a día, éstos cobraban mayor audacia e insolencia.

Desde la llegada de Kent, hacía ya más de tres meses, Morgan procuraba hacerle durante la hora de "recreo" en el patio de la prisión, desear de trabajar amistad con él y de obtener de sus labios el nombre de la joven cuyo retrato había extraído de su chaqueta. Lo desagradaba, sin embargo, el que el muchacho, que levantaba la voz porque le robaban los cigarrillos, no se hubiera atrevido nunca a decir esta boca es mía al descubrir la pérdida del retrato de la que él, Morgan, suponía ser su novia o su amante. El muchacho, indudablemente, era un cobarde. Descaba saber de él el nombre de la joven y la clase de loco que les unía a ambos. Sin embargo, Kent se mostraba cívico, melán-

cólico, marra. Morgan trató un día de manifestarle su simpatía, aunque a veces el recuerdo de la muchacha cuya fotografía ocultaba bajo la blusa provocaba en él unos celos primitivos.

—Vámonos, muchacho, no hay que temer las cosas tan a pecho—le dijo, paternal.

Kent se rebeló.

—¡Que no tema las cosas tan a pecho! ¡Te crees que esto se ha hecho para mí? ¡Esta vida estará bien para hombres como tú...! ¡Digo, como Hatch!... Pero para mí la cosa es distinta. Este ambiente y el trato que recibimos no están hechos para mí.

—¡Bah! Aunque tú no lo creas, Hatch es un hombre exultante... Los matones, por lo general, son exultantes muchachos. Al menos, nada tienen de falsos o de cobardes.

—Hatch no me merece la menor simpatía... No es de los míos... Y continuamente me hace víctima de sus bromas y de sus malos humores.

No era sólo Hatch el que había hecho de Kent "el chivo expiatorio". Todos los reclusos admiraban en él a un "forastero". Le hacían constantemente objeto de sus pailas y pasto de sus insultos. En una ocasión, durante la hora concedida a los prisioneros en el patio, un grupo le rodeó, manifestándose ávido y curioso.

—Kent, ya sabemos que levantas el vuelo—dijo uno.

—¿Cómo? ¡Qué quieres decir!—preguntó Kent, sorprendido.

—Lo que ayer... ¡Já me lo dijo. El muy cochino eye más de lo que debe. Ya sabes que está encargado de limpiar el despacho del alcalde.

—¿Le has oído hablar de mí?

Kent no podía ocultar su ansiedad. No quería dar crédito a sus oídos, temía dar una mala interpretación a las palabras de sus compañeros.

El que había hablado prosiguió, mientras los otros se esforzaban por concertar un grave continente:

—Sí. El alcalde dice que eres un chico demasiado "fino" para seguir aquí.

—¿Y me van a dejar salir?—se decidió a preguntar Kent.

—Naturalmente.

—¿Cuándo?

—En cuanto llegue el permiso del Gobernador. ¡Suerte te dé Dios, hijo, suerte te dé Dios!

—O el diablo—comentó uno de los presentes.

Un nuevo reclamo se unió al grupo, preguntando insistentemente:

—¿Quién de ustedes es Kent Marlowe? ¿Quién de ustedes es Marlowe?

Kent se adelantó, iluminados los ojos por la esperanza que había a su pecho. Se veía ya libre, lejos de estos muros odiados, de la compañía de estos hombres, ¡lejos de Dutch!

—¡Yo!—respondió.

—Wallace te anda buscando.

—¿Wallace? ¿Qué quiere?

—Darte personalmente una gran noticia... Que te han perdonado.

—¿Qué suerte la tuya, Kent!—exclamó alguien.

¡Qué suerte, sí! Kent no se atrevía a creerlo. Y, sin embargo, no era del todo suerte. ¿Acaso era este su lugar? ¿Era él, acaso, igual a los hombres que le rodeaban? Estos eran todos criminales de la peor especie. El era un hombre honrado, a quien un desdichado accidente había llevado allí. Echó a correr. Un grito le detuvo:

—¡Espérate! ¡No vas a despedirte siquiera!

Kent se detuvo y se volvió.

Se sintió generoso en su felicidad. Sonrió.

—Sí, seguramente. ¡Adiós!

Algunas voces le respondieron. Las más, difícilmente pudieron contener la risa. Kent siguió corriendo hacia la puerta que comunicaba el patio con una de las alas del edificio penal. Uno de los guardas estacionados allí lo detuvo.

—¡Eh, muchacho! ¿Adónde vas?

—El inspector Wallace me mandó llamar—respondió Kent, jadeante.

—¿Qué hay—inquirió el propio Wallace, abriendo la puerta y presentándose en escena.

—Me dijeron que me buscaba usted, señor, porque me han concedido el perdón.

Wallace sonrió entre paternal y burlesco.

—¿Sí? ¿Y quién te lo dijo?

—Los muchachos... Aquellos de allí. Me dijeron, ¿verdad?—Una duda horrible le asaltó.—¿O acaso se burlaban?

—¡Claro, muchacho, claro! ¡Te has tomado el pelo!

—¿No me van a poner en libertad, pues?—La emoción ahogaba su voz. Para ¡claro!, ¿qué otra cosa podía esperar de hombres como estos?

—No, muchacha. Todavía te quedan muchos años por pasar entre nosotros. Anda, echa a andar.

Kent retrocedió y procurando arrojarse al muro, se esforzaba por contener las lágrimas que brotaban de sus ojos. Un concierto de voces le recibió.

—¿Cómo! ¿Tú aquí todavía?

—Pero, ¿no te habías marchado?

—¿Kent! ¿Tú aquí? ¡Si te hacíamos ya en cuenta!

Las burlas se hundían en su pecho provocando en él una sensación semejante a la que experimentaría si se le hubiera abierto una herida por la cual escapase su sangre a borbotones. Un guardia se aproximó, amenazador, y dispuso prontamente el grupo:

—¡Vámonos! ¡Siguen adelante! ¡No se permite formar grupos!

Kent quedó solo, estrechándose contra el muro en el rincón más lejano del patio. Nunca hasta entonces había sentido lo mucho que oculta el corazón del hombre de burla y de crueldad. El presidio le educaba.

La llegada del correo era un acontecimiento memorable en la prisión. Pop era el encargado de distribuirlo mientras los reclusos se hallaban en el patio. Al verla aparecer aquella mañana, Morgan se le aproximó.

—¡Hola, Pop! ¿Carta para mí?

—No. Y si la hubiera, no te la daría.

—¿Tan generoso como siempre, Pop!

—No me adules—gruñó el viejo.

Seleccionó unas cartas de entre las que llevaba y las entregó a Morgan.

—¡Ah! bien... Una para Butch y otra para Marlowe. Para ti, nada.

—¡Qué le vamos a hacer, Pop! Vengan acá. Yo se las entregaré. Gracias, Pop.

Morgan se alejó en busca de Butch. Le encontró en el centro de un grupo al que deleitaba con el relato de alguna de sus matanzas al por mayor.

—Carta para ti, Butch.

El Ametrallador levantó la cabeza.

—¿Carta?— ¿Para mí?

Se rieron entre sí, viejo y enfurecido, señalaba la más franca e ingenua sorpresa.

—Para ti, sí.

Butch lanzó un exagerado suspiro. Se encogió de hombros y murmuró:

—¡Vaya! ¡Que no me han de dejar en paz las mujeres!

—Y qué culpa tienen las pobrecitas, Butch? Mírate al espejo. ¡Qué mujer podría resistir tu sonrisa?

Morgan le entregó la carta y preguntó:

—¿Y Kent?

—No le hemos visto—respondieron algunos.

En busca de Kent, Morgan se alejó, dejando nuevamente a Butch entregado al corrillo de sus admiradores a los que ya había participado de su carta.

—¡Ajá! ¡Carta de Margot!—murmuró, alargando la boca en una beatífica sonrisa.

—¿Margot?—preguntó alguien—¿No la habías plantado?

—¿A ella? ¡Imposible! ¡Está "ida" por mí!

Butch desplegó la carta con gran parsimonia y principió a leerla en alta voz, no sin antes leer fuertemente una o dos veces.

"Pierpolla mía: ¡Si supieras cómo te echo de menos! ¡Cada día estoy más loco por ti! Sin ti, la vida es un infierno. Los únicos momentos felices de que disfruto son los que paso durmiendo, porque contigo contengo todas las noches."

Un coro de risas siguió a sus palabras. El presidio se divertía.

buscando siempre la manera de quedar bien con el alcaide o los guardas sin enemistarse con los penados.

—Le tengo miedo—continuó Kent volviendo ligeramente la cabeza.—Cualquier día me mata. Lleva encima un cuchillo que no vacilaría seguramente en clavarme en la espalda.

El interés de Oliver aumentó en seguida. El informe era de importancia.

—Un cuchillo, ¿eh? ¡Estás seguro?

—Se lo he visto varias veces—afirmó Kent; y temieron de ser oído de algún amigo de Butch, el muchacho hablaba

V

—Me molesta continuamente y se enreda en mí como una fiera. Cuando desfilamos, me da de pontapiés por la espalda, me empuja, me pega en los talones, y al voltear la cara, se limita a sonreír inocentemente o hace una mueca de burla.

Kent Marlowe daba libre curso a las quejas que venía guardando contra Butch. Frank Oliver, un presidiario de los dignos de confianza, encargados de la vigilancia de los demás, purgando diez años por robo, le oía con atención. Era un hombre obsequioso, falso, adulator,

en voz baja y pasando la vista de un extremo a otro del patio.

—No temas—le tranquilizó Oliver—. Este cuchillo no le va a traer nada bueno. Va la verdad. ¿Sabes de quién lo obtuvo?

—Lo ignora. Hace meses que se lo pasan de mano en mano. Entiendo que su propietario original está encerrado en la "refrigeradora".

Oliver se aproximó aún más a Kent y murmuró en su oído, dando a sus palabras un énfasis siniestro:

—Esta es tu oportunidad de vengarte de Butch. ¿Por qué no le "aspiro" al alcalde le del cuchillo?

Kent retrocedió, los ojos desorbitados de terror. Lanzó una rápida mirada a su alrededor y exclamó:

—¡Oh, no! ¡Eso no!

—Aprende a vivir, hijo. Cosas como esas te ganarán el favor del alcalde y se te reducirá la pena. A mí me han reducido la sentencia a diez años por pequeños amojanitos. Y tú podrías estar tranquilo.

Kent movió la cabeza.

—¡No! Butch sería capaz de matarme!

—¡Vamos, hombre! —sonrió Oliver maliciosamente—. ¡Si no vas a publicarlo en los periódicos!

—¡Consejo de familia!

La voz de Morgan hizo volverse a Kent bruscamente. ¿Hubría oído algo? Si era así, sus días estarían contados. Sin embargo, la mirada penetrante de Morgan era sólo una mirada de sospecha y desconfianza. Consultó a Oliver y sabía qué esperar de él.

Morgan continuó, dirigiéndose aparentemente a Kent en particular:

—Butch es amigo mío, ¿sabes? Y el que le ofende a él, me ofende a mí.

Indicó con un gesto a Oliver y agregó:

—Kent, cuida de que no se te vea con ciertos individuos.

Kent quiso rebelarse.

—¿Por qué no?—replicó—. Oliver ha sido el único de los penados que me ha mostrado el menor interés.

Oliver se encogió de hombros y gruñó:

—Le daba consejos.

Morgan fijó en él los ojos azules y escrutadores:

—Serían buenos, ¿eh?

El otro no respondió. Se limitó a sonreír enigmáticamente y se retiró sin revelar la menor prima.

Morgan se volvió a Kent.

—Ten cuidado, Kent—le dijo con voz firme—. El camino que llevas no es el más seguro. Las gaseas y el "aspio" no te llevarán a ninguna parte... que no sea a donde no te gustará ir.

—Ni me gaseo, ni tengo necesidad de tus consejos —gritó Kent, irritado—. Pero no puedo tolerar más tiempo la idea de continuar compartiendo la celda de un ladrón y un asesino.

Morgan se irguió y dejó caer sobre él una sonrisa de paciente ironía:

—¡Ah, sí! ¡Olvídaba que eres un señorito! Pero—agrega, prestando a su voz una inflexión amenazadora—no olvides que entre nosotros hay un código que prohíbe el "aspio", bajo... pena de muerte.

Kent se estremeció y guardó silencio. Aunque fuera para vivirla entre aquellas cuatro paredes, la vida era dulce. Morgan cambió de tono y sacando una carta de debajo la chaqueta, se la alargó:

—Toma; para ti.

Y sin decir una palabra más, se alejó. Morgan encontró a Butch rodeado de sus felices: Olsen, el Sueco, Joe Lafinski, llamado El Topo, ex salteador, convertido en "privilegiado" o presidiario digno de la confianza del alcalde: el jardín de la cárcel le estaba encomendado; Dokey, quien por obscuros caminos se daba aún más allá para obtener su imprescindible morfin y se la inyectaba con ayuda de un oxidado alfiler de seguridad, y Putnam, un tartamudo, que había convertido a un hombre en cordero porque llevaba palmas. Dos o tres más completaban un corrillo que seguía con interés las peripecias de una carrera de carreras. Las apuestas de cigarrillos se multiplicaban. Joe se ofreció a cuidar de éstos.

—¡Sí! —le atajó Butch—. Y de ti, ¿quién va a cuidar?

Y cuidadosamente reunió los cigarrillos.

Los regados por el suelo y los colocó en un rincón a su lado. Nadie aventuró la más ligera protesta. Butch les merecía el más profundo respeto. Pero cuando observaron que allí una de las curachaas llegó a la meta mientras la segunda permanecía inmóvil en el punto de partida, el más profundo respeto no hubiera bastado a apagar la sospecha que surgió entre los jugadores. Todos los ojos se volvieron a Butch, que mostraba un aire de la más dulce inocencia. Alguien levantó el insecto derrotado y en seguida lanzó un grito:

—¡Aquí hubo trampa! ¡Estaba pegada al suelo con goma de mascar!

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? — Inquirieron ansiosas, multitud de voces, a las que Butch fué el primero en unir la suya. El Ametrallador pasó por el grupo una mirada furibunda.

—¿Quién fué el gracioso? — ruidó.
—Te lo informé Morgan, con toda calma. Al mismo tiempo, se inclinó, recogió los cigarrillos y se los guardó en la chaqueta. Butch se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?
—Vamos, no serás capaz de engañar a tu mejor amigo, Butch.

Butch no respondió. Metió la mano bajo la chaqueta y sacó un cuchillo que desmenuó con un ligero movimiento. Con rapidez dió un corte en la chaqueta de Morgan, que permanecía inmóvil, y deslizando la mano por la abertura, se apoderó de nuevo de los cigarrillos.

—¡Cuidado en moverte! — advirtió, francamente amenazador.

Lajenaky, inquieto, le tiró ligeramente del brazo.

—Cuida tú de que no te vean o van a meterte en el refrigerador.

—¿Sí? ¡Pero antes, van a tener que entrar a este guapo!

Morgan sonrió.

—No sería a mí solo, Butch precioso.

—¡Guárdate el cuchillo, Butch, que viene Wallace!

La voz de Kent obró instantáneamente en el grupo. Butch ocultó el cuchillo rápidamente y el corrillo adoptó una actitud de indiferencia. El guarda Wallace llegó y examinó a Butch y a sus

amigos con una mirada que buscaba penetrar sus secretos.

—¿Qué pasa aquí? — preguntó.

—¡Oh!, nada — aventuró Butch —. Morgan y yo estamos jugando.

—¿Jugando? ¿eh?

Se detuvo al lado de Morgan y examinó el rasgón que mostraba en la chaqueta.

—¿Jugando, acaso? — preguntó.

Morgan y el Ametrallador cambiaron una rápida mirada.

—¡Oh!, no, señor.

—Bien. ¡Morgan! Cuida de llevar comida esa blusa la próxima vez que te vea, ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Y ahora, ¡lárguense, o van a parar a la mazmorra!

Se inclinó, recogió los cigarrillos que Butch había dejado caer, y, guardándoselos, se alejó, mientras el grupo de peonados se dispersaba. Butch farfolló algunas maldiciones que le desahogaron un poco en monoscabo de la dignidad de Wallace. Al ver a Kent, corrió paternalmente:

—Bien, muchacho. No eres tan cochino como te suponía.

Kent se sintió enrojecer. ¿Por qué el negativo elogio que Butch le prodigaba le hacía sentirse halagado?

Morgan y Butch se alejaron juntos. Al llegar al rincón del patio en el que celebraban todas sus conversaciones "íntimas", Butch sacó un papel del bolsillo.

—Léeme esa carta, Morgan.

Morgan tomó la carta.

—¿De Margot? — inquirió, sonriendo.

—¡Qué Margot ni qué calabazas!

Además, ya sabes que no sé leer.

—Se trata de tu madre, Butch.

Butch hizo un gesto de sorpresa.

—¿De mi madre? ¡Miren qué calladito se lo tenía la vieja! ¡Nunca me dijo que supiera escribir!

—No escribe ella, sino un amigo tuyo...

Tony. Pero cállate el hocico; te la voy a leer.

—Lee, pues.

Morgan leyó:

"Querido Butch:

Tu madre cayó enferma, pero no qui-

so que te lo dijera. Fui a verla una o dos veces al hospital y me dijo que no quería que pasaran cuidado por ella. Ayer se murió y como no había para el entierro, corrió por cuenta del hospital. Todo lo que hicimos fué mandarle unos flores. Hasta más ver,

Tony."

Butch permaneció unos segundos pensativo.

—¡Parece mentira!—comentó al fin. Hizo una pausa y agregó: ¿Habrá sufrido, Morgan?

—No lo creo, Butch. Se habrá quedado dormida.

—¿Crees, Morgan?

—Era ya muy vieja, ¿no, Butch?

—Setenta años cumplidos. Era una mujercita como un piñón, pero más peligrosa que un polvorín.

Butch se dejó arrastrar por sus recuerdos.

—Había que verla, la última vez que me echaron mano... ¡Qué fueras las de la vieja! Tres polizontes no bastaban para sujetarla... A uno le arrancó un dedo, como te lo digo... Lástima que no la hayas conocido.

—Lástima, Butch.

Oliver surgió ante ellos y los dos guardaron silencio.

—¿Tienes fósforos, Morgan?

Morgan le alargó uno. Oliver encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Buenas noticias, Butch?

Butch le miró con aspereza:

—Cuando andas cerca, no las puedes haber buenas.

Oliver trató de sonreír.

—Butch siempre de broma, ¿eh, Morgan?

—Hay veces que habla en serio—replicó éste significativamente.

VI

—¡Pensado otra vez!

Butch expresaba con el gesto, con la actitud, todo el desagrado que puso en la voz.

—Y por si eso fuera poco, podrías—le hizo eco Morgan.

—En menos de un mes nos han dado a comer pecado más de treinta veces—farfolló Joe Lajenaky.

Y los tres mil penados reunidos en el inmenso patio comedor, tocándose los codos por falta de espacio, manifestaban su disgusto con murmullos, palabras malsonantes y gruñidos, y el rumor de su protesta se extendía rápidamente de un extremo a otro de la sala, aumentando en intensidad por momentos. El

cartel pendiente del muro, en el que se leía "¡SILENCIO!" en grandes caracteres, no era más que un ornato a ojos de los reclusos. Las voces subieron en diapasón hasta ahogar el ruido de los platos de metal y de los pasos de los encargados de servir a la mesa, calzados con zapatos claveteados.

Wallace se acercó bruscamente a Butch.

—¿Decías, Butch?

El Azorullador se turbó.

—¡Oh, no!... No, señor. No es nada.

Pero cuando Wallace se retiraba, mascalló entre dientes, lanzándole una mirada furiosa:

—¡Ya me la pagarás!

—Ten cuidado, Butch—murmuró Morgan a su lado—. Wallace ha entrado en sospechas. Advuérte a los demás. Corre la voz.

Incapaz de contenerse más, sin embargo, Butch se levantó, tomó el plato y lo lanzó al suelo con todas sus fuerzas. El plato se estrelló, produciendo un ruido claro que repercutió por todo el comedor.

Wallace se detuvo y dirigió al grupo de Butch una rápida mirada.

—¿Quién fué el que hizo eso?—gritó con voz enérgica.

El gesto de Butch había envalentonado a los demás, y el rumor de protesta se levantó nuevamente, esta vez más vivo.

—¿Quién fué el que hizo eso?—repitió Wallace, fijando una mirada aguda en la mesa que ocupaban Butch y sus compañeros.

—¡Yo!—rugió Butch—. ¡No le gusta!

Un clamor general se había levantado. Los reclusos todos expresaban abiertamente su protesta. Las maldiciones flotaban sobre los guardas al par que sobre la comida. Algunos repitieron el gesto de Butch y arrojaron al suelo sus platos, produciendo un gran estrépito. Rápidamente, los guardas que ocupaban el balcón interior que corría alrededor de la sala, dispusieron sus carabinas, esperando una orden de Wallace para hacer fuego si era preciso. Morgan trataba de hacer que Butch volviera a sentarse, pero El Ametrallador, arrebatado por la cólera, había perdido completamente la cabeza. Al ver aproximarse a Wallace, tomó el plato de Morgan y le arrojó violentamente a la cabeza del jefe de patio. Los penados lanzaron un grito, mientras los guardas tendían sus armas y llevaban el índice al gatillo. Algunas "privilegiadas" y otros guardas distribuidos en el comedor mismo rodearon rápidamente a Wallace, al que cubría el pecho una masa de judías y pescado. Butch se erguía, en majestuosa actitud de desafío.

Entretanto, los penados habían principiado a golpear vigorosamente las me-

cas con sus tazas de hojalata, con los cuchillos y objetos de metal y con cuanto había a mano. El ruido era infernal. Algunos platos más volaron por el aire, estrellándose contra el cartel que ordenaba guardar silencio. Los gritos de protesta eran cada vez más fuertes y más frecuentes. Parecía que nada podría contenerles: La mecha había sido encendida y la explosión parecía inevitable. Los guardas del balcón apuntaban ya a la cabeza de los que dirigían aquella insurrección. De pronto, como un solo hombre, todos los reclusos se pusieron en pie y redoblaron los golpes que daban con los cubiertos en las mesas.

—¡FUEGO!—gritó al fin Wallace.

Un solo disparo sacudió los muros. El efecto fué inmediato. Todos los reclusos cayeron al suelo o sobre los bancos. Siguió un profundo silencio, sobre el que flotaba una ligera cortina de humo que poco a poco se disipó. Butch era el único de los penados que continuaba en pie. Morgan y Kent no se habían movido, el uno por prudencia, el otro por temor.

—¡Eso es!—rugió Butch, gesticulando vigorosamente y completando el gesto con un formidable juramento—. ¡Eso es lo que buscaban! ¡El pretexto para acribillarnos! Pero Butch no les tiene miedo! Soy Butch, El Ametrallador, y no le tengo miedo a nada! ¡Vamos, muchachos! ¡Levantaos! ¡Nada tenemos que perder!

—¡Siéntate, Butch!—le gritó Wallace—. ¡Siéntate! ¡Esa descarga fué al aire, pero la próxima te irá dirigida! ¡Vamos!

—¡Cobardes!—gritaba Butch, incitando a sus compañeros a levantarse nuevamente—. ¡Gallinas!

—¡Siéntate, Butch!—volvió a gritar Wallace—. ¡Por última vez, siéntate!

Butch dirigió una última mirada de amenaza y desafío a los penados que llenaban el salón comedor, todos los cuales habían vuelto a ocupar sus asientos, levantó los ojos a los guardas que le amenazaban con los rifles de sus rifles y lanzando entre dientes una nueva maldi-

ción destinada a Wallace, se sentó de mal grado junto a Morgan. En aquel momento, la puerta se abrió y el alcalde, enérgico, firme, sin abrigar el menor temor, atravesó el umbral y de una voz reclamó la atención de todos.

—¡Atención!—gritó—. ¡No les faltó razón para quejarse, pero la violencia no va a llevarles a ninguna parte! ¡No les permitiré por un momento que destruyan los cubiertos y pongan en peligro sus vidas y las nostras! ¡Aquí mando yo! ¡No están ustedes aquí por gusto mío! ¡Y mientras se hallen aquí, harán ustedes lo que yo urtiene! ¡No me detendré ante nada para haceros obedecer! ¡Entienden?!

Sus palabras cayeron en el más profundo silencio. Hizo una pausa y dirigiéndose a Wallace, inquirió:

—¿Quién provocó este escándalo?

—Butch, señor.

—¡Perfectamente, Butch! ¡La maxmorra para tí!

El alcalde dió una orden a Wallace y se retiró en medio del mismo silencio que había acogido sus enérgicas palabras. Wallace acompañado de tres o cuatro guardas, se dirigió hacia Butch.

Morgan murmuró rápidamente:

—¡Butch! ¡El cuchillo!

Repentinamente, Butch se inclinó sobre la mesa. Con un rápido movimiento estrujo el cuchillo de su chaqueta, se lo entregó a un amigo por debajo de la mesa, y se puso en pie en espera de Wallace. Morgan pasó el cuchillo a Lajensky, que ocupaba su derecha. Siempre por debajo de la mesa. Joe lo pasó a Dopey, quien a su vez lo puso en manos de Putman, de las que pasó a las de un melicano y por último a las de Kent, que estaba al extremo del banco, cerca de la pared. Kent palideció al contacto helado del acero. Era imposible rechazarlo y se vió obligado a tomarlo y ocultarlo. Un sudor frío le bañaba la frente.

Los guardas habían rodeado a Butch.

—¡Regístrale!—ordenó Wallace.

Butch sonrió.

—No lleva nada.

Los guardas practicaron un registro

no menos concienzudo por rápido y que no les dió fruto alguno.

—¿Dónde está el cuchillo?

—¿Cuchillo? ¡Qué cuchillo!

La expresión de Butch era el epitoma de la más profunda sorpresa y de la más completa inocencia.

—No he visto un cuchillo desde el día en que destruí al don Juan de mi barrio.

—Muy bien. Que el recuerdo de esa aventura te sirva de consuelo durante tus vacaciones en la "Refrigeradora". Esto te enseñará a conducirte en la mesa, Butch.

—Para, ¿por qué? ¡Si no he hecho nada!—protestó Butch, al verse conducido fuera del salón entre cuatro guardas ensabizados por Wallace.

Wallace lanzó un suspiro.

—Una injusticia más ¿qué importa al mundo, Butch?

—Si todo fué una broma, señor—insistía Butch—. Me gusta divertír a los muchachos. ¡Pobrecitos! ¡Se aburren tanto!

—Y ya ves lo que tu generosidad va a costarte, Butch. Un mes en la maxmorra. La recompensa a la virtud.

Butch suspiró y Wallace le hizo eco.

—Pero te queda la satisfacción de haber representado tan bien tu comedia que nos tumaste el pelo a todos. Ya lo ves. Hasta el alenido se enfureció.

Butch sonrió satisfecho, como si en efecto abrigara la convicción de haber hecho una creación dramática. La puerta del salón se cerró tras ellas. Restablecida el orden, los penados reanudaron la comedia guardando un religioso silencio. Después de aquella demostración de violencia que había estado a punto de concluir trágicamente y que había costado a Butch unas semanas de encierro (comunicado, nadie se hubiera atrevido a pronunciar palabra. Los hombres temían tanto a la "refrigeradora" como a las balas de los guardas. Comían sin reparar siquiera en la mala calidad del pescado a de las jodías. La explosión se había evitada.

A un extremo de la mesa Kent comía sin apetito. La posesión del cuchillo que

se había visto obligado a ocultar lo intranquilizaba y no dormiría en paz hasta desprenderse de él. Sin embargo, ¿cómo hacerlo? El código tácito de los penados le ordenaba conservarlo. Pero el temor de que alguno de los guardas se

enterase de su existencia no era menos vivo que el temor de infringir las leyes de sus compañeros. Y sucedida por estos contradictorios pensamientos sentía que las piernas le flaqueaban y que el suelo se abría bajo sus pies.

VII

Morgan trabajaba activamente en el solar de yute de la prisión, pensando en la carta que había escrito a su abogado y preguntándose si la recibiría. Kent, trabajando cerca de él, le dijo:

—¡Pobre Hutch!

Morgan movió la cabeza sin responder. Kent hubiera querido merceder su confianza y ganarse su amistad y la de Hutch, pero al propio tiempo vacilaba en hacerlo, temiendo que la confianza de hombres semejantes fuera más peligrosa que útil.

Un guarda se presentó:

—Morgan, tu abogado.

Morgan dejó apresuradamente lo que hacía y siguió al guarda. La habitación destinada a las visitas era de pequeñas dimensiones y una verja dividía el espacio donde se hallaban los visitantes de aquel en que estaban los prisioneros. Una tela de alambre cubría la verja de arriba a abajo y dos guardas ocupaban una elevada plataforma desde la que podían observar todos los movimientos de los reclusos y de sus visitantes.

—Te tengo una buena noticia, Morgan—le dijo su abogado, Michael Moran Dunn, hablando a través de la tela de alambre. Luego que hubieron cambiado los saludos de rigor.

—¿Recibiste mi carta? — preguntó Morgan ansiosamente.

—¡Sí, hombre, sí! ¡A eso voy! Pero lo que tengo que decirte es más serio.

—¿De qué se trata?

—Vas a ser puesto en libertad condicional.

—¡Ah!, sí; ya lo sé... En el año 2000.

—No es broma... Mañana, para ser exactos.

—¡Mañana!—Morgan se resistía a dar crédito a su abogado.

—¡Sí, hombre! ¡Mañana! El día que sigas al de hoy!

—Pero, ¿cómo...?

—¡Oh!, está un buen poco. Dime mil patacones. Ya me los pagarás luego que ventiles tu próxima "inversión".

—Cuéntame una cosa.

Morgan vio entrar a Kent y le siguió con la vista. Al lado opuesto de la verja una muchacha le aguardaba. Morgan reconoció en seguida a la joven del estrato de que había desposeído a Kent y que no abandonara desde entonces su bolsillo. Pero parecía descuir en la realidad un encanto una belleza, una dignidad que en el retrato aparecían apenas sugeridas.

—Esa es la muchacha a la que me referí en mi carta—dijo Morgan a su abogado, indicándole con un gesto a Ana Marlowe, a quien Kent abrumaba ya a preguntas.— Me voy. No quiero que me vea. Pero antes te repetiré mis instruc-

ciones. Síguela, averigua su nombre y su dirección, y mañana que salga me los dará. Ella es la única mujer que me ha interesado de verdad.

—Comprendo—Dunn sonrió—. Serías capaz de cambiar de vida por ella, ¿o ha-certe un hombre honrado, ¿eh?

—¿Por qué no? No sería yo el pri-mero.

—Sí, ¿por qué no? Pero, ¿y mis diez mil patacones?—protestó el abogado a quien los buenos sentimientos de Mor-gan no hacían olvidar su negocio.

—Te los devolveré, te lo aseguro. En-tretanto, no olvides mi encargo. Nos ve-remos.

Y lanzando una última mirada a la mujer que, ignorando siquiera que exis-tiese, le había cautivado con solo su au-rora reflejada en un retrato, Morgan abandonó la sala de visita.

La extraordinaria palidez de Kent te-nía preocupada a Ana. Su hermano se lamentaba amargamente de la existen-cia que llevaba allí y la joven, compren-diendo lo que Kent sufriría en aquel en-cierro, entre hombres de la clase que veía desfilar tras de la tela de alambre, se sentía animada de la más profunda piedad.

—¿Estás enferma, Kent?—le preguntó con interés.

—¡Enferma! ¡Un poco más y me vuelvo loco! ¡No puedes tener idea de lo que es codearse con estos hombres, verdade-ras bestias, ni de lo que significa dor-mir en un catre lleno de piojos! En cuanto a la comida, los porteros la re-chazarían.

La amargura que destilaban sus pala-bras llegaba al corazón de Ana.

—¿Han hecho algo por obtener mi li-berdad?—preguntó Kent, ansiosamente.

—Lo hemos probado todo!—afirmó la joven con pasión—. Yo acudí en persona al gobernador del Estado. Pero todo ha sido inútil. ¡Pobres hermanos míos!

Tuvo el impulso de estrecharle la ma-no, pero la barrera de hierro y alambre prohibía toda efusión. Sin embargo, sus

ojos le acariciaron con una ternura in-finita.

—Armata de todo tu valor, Kent. Tu suerto está en tus manos. No se ha per-dido todo. Seguiremos trabajando por tu libertad. Pero no quiero engañarte. Pro-cura resignarte a tu suerte.

Kent se rebeló. Los milicos subían a su garganta.

—¡Ana! ¡No es posible! ¡Sacadme de aquí! ¡Esto es peor que el infierno!

Ana tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener sus lágrimas. La debili-dad de carácter de su hermano hacía do-blemente dura la prueba que había de sobrellevar. Sabía, con todo, que al me-nos por ahora, no había esperanza de obtener su perdón. Más adelante, quizá...

—Señorita, la hora de visita ha con-cluido.

Las palabras del guarda les separa-ron.

...

Kent abandonó la habitación animado de la más firme y amarga resolución. No iba a guardar consideraciones a nadie. Lo primero era el propio bienestar. Los burladores que le rodeaban no eran de su clase. ¡Por qué no había de traicionárselos, si esto le valía el favor del alcaide? ¿Qué ley le ataba a ellos? ¿La ley de los que no la tenían? ¡Bah!

Se ganaría su confianza, tomaría parte en sus pláticas, se enteraría de sus pla-nes y no vacilaría luego en denunciarlos. Se le calificaría de "seplón, ¿qué? La opinión de hombres semejantes le tenía sin cuidado.

A la salida tropesó con Oliver. Este le detuvo.

—¿Qué ocurre? ¿Te dieron alguna mala nueva?

—Voy a tener que "echarme" los diez años.

Oliver le habló en tono confidencial.

—Ahí bien los ojos y aguzar los oídos. Marlowe. Si descubres algo gordo, no vaciles en hablar. La libertad no se haría esperar.

Pero aunque el consejo que Oliver le daba estaba perfectamente de acuerdo con los pensamientos que le animaban, Kent desconfiaba de él por instinto. Oliver le inspiraba una oscura repugnancia. Adivinaba en él, sin querer confesárselo, a un hombre capaz de traicionar por igual a los venados y a los encargados de la prisión.

Una tarde, al volver a su celda, al saber de labios de Morgan que el día siguiente estaría en libertad, un sordo desesperado resentimiento contra la justicia de los hombres hincó la garra en su pecho. Este resentimiento se convirtió inmediatamente en un odio cordial, profundo, que fijó directamente en Morgan, al que la injusta justicia humana había acogido como objeto feliz de sus mejores dones. Y entre dientes, Kent le maldecía con todo el fervor de que era capaz. Su mano acariciaba el cuchillo que aquella mañana le habían pasado debajo de la mesa. La nuca de Morgan presentaba un blanco precioso. Pero Kent no era un matón. "Le fallaban las agallas".

Un recién llegado, un alemán que no hablaba palabra de inglés, ocupaba el catre de Butch. Examinaba a sus compañeros atentamente, sin perderles de vista, pendiente de sus labios, como si pretendiera leer en ellos el significado de sus palabras. Una sonrisa boba se eternizaba en su rostro. Morgan quiso trabar conversación.

—¿Qué te trae por aquí?

—*Ich verstehe nicht! Ich spreche kein English!*—replicó el alemán.

Morgan masculló:

—¿Linda compañía vas a hacer!

Disponiendo las pocas cosas que tenía para su partida, se volvió hacia Kent.

—Es boche—le explicó—Te divertirás.

Kent no respondió. Entregado a sus negruz reflexiones, la presencia de un compañero al que la ignorancia del inglés obligaría a guardar silencio, le resultaba indiferente. Morgan canturreaba suavemente. Hacía largo tiempo que no se sentía de tan buen humor.

En este instante la voz de Sandy resonó en el corredor.

—¡Fuera de las celdas, todo el mundo!

—Van a hacer un registro de las celdas—comentó Morgan—. Suerte que Butch no está aquí. Le encontrarían el cuchillo.

Kent palideció. Dominando con esfuerzo su agitación, descendió de su catre y se dispuso a seguir a Morgan. Antes de hacerlo, sin embargo, en el momento en que Morgan y el alemán le volvían la espalda, con un movimiento rapidísimo sacó el cuchillo y le deslizó en uno de los bolsillos de la chaqueta de Morgan, que pendía de su gancho. Hecho esto, salió al corredor calmados un tanto sus nervios y felicitándose de su rapidez de acción, a la que debería una venganza más pronta de lo que la esperaba.

En cesar de prodigar su boba sonrisa, el alemán preguntó al ver a Wallace entrar en la celda acompañado de otro guarda:

—Was ist jetzt los?

Pero su pregunta no obtuvo respuesta. Nadie le entendió, y él tampoco habría entendido lo que le dijeran.

—Registra a Morgan, Sandy—ordenó Wallace desde el interior de la celda.

Morgan sonrió de buen grado.

—No te molestes, Sandy. No cargo nada.

Con todo, Sandy le registró rápidamente, alegrándose de no hallarle nada oculto. Morgan le era simpático.

—Házme un favor, Sandy—le dijo Morgan, ahuechándose la camisa—. No van a dejarme despedirme de Butch. Lévale esos cigarrillos de parte mía, ¿quieres? Gracias.

Sandy tomó de sus manos los cigarrillos que le tendía y se los guardó sin decir palabra. Wallace reapareció, llevando en la mano la chaqueta de Morgan.

—¿Tuya, Morgan?—inquirió.

—Sí. Hasta mañana.

Wallace metió la mano en uno de los bolsillos y sacó el cuchillo. Morgan ahogó un grito de sorpresa. Kent volvió la vista en dirección contraria. El alemán sonreía, adivinando sin comprender. Morgan miró a Wallace, luego a Sandy y por último a Kent.

—¡Miserable!—rugió, lanzándose sobre él—. ¡Cuchino!

—¡Soecorro! ¡Me mata!

Sandy y Wallace los separaron con dificultad. Morgan se sentía animado de un odio extraordinario, y continuaba lanzando insultos a Kent, quien no se atre-

ría a mirarle a los ojos.

—¡Basta!—gritó Wallace—. ¡A callar! Esto va a costarle la libertad... y un mes en la mazmorra.

—¡Ya me la pagarás!—clamaba Morgan, mientras los guardas en la llevaban—. ¡Te lo prometo, Kent!

VIII

Duncan Morgan había aprendido, a fuerza de recibirlos con frecuencia, a aceptar con una tranquila filosofía, los golpes que el destino le propinaba, considerando sus males como transitorios. No en balde había llevado una existencia de continua lucha y en la que los obstáculos se sucedían unos a otros, y no era en vano que había purgado dos o tres condenas en varias penitenciarías. El precidio educa.

Esta vez, sin embargo, la fatalidad le cogió desprevenido y el golpe le había aplastado. El destino llegaba a ensañarse en él precisamente cuando en su corazón despertaba nuevamente esa hálita virtuosa que no es sino el deseo instintivo del hombre de vivir honradamente.

La luz por él descubierta en los ojos de Ana Marlowe, esa mirada franca, serena, limpia que contemplaba al mundo desde el retrato, había transformado su alma. Nunca hasta entonces había considerado a mujer alguna como una necesidad espiritual. Habían sido para él compañeras agradables y atractivas, ornatos pasajeros de su habitación de soltero, y en cuanto al amor, jamás le conociera como otra cosa que como una palabra con la cual balaguear las inclinaciones románticas de las mujeres lindas con quienes entraba en contacto.

Pero Ana habíale parecido distinta desde que un retrato se la diera a conocer. La momentánea visión de la realidad que había tenido aquel día, sobrepasó a cuanto imaginaba. Sin embargo, ahora que unas palabras de Kent le habían revelado la identidad de la joven, sus sentimientos hacia ella no eran del todo desinteresados. ¡La idea de la venganza formaba parte integrante de ellos! Sonreía con satisfacción al pensar que daría a Kent, con sus aires de aristócrata y su orgullo insolente, motivo para avergonzarse haciéndole de él el hermano político de un ladrón vulgar. Porque de antemano contaba con vencer cualquiera resistencia que le ofreciera Ana.

Tendría tiempo de sobra para pensar en todo esto durante su encierro en la "refrigeradora" donde no quedaba a los penados otra forma de ejercicio que el mental. En el vacío obscuro de su celdilla de incomunicada, en la que nada podía distinguir su vista, en la que ni un vapor llegaba a sus oídos, excepto las voces apagadas y los lamentos de sus vecinos encerrados en mormuras semejantes, y en donde apenas si podía volverse sobre el costado, Duncan Morgan cavilaba tendido de espaldas en el húmedo suelo.

La más negra amargura se había

añeado de su pecho. Kent había cruzado su camino al parecer con el único objeto de arrastrarle nuevamente al mismo cuando estaba a punto de escapar de él. El machacho había destruido en un momento su labor de muchos meses, durante los cuales esforzase por dejar de sí un buen recuerdo entre los jefes de la prisión y entre sus compañeros. Esta vez se había resignado a cumplir su condena y no había querido tomar parte en las planes de Butch y su pandilla, que tramaba una insurrección en el presidio para efectuar su escape.

Le habían llevado a la mazmorra sin ofrecerle siquiera la oportunidad de explicarse y considerándole culpable de haber infringido una de las más rígidas reglas del presidio con algún oscuro y siniestro propósito. Con ella habían matado en flor los mejores, los más elevados pensantes que a hombre puede alimentar. Ahora, Morgan no pensaba ya en probar su suerte en ninguno de los caminos que siguen las gentes honradas. Su única ambición era la de vengarse de éstos, de los hombres en general y de Kent Marlowe en particular. Estaba decidido a salir de la prisión a toda costa.

Apenas se había cerrado tras sí la puerta de la mazmorra, cuando Morgan oyó la voz de Butch, que se había entestado ya de su infortunio por alguno de los misteriosos cambios que tanta cualquiere nueva en una prisión.

—¡Hola, Morgan!—gritó.

—Butch! ¿En dónde estás?—inquirió él.

—Donde puertas más arriba que tú. ¿Qué malos vientos te trajeron?

—Ma plantaron tu cuchillo.

—¡Mi cuchillo!

—Me lo metieron en la chaqueta, Butch. Y mañana iba a salir de aquí. ¡Suerte! ¿eh?

—¿Quién sacó el cochino, Morgan?

—¡Bah! ¿Qué importa?

—¡Dímelo, Morgan! ¿Te prometo que el primer día que salga me lo muerdo!

La voz de Butch vibraba de sincera ferocidad. Morgan quiso apaciguarle.

—¿Para qué? Yo me encargaré de ella.

Dí, ¿cómo se vive aquí? Esta es la primera vez que venga.

—No me queja. No te desanimes. La alegría ante todo. Ya verás. Los pasteles que sirven aquí no pueden comer. Al menos, son mejores que los de los pobres, que no tienen ninguno.

Las palabras de Butch fueron recibidas por un coro de lamentos y gruñidos de parte del resto de los huéspedes. Una voz indistinguible se vacachó en todas las celdas:

—¡A callar!

—¡Morgan!—Butch llamó.

—Te digo, Butch.

—Les reservo una sorpresa para cuando salga de aquí.

Morgan, inmóvil en la oscuridad de su celda, le oía sin oír.

—¡Vamos a escapar de la "pen!" aunque antes tengamos que mascararnos a todos los carceleros del mundo!—prosiguió Butch.

—¿Qué planes hacer?—preguntó Morgan, indiferente.

—He estado haciendo funcionar la molera—le explicó El Ametrallador.

Morgan sonrió imperceptiblemente.

—¿Hasta cuándo, pues, te crees que te voy a capturar?—replicó.

—Buena, a falta de cosas, tengo mis paños—se envarcó Butch.

—¡Ah, sí! Eso sí.

—Cuando salga de la "refrigeradora" será por mi propio pie. Tú no podrás sostenerme dos semanas. Tendrán que sacarte, y con las pies p' delante.

—No es mala idea, Butch—murmuró Morgan, después de un momento.

—¿Qué dices?—le gritó Butch.

Pero Morgan no respondió. Una vez se impuso en el silencio entonando desolada una tonada sin palabras. La canción llegaba a todas las celdas y el son melancólico parecía oscurecer aún más la oscuridad que envolvía a las reclusas.

El condenado a treinta días de incomunicación y a pan y agua pierde pronto toda noción del tiempo y no tiene cono-

cimiento del día o de la noche. Su cerebro se convierte en el más cruel instrumento de tortura. Sabandijas invisibles invaden sus ropas. Insectos invisibles se poseen de su pensamiento, que no cesa un momento de volar sin contar jamás con un puerto definido de arribo. Cada veinticuatro horas, el guarda aparecía trayendo un cubo de agua y una pieza de pan duro que arrojaba a los pies del prisionero. Los reclusos perdían la cuenta de las veces que sentían llegar al guarda. Antes, o mucho tiempo después de lo que creían que debía ser, la puerta se abría definitivamente y el comunicado dejaba de serlo y renudaba una vez más la existencia organizada del presidio. Se le aseguraba que el más de encierro había concluido, pero a sus ojos igualmente podía haber pasado un año que solamente tres semanas. La impresión que prevalecía, sin embargo, era que siempre se olvidaban de ellos y que no era posible que hubieran estado encerrados menos de noventa días.

Cuando los guardas abrieron la puerta de la mazmorra que ocupaba Butch, éste hizo honor a su promesa saliendo por su propio pie. Los rigores del encierro no habían hecho mella alguna en su formidable armadura. Recibió a los guardas del mejor humor, restregándose los ojos que la pálida luz del corredor le obligaba a cerrar.

El jefe de las mazmorras dió una orden a los guardas:

—Pongan en libertad a Morgan.

Butch hizo un esfuerzo para abrir bien los ojos y siguió a los guardas con la vista. Estos se detuvieron unos pasos más arriba y rápidamente hicieron girar los cerrojos de la puerta tras la cual debía hallarse Morgan.

—¡Sal de allí, Morgan!—gritó uno de los guardas.

Pasado un minuto, sin embargo, al ver que esperaban en vano, uno de los guardas se asomó al interior de la celda. Butch sonreía. Morgan iba a salir con los pies plantando. El guarda no tardó en salir y llamó al jefe.

—Morgan está inmóvil en el suelo. Exámine.

A una orden de su jefe, el guarda abandonó las mazmorras apresuradamente, mientras el jefe desaparecía en el interior de la "refrigeradora" ocupada por Morgan. Butch se vanagloriaba de su resistencia. ¡Lástima que no hubiera concertado una apuesta con Morgan sobre el asunto!

El guarda reapareció seguido de dos hombres, uniformados de blanco, que conducían una camilla. El jefe salió de la celda y los dos camilleros depositaron la camilla en el suelo y entraron en busca de Morgan. Butch vio salir a su amigo un brazo de los camilleros. Estaba desconocido. En treinta días, la barba había cubierto completamente su pálido rostro. No hacía el menor movimiento. Butch temió por su vida y se adelantó con un gesto de furiosa indignación.

—¡Me lo han matado!—gritó—. ¡Asesinos!

Intentó echarse sobre Morgan, pero dos de los guardas le contuvieron. Morgan fue depositado en la camilla y los que la trajeron le levantaron sin esfuerzo. El jefe se inclinó sobre el preso con expresión de inquietud. Aunque no era aquella la primera vez que un comunicado tenía que ser trasladado a la enfermería, Morgan presentaba el aspecto de haber sufrido extremadamente en el encierro. Las profundas ojeras que mostraba, las mejillas, el labio inferior caído, eran otros tantos signos de la gravedad de su estado.

—¡Te han matado, Morgan!—gritó Butch nuevamente—. ¡Te han matado, pero yo se las haré pagar todas juntas, te lo prometo!

—¡Cállate!—le dijo uno de los guardas, con energía.

—¡Me lo han matado, pero les va a costar caro, asesinos!

—¡A callar, o vas a ganarte otros treinta días en la mazmorra!

Butch sintió impulsos de volver a gritar, pero comprendió que si lo hacía, el guarda cumpliría su amenaza. Era más prudente callar. Ya llegaría la hora de ajustar cuentas.

—Buena, buena—replicó, encucillado—. No era más que una broma.

Los camilleros echaron a andar y Morgan pasó al lado de Hutch. Este bajó la vista para ver a su amigo por última vez. Lo que vio le causó una profunda sorpresa. Se resistía a dar crédito a sus sentidos, pero, aunque aquello había sido rápido, estaba cierto de que no se había

engañado. Sonrió con expresión de malicia, al parecer profundamente divertido, y dócilmente se dejó conducir de los guardas echando a andar detrás de la camilla.

—¡Pobre Morgan! —murmuró, exhalando un suspiro teatral—. Pero tíos de mi fuerza se dan penas.

IX

Estupefacto por su prolongado encuentro, Duncan Morgan experimentaba honda voluptuosidad al sentirse en uno de los blandos lechos de la enfermería después de haber transcurrido treinta días y treinta noches tendido sobre el suelo de piedra de una de las mazmorras. Bajo la burba, en la que se le había acumulado el polvo, el rostro de Morgan había adquirido un color verde. Le faltaban las fuerzas hasta para abrir los ojos.

El doctor de la enfermería del presidio y un celoso practicante lo examinaron. El practicante, que había practicado anteriormente en un hospital privado, notaba con el día en que recobraba la libertad y anotaba las observaciones del doctor con melancólica disgana. El doctor colocó un termómetro entre los labios de Morgan y le alzó el brazo para tomarle el pulso.

—Treinta y seis y media de temperatura—dijo el doctor.

El practicante se inclinó sobre su cuaderno de notas.

—Pulso, sesenta—continuó el doctor, en el mismo tono indiferente.

—Perfectamente, doctor—respondió el practicante.

—Respiración veintiocho.

—Veintiocho.

El doctor agitó su termómetro con violencia y lo guardó en su estuche. Se disponía a abandonar el dormitorio, en el que Morgan parecía ser el único internado, cuando observó el biombo que separaba a una de las camas de las demás. Se detuvo, y el practicante le tocó en el brazo:

—Perdón, doctor—le dijo—. Olvidaba decirle que Carter murió esta tarde.

—Bien—replicó el doctor—. No tuve nunca la menor esperanza de salvarlo. Cuida usted de que trasladen el cadáver al depósito inmediatamente y que lo lleven a enterrar esta misma noche.

—Así se hará, doctor.

Pop, que había asistido a aquella escena guardando un respetuoso silencio, se dirigió entonces al doctor en el instante en que salía de la sala.

—¿Tardará en aliviarse, doctor?—le preguntó, indicando a Morgan con el gesto.

—No. Mañana podrá volver a su celda.

Abandonó la sala, seguido de Pop y del practicante. Morgan quedó solo. Detrás del biombo, inmóvil, Carter le hacía compañía.

Pasados unos minutos, Morgan abrió los ojos. Se hallaba en un estado de enorme debilidad. Unas dos noches en la en-

farmacia le habrían probado bien. Cuando decidió hacerlos llevar a ella no tenía sino una idea vaga, un sueño apenas, de escapar. Pero no había hallado aún el medio de hacerlo.

Volviendo ligeramente la cabeza, Morgan empezó a examinar la reducida habitación, que las sombras de la noche principiaban ya a envolver.

Minutos más tarde, la puerta se abrió y dos hombres se dirigieron al lecho que ocupaba Carter. Sin prestar a Morgan la menor atención, retiraron el biombo y cargando entre ambos el cadáver del desdichado Carter, sin quitarle las sábanas que le cubrían, se retiraron, cerrando tras sí la puerta.

Morgan sonrió lugubramente. Con el oído atento, permaneció inmóvil largos minutos. Una vez más abrió los ojos. La sala le era bien conocida. El año pasado estuvo encargado de hacer la limpieza aquí durante un mes. No ignoraba que el depósito de cadáveres se hallaba al extremo del corredor al que se abría la puerta de esta sala. Más abajo se hallaba la habitación de "la viuda": la silla eléctrica. ¡La certosa final que el estado reserva al asesino!

El depósito tenía también otra puerta y Morgan lo sabía. Esta llevaba a un patio en el que entraba un camión funerario en el que, después de una ejecución o de la muerte de algún paciente, el cadáver era conducido al cementerio de la prisión, al lado opuesto de la montaña, o a la estación del ferrocarril, en donde se le embarcaba con destino a los familiares que lo habieran reclamado.

Morgan sabía igualmente que el camión funerario hacía su entrada en el patio inmediatamente después que los curules tocaban a silencio, siendo ésta la hora en que el cadáver era trasladado al cementerio o a la estación. En el caso presente, una fosa aguardaría ya lista para recibir el cuerpo de Carter, que carecía de familiares o de amigos. Una hora más tarde, el camión regresaría a la prisión, una vez cumplida su fúnebre tarea.

Duncan Morgan desarrollaba mentalmente un plan desesperado. La suerte le

ofrecía una oportunidad de escapar. La empresa no carecía de peligros, pero Morgan se decía que nunca había encontrado la menor satisfacción en lograr nada sin algún peligro. Se preguntó si podría resistir el esfuerzo que la prueba exigiría, pero al mismo tiempo, la idea de la libertad le animó de una nueva vida.

Y cuando le trajeron un caldo sustancioso y caliente, se sintió mejor y capaz de acometer la empresa más desesperada.

Cuando la noche cayó definitivamente, el doctor llegó a hacerle una última visita. Le tomó el pulso y murmuró:

—Mañana estará bien. Pero hay que dejarle descansar aquí esta noche. Es necesario que duerma tranquilo.

Morgan no tardó en verse solo en la habitación, en la que no había sino unas seis camas, desocupadas todas. Se habían llevado sus ropas y sólo tenía encima un tosco camisón.

La única luz que había en la sala ardía a la entrada. Morgan pensó que no tardaría en oírse el toque de silencio. Principió a estirar lentamente las piernas y los brazos, con objeto de comprobar sus condiciones físicas. Se sentía somnoliento débil, pero su resolución daba a su ánimo las fuerzas de que carecía su cuerpo. Se deslizó del lecho y sus pies desnudos tocaron el suelo. El contacto del suelo frío envió un grato estremecimiento a lo largo de sus fibras. Se puso en pie y sintió que todas las cosas giraban a su alrededor.

Se sentó a la orilla del lecho durante unos momentos y cuando juzgó que había recobrado las fuerzas, se levantó de nuevo. Con un gran esfuerzo, logró llegar hasta la puerta. Se apoyó contra ella, inseguro. Por un momento pensó en que iban a fallarle las fuerzas. Pasados unos minutos, abrió la puerta y salió al corredor. Volviendo sus pasos hacia la izquierda, se dirigió al depósito de cadáveres, arrojándose al muro tanto para que le sirviera de apoyo como para buscar la protección de su sombra. Las piernas le flaqueaban, pero apreció los dien-

tes con determinación. Ya no era posible retroceder.

Llegó hasta la puerta del depósito y en la oscuridad basó el pasaporte. Le hizo girar y la puerta cedió suavemente. Dando un paso rápido, Morgan se encontró en el interior de la sala y cerró la puerta tras sí sin hacer el menor ruido. Era tal la oscuridad que tuvo que esperar algunos momentos para poder orientarse. Poco a poco fué percibiendo los objetos que le rodeaban. El lejano resplandor de la luna se abría paso por el alto y estrecho ventanillo, que protegían unas barras de hierro. En un rincón, cerca de la puerta que se abría al patio, distinguió un cuerpo cubierto con un saco sobre una de las tres o cuatro planchas de piedra que había en la habitación.

Por un segundo, Morgan vaciló. La empresa era una locura. Si fracasaba en su intento de fuga, le arrojarían nuevamente a la mazmorra y esta vez, no saldría de ella con vida. La idea de la venganza, sin embargo, le consolaba. ¡Tenía que dejar el presidio!

Vaciando sobre sus piernas, Morgan se aproximó a la plancha donde habían tendido el cadáver de Carter. Retiró la manta sucia que lo cubría, dejando al descubierto la forma del desaparecido, caído en el interior de un saco de lona gruesa. Con dedos temblorosos, Morgan desanudó la cuerda que cerraba el saco sobre la cabeza del cadáver. Mientras trabajaba febrilmente, se veía obligado a detenerse de cuando en cuando, faltarle fuerzas para continuar la obra. Jaleaba y con frecuencia, sentía que el aire le faltaba. Por fin, sin saber cómo, logró extraer del saco de lana aquel cuerpo de helado barro, tieso y pesado, y llamando en su ayuda a todas las fuerzas de que podía disponer, lo arrastró hasta un rincón donde lo sepultó bajo un montón de mantas y de sacos que encontró allí. Hecho esto, a riesgo de fracturar a punto de realizar su empresa, se detuvo a descansar, apoyándose contra la plancha más próxima, ablandándose completamente incapaz de continuar.

Luego que recobró las fuerzas, trepó

ligeramente sobre la plancha que había desocupado y se deslizó dentro del saco, cubriéndose perfectamente hasta la cabeza, no sin antes haber dispuesto la punta superior de manera que le tapara por entero. Antes de anudar la cuerda que ataba el saco, cosa que él haría desde el interior, quiso lanzar una última mirada a la luna. Y con un estremecimiento helado, se preguntó si acaso no sería en verdad la última. ¿En qué oportuna aventura se había embarcado? Pero era demasiado tarde para pensar en otra cosa que en llegar hasta el fin. Por otra parte, Morgan no era hombre al que arredrara un peligro real.

Con una sacudida, se echó saco y mantuvo encima de la cabeza. Luego que sus manos encontraron el extremo de la cuerda en el interior del saco, la anudó rápidamente y empujó el nudo hacia afuera.

Dentro del saco, Morgan sentía que se ahogaba. Le faltaba el aire y por un momento temió haberse entregado en manos de la muerte por su propia voluntad. Con todo, una honda sensación de paz y de bienestar le invadía. Por primera vez en mucho tiempo, un profundo reposo inundaba su cuerpo y su corazón. Vela abrirse ante él un nuevo horizonte.

Estiró los miembros doloridos y se tendió cuán largo era. Ante sus ojos abiertos en la anfiótica oscuridad del saco, principiaron a flotar, lentamente, vagas visiones: La forma que tomaría su venganza sobre Kent... El rostro apacible, la mirada serena de Ana Marlowe...

Las notas melancólicas del toque de silencio vibraron en todo el presidio y llegaron hasta Morgan, que se estremeció. El momento decisivo había llegado. ¿Qué le reservaría esta vez el destino?

Como la esperaba, no tardó en oír que la puerta se abrió silenciosamente y en escuchar los pasos apagados de dos hombres. Se sintió a poco cogido de los tobillos y de las axilas y colocado en una camilla. En seguida, se sintió en el aire, mecido blandamente por el paso ligero y rítmico de los que habían llegado a recogerle. Una sálita fresca que acarici-

ció su cuerpo a través de la lona le anunció que habían salido al patio. El rumor de un motor de automóvil en movimiento llegó a sus oídos. Se sintió después colocado en una especie de caja que afortunadamente parecía dejarian abierta. Quizá el féretro no aguardaba sino hasta la orilla misma de la fosa. ¿O acaso enterrarían a los infelices penados desaparecidos en un saco como el que le cubría? Oyó luego el golpe de una puerta.

El ruido del motor había aumentado y se había hecho regular. Una sensación inconfundible le hizo comprender que el camión funerario se había puesto en movimiento, dirigiéndose al cementerio. Principió a contar lentamente los segundos para calcular la distancia que habrían recorrido en un momento dado

para entonces abrir el saco y poner término a la loca aventura. Se preguntó si habrían asegurado las portezuelas del vehículo. Se vería obligado a forzarlas, y el ruido atraería la atención del conductor del camión. El pensamiento a que quizá fuera acompañado le estremeció. Apenas si podría hacer resistencia a uno... Sin embargo, hasta aquí la suerte le había acompañado.

—Cincuenta y siete, cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta... ¡Siete!... Uno, dos, tres, cuatro...

Mentalmente, Morgan contaba los segundos, los minutos. Calculaba que ya habrían alejado ya unas cuatro millas de la prisión. El momento de obrar se aproximaba. Confiaba a su suerte la última escena de su aventura.

X

A su tiempo, los diarios del Estado se ocuparon ampliamente de la sensacional fuga de Duncan Morgan de la penitenciaría nacional, publicando extensos artículos bajo llamativos encabezamientos a ocho columnas. Los reporteros hallaron un rico filón que explotar para atestar de sensacionales comentarios las páginas de sus respectivas publicaciones. El hecho de que en el presidio del Estado hubiera más de tres mil penados, cuando era notorio que no tenía cabida para más de ochocientos, prestóse a artículos alarmistas y a acerbas críticas contra la "poco atinada economía de las autoridades". El alcalde de la prisión probó a sus superiores y a la prensa que Morgan era el primero que escapaba del presidio desde que él ocupara su puesto, pero

aprovechó la ocasión para insistir ante la Junta Penitenciaria sobre la urgente necesidad de proporcionar a los penados mejores alimentos y mejores condiciones de vida en un local más amplio y mejor acondicionado que aquel que tenía a su órdenes, llamando la atención de los miembros de la Junta sobre el creciente desaseo y la actividad de rebelión que se observaban entre los reclusos.

La prensa, sin embargo, encontrando temas nuevos que tratar todos los días, pronto echó al olvido la fuga de Morgan y el problema penitenciario; y la Junta a la que tocaba resolverlo, habiendo cumplido con su deber dando aliento a la lectura al informe presentado por el alcalde, se apresuró a archivarlo entre otros informes semejantes.

John C. Everett, un individuo moreno, alto, bien paesto y bien parecido, vestido con sobria elegancia y con el aire de un hombre de negocios regularmente próspero, siguió la historia de la fuga de Morgan en los diarios con ansioso interés, pero fué uno de los primeros en olvidarla. Le convenía hacerlo, pues que John C. Everett esforzábase ahora por olvidar que hasta hacía un mes había llevado el nombre de Duncan Morgan.

La lectura de los relatos periodísticos trajo a su memoria la sencillez con que había dado cima a su audaz aventura. Se había limitado a abrir el saco, escurrirse ágil y silenciosamente fuera de él y empujar la portezuela del vehículo, dejándose caer después al camino. La fortuna le había favorecido hasta el fin, haciendo que el púrpura exterior de la portezuela estuviera mal asegurado. En su estado de debilidad, sus piernas no pudieron resistirle al caer, y rodó algunos metros cuesta abajo, recibiendo algunas contusiones, pero eso fué todo. Lo demás fué aún más fácil. En fin, que una vez más hablase confirmado el augurio latino: *fortuna fuit fortibus*.

Pero aquello había pasado. Y el protagonista de la aventura había sido un ladrón conocido por Duncan Morgan y con el cual, el joven y aponso hombre de negocios, John C. Everett, no tenía nada en común... excepto un secreto propósito de vengarse de Kent Marlowe y de darle a conocer de Ana, cuya dirección había obtenido él de su abogado.

Casi todos los días, John C. Everett cruzaba ante el escaparate de la librería de que era propietaria Ana Marlowe... propietaria y única dependiente. Ana gustaba de los libros, de su forma y de su contenido y al establecer una librería para obtener de ella la satisfacción de ganar por su propia iniciativa algún dinero, lo hizo, en preferencia a cualquiera otro giro comercial, porque la compañía de los libros la complacía como si se tratara de amigos íntimos, queridos y fieles.

Al distinguirla yendo de aquí a allá entre los estantes, disponiendo un jarrón de flores o un montón de libros, atendien-

do a un cliente o hablando al teléfono, John C. Everett había sentido afirmarse su determinación de hacerse presente a ella, de cortejarla y ganarse su afecto.

A veces, con todo, admirando su natural nobleza de maneras, su cabeza erguida, firme, la serenidad de su alma, evidenciada en todos sus movimientos y actitudes, Everett se preguntaba si Duncan Morgan podría merecer jamás el favor de una mujer de tan alto espíritu. Al mismo tiempo, se sentía vacilar en sus propósitos de venganza. ¡Bah! Había dejado muy lejos el presidio, y por otra parte, diez años de cárcel serían castigo suficiente para el puellévino Kent. Lo cierto era que John C. Everett no estaba seguro de los deseos de Duncan Morgan. Y vacilaba entre si realizar sus deseos de venganza o satisfacer la necesidad de afecto que le impulsaba hacia Ana Marlowe.

John C. Everett se encaminaba una vez más hacia la librería. Como siempre que se dirigía allí, caminaba con innecesaria premura. Esta vez, con todo, su apresuramiento estaba justificado. Había adoptado al fin la resolución de entrar en la librería y de darse a conocer a la joven, iniciando unas relaciones que habrían de ser duraderas. Esta vez no flaquearía, como le había ocurrido ya en varias ocasiones durante este tiempo.

En su prisa y absorto en sus pensamientos, tropezó contra un individuo, que le miró fijamente por un segundo, con una mirada aguda y penetrante. Murmuró sus excusas y prosiguió su camino sin prestar atención alguna al incidente, aunque le bastó una mirada rápida para reconocer en aquel hombre al detective Doolin, del servicio neoyorquino. No creía que Doolin hubiera reconocido en John C. Everett, hombre de negocios de los pies a la cabeza, al ex presidiario Duncan Morgan.

En esta ocasión, al llegar a la librería de Ana Marlowe, no quiso hacer alto ante el escaparate, a través del cual le había observado tantas veces, por temor de retroceder nuevamente sin haber cumplido el único propósito que le lleva-

ba allí. Sin detenerse a pensarlo, empujó la puerta y entró.

Ana empacataba unos libros para un parroquiano, que aguardaba, hojeando algunos cuadernos, unos pases más allá. Al ver aparecer a Morgan, se volvió y con una sonrisa, le dijo:

—Buenas tardes, caballero. Vaya usted buscando lo que guste. En seguida será con usted.

Morgan se descubrió y murmuró un "Buenas tardes" que apenas si él oyó. Ana entregó el paquete a su parroquiano.

—Tres pesas, señor —le dijo.

El otro pagó, tomó el paquete bajo el brazo, se despidió y se fué. Morgan, entretanto, pudo hacerse el esfuerzo necesario para recobrar su entereza y volver a ser dueño de sí mismo. Estaba, al fin, ante la mujer que se había formado el inquebrantable propósito de conocer, de hacer suya quizá, y no iba a retroceder a vacilar a punto de dar el primer paso decisivo hacia la realización de aquel propósito. El timbre de la voz de Ana era lleno, limpio, tan firme, tan sereno y tan puro como cumplía a la mujer que sus ojos, su sonrisa, habían dado a conocer a Morgan en una fotografía. Morgan sintió un estremecimiento de placer acústicamente estético al comprender que se hallaba ante una mujer completa.

Ana se dirigió a él y Morgan observó que había prestado a su sonrisa una sinceridad buena y cordial que no había en las sonrisas obligadas de aquellos que sonríen con el solo objeto de lograr una venta.

—¿Ha encontrado usted lo que buscaba?

—No, señorita —replicó Morgan— Ana no.

—¿Buscaba usted algún libro en particular? —le preguntó Ana Marlowe, con una sonrisa que le prometía una colaboración amable y eficaz.

—Ninguno en particular, mas sí alguno que trate de la vida en las Antillas.

—¿No es una novela la que usted busca?

—¿Oh, no, señorita! —protestó Mor-

gan, correspondiendo a su sonrisa—. Quisiera algún estudio sobre la historia, las costumbres y el desarrollo de esas tierras. En fin, usted me comprende.

—¿Sí, perfectamente.

Morgan no había respondido de aquel modo al azar. Desde su salida del presidio, cuando, pensando en ganarse el cariño de Ana, hacía planes para su porvenir, había puesto sus ojos en las Antillas como en un sitio ideal para comenzar su vida.

—No tengo nada semejante a la mano —dijo Ana, al fin, lanzando una mirada indiferentemente curiosa a los estantes—. Pero —prosiguió después de una ligera pausa, con un gesto de haber recordado algo repentinamente—, sí. Aguarde usted un momento. Deseo haber recibido alguno en las cajas que llegan hoy. Volveré en seguida.

Echó a correr hacia una puerta que se abría al fondo del local y la vio volver, se, fijar en él los ojos momentáneamente, con un aire grave, y vacilar. Pero Morgan no hubiera podido asegurar que Ana hubiese vacilado. La impresión fue demasiado rápida y la joven había desaparecido detrás de la puerta antes de que Morgan pudiera apreciar el significado de su gesto.

Morgan, entregado durante todo este tiempo desde su salida de la penitenciaría, al pensamiento de Ana, no se había detenido a considerar la posibilidad de que Ana le conociera. Sin embargo, la joven le había reconocido desde una vez que la viera detenerse ante el escaparate, sin que él le observara. Ana le olvidó en seguida, pero después había tenido ocasión de confirmar su primera impresión, viéndolo con frecuencia cruzar ante la librería. Había visto un retrato en los diarios y Kent le había escrito algunos días antes describiendo su aspecto. Aquella misma mañana, había recibido una segunda carta de Kent en que le manifestaba sus deseos:

"Morgan juró vengarse de mí, creyéndose responsable de que le encerraran en la mazmorra, la víspera de salir en libertad condicional. Es un hombre peligroso, capaz de cualquier cosa..."



... se apoderó de los cigarrillos del recién llegado.



— ¡Vaya! ¡Que no me han de dejar en paz las mujeres!



—¿Quién fué el gracioso?



... sacó un cuchillo...



— ¡Cobarde!



— ¡Sacáme de aquí! ¡Esto es peor que el infierno!



Le fallósen las fuerzas para abrir los ojos.



Pasados unos minutos, abrió la puerta y salió al corredor.



—Túne usted, señor Morgen. Váyese.



—Creen haberle visto antes en alguna parte.



— ¡John!



— No fui yo el que le plantó el cuchillo, Morgan.



... invadieron el segundo patio.



— ¡Traidor! ¡Miserable!



¡Hablere querido vármelos personalmente
con ese cochino de Morgan!



—¡Bueno, Morgan... Buena suerte...

Ana, pues, estaba preparada para recibirlo, aunque Morgan lo ignoraba. Le esperaba desde hacía ya algunas semanas. Ahora que al fin se encontraba ante ella, Ana se sentía dispuesta a todo. Ignoraba cuáles serían exactamente sus propósitos, pero no le permitiría frustrarlos. Le tomaría la delantera. Con un gesto decidido, tomó el teléfono.

—¿Me permite usted que le ayude?

Sobresaltada, se volvió. Morgan estaba en la puerta, sonriendo, la cabeza descubierta. Ana dejó el aparato y trató de sonreír.

—Gracias...—murmuró—. Si se usted tan amable...

¿Habría adivinado sus intenciones? Si así era, ¿qué proyectaba hacer él?

Morgan dejó el sombrero sobre una mesita, se inclinó y tomó en brazos una caja que Ana le señaló, y a un gesto suyo, la llevó a la pieza contigua, a la librería propiamente dicha. Colocó la caja sobre un pequeño estante y se despojó del sobretodo, que echó en una silla. Ana no tardó en dominarse y salió, portadora de un martillo. Rápidamente, con algunos golpes destreza aplicados, Morgan abrió la caja. Ana desdobló las cubiertas de papel grueso que cubrían los libros y principió a sacarlos uno a uno.

—Me temo que los libros de viaje no vienen hasta el fondo — comentó, haciendo un esfuerzo para sonreír—. Todos éstos son novelas.

—Ya le veo—respondió Morgan, más ocupado en admirar sus cabellos que en ver los libros que sacaba.

Ana tomó algunos de los libros y se dirigió a un estante próximo a la silla donde Morgan había dejado un sobretodo. Aprovechando un momento en que vio a Morgan inclinarse sobre la caja, deslizó rápidamente la mano en uno de los bolsillos del abrigo y sacó una automática. Con expresión decidida, se volvió y apuntó el cañón de la pistola al pecho de Morgan, que difícilmente pudo contener un suspiro.

—¿No se mueva usted!—le ordenó ella.

Morgan no pensaba en moverse. Pero admiraba el valor de la muchacha, la aparente firmeza de su actitud. ¿Será todo lo que sus ojos prometían?

—Le conozco, señor Morgan—dijo ella, pasado un momento—. Recuerdo haberlo visto en la cárcel en la que está mi hermano.

—Yo también le conozco, señorita... desde hace largo tiempo.

—¿A qué ha venido usted aquí?—preguntó Ana. Y en seguida se percató de la ingenua inutilidad de su pregunta.

—Yo mismo no lo sé—respondió Morgan. Pero al mismo tiempo se decía que nunca había estado tan seguro de una cosa. Aún el recuerdo mismo de Kent se había borrado.

Ana misma ignoraba ahora qué era lo que ella se proponía. Algo inexplicable la impulsó a dejar nuevamente el teléfono, después de haberlo tomado una segunda vez y descolgado el auricular. ¿Sería quizá la natural repugnancia de entregar a un hombre a la policía?

—¿Por qué no llama usted?—preguntó Morgan.

Ana vaciló.

—No lo sé. No sé qué es lo que debo hacer. Pero... No, no podría enviarle nuevamente al presidio. He visto lo que es eso.

Morgan guardó silencio. ¿Por qué no había esta mujer cruzado antes su camino? Su resolución de ganarla se hacía más y más firme, pero al propio tiempo sus dudas sobre sus propias merecimientos aumentaban.

—Tome usted, señor Morgan. Váyase.

Y Ana le tendió su automática. Maquinamente, Morgan se la guardó en el bolsillo de su chaqueta. No sabía qué decir. Recogió su abrigo y se lo puso y Ana fué a la pieza contigua y regresó trayéndole el sombrero.

—Gracias — murmuró Morgan. Después de esto, no podría, seguramente, esperar verla más.

En ese instante, la puerta se abrió y

el detective Donlin entró, quitándose el sombrero.

—Buenas tardes, señorita Mariowe.

—¡Oh!... Buenas tardes, señor Donlin. Morgan se levantó el cuello del sobretodo y se volvió hacia Donlin.

XI

Por un momento, Ana se turbó. Dominándose en seguida, sin embargo, se dirigió a Donlin, que miraba con mal disimulada atención al visitante de Ana.

—Permítanme ustedes que les presente—dijo sonriendo—. El detective Donlin... Un amigo mío, el señor...

Afectando la más absoluta naturalidad, Morgan se apresuró a interrumpir la alargando la mano a Donlin:

—Everett... John C. Everett, a sus órdenes.

Donlin le estrechó la mano y murmuró algunas palabras de cortesía.

—¿Se le ofrecía alguna cosa, señor Donlin?—le preguntó Ana.

—Nada, señorita. Al pasar, vi las luces encendidas y, como a estas horas, generalmente, ya se ha marchado usted, me llamó la atención.

—Estaba ordenando unos libros... con ayuda del señor Everett.

—Así lo veo, señorita Mariowe—asintió Donlin.

Mientras hablaba, el detective volvía frecuentemente la vista a Morgan, o quizá éste se engañaba y su nerviosidad le hacía ver algo que no existía. Con gran dificultad dominaba su turbación. Después de todo, se decía, todos los polizontes tienen la mala costumbre de mirar más de la cuenta a todo el mundo. De pronto, Donlin se dirigió directamente a él.

—Creo haberle visto antes en alguna

parte—le dijo, acercándosele con mayor firmeza que hasta entonces—. ¿No recuerda usted dónde nos habremos conocido?

—No, no tengo la menor idea—replicó Morgan con aire reflexivo—. No llevo mucho tiempo aquí...

Donlin sacó un cigarro del bolsillo.

—¿Me permite usted?—preguntó a Ana. Esta asintió. Morgan sacó su encendedor y dio luz a la cigarrilla del detective.

—Gracias—murmuró este, aspirando voluptuosamente.

Ana quiso desviar la conversación.

—¿Le gustó a la señora el libro que le envié?—preguntó, dirigiéndose a Donlin.

—¿Cómo?... ¡Ah, sí! ¡Mucho!

—Tengo un nuevo libro que también ha de gustarle. Una novela inglesa.

—¿Su esposa es muy aficionada a la lectura?—inquirió Morgan, con interés, creyéndose llamado a tomar parte en la conversación.

—¿Cómo?... ¡Ah, sí, sí! ¡Mucho!—grasó Donlin.

—Si quiere usted, le traeré ese libro ahora mismo—sugirió Ana.

Donlin la detuvo.

—¡Oh, no, señorita! ¡No se moleste usted! ¡Mañana pasará otra vez por aquí!

Y la sonrisa de Ana era la expresión perfecta de una perfecta amabilidad. La pausa se prolongaba. Morgan estrujaba

al sombrero a su espalda y Donlin estiraba las volutas de humo de su cigarrillo como buscando en ellas la confirmación de sus sospechas. Bruscamente, se despidió:

—Bueno, señorita Mariowe—dijo, yendo hacia la puerta—. Tengo que retirarme. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Donlin, Donlin lanzó una última mirada a Morgan.

—Buenas noches—se adelantó ésta. —Buenas noches —replicó Donlin. Abrió la puerta y desapareció.

Ana y Morgan quedaron solos. ¿Qué era lo que pensaba esta muchacha, que no se había decidido a entregarle al policía hasta para enviarle al presidio? Pero esto era, precisamente. Ya lo había dicho ella: "No, no podría mandarle nuevamente a la cárcel... He visto la que es eso..."

—Gracias—le dijo, conmovido profundamente, quizá por primera vez en su vida.

Ana no respondió. Morgan dio un paso hacia ella, se contuvo en su vago impulso, y murmuró:

—Buenas noches.

Ella volvió la espalda y se dirigió resolutamente a la salida. Pero al llegar a la puerta no pudo resistir al deseo de volverla. ¿Para qué? Quizá para mirarla una última vez.

—¿A qué vino usted aquí?—le preguntó Ana, después de un largo silencio.

—No lo sé. A ajustar una cuenta que tenía pendiente quizá.

—¿Qué quiere usted decir?—inquirió Ana, con un interés tan sincero que Morgan se sintió profundamente obligado hacia ella.

—¡Oh!, nada...—replicó con una amargura que el interés que Ana le mostraba hacía más llevadera—. ¿Para qué hablar de eso?

Ana dejó que la pausa se prolongara. Morgan comprendió que no era posible permanecer allí más tiempo. Pero la joven le detuvo una vez más.

—¿Piensa usted salir del país?—preguntó al fin.

Gozoso de verse detenido con cualquier motivo, Morgan no pensaba en sorprenderse ante pregunta alguna que Ana le dirigiera.

—Tal vez... No lo sé.

Ana fijó en él la mirada limpia, serena, que él había aprendido a conocer en el retrato que guardaba junto a su pecho.

—Le comprenda mejor de lo que usted cree—le dijo, dulcemente—. Si alguna vez pasa usted por aquí, antes de marcharse, no deje de entrar a verme. Tendré mucho gusto en verlo, se lo aseguro.

El corazón de Morgan fue una frasa de gracias que sus labios no llegaron a formular.

Las semanas que siguieron fueron semanas durante las cuales Morgan, alias John C. Everett, conoció la felicidad más real que había disfrutado en todos sus treinta años de vida. La continua vigilancia de Donlin y los suyos, de la que no dejaba de darse cuenta, no alcanzaba a atormentarla. La compañía de Ana, cuando estaba a su lado, y el pensamiento de que pronto habría de verla, cuando estaba lejos de ella, aligeraban para él la carga que ha de sufrir el prisionero encapado, al que la policía vigila de día y de noche para sorprenderle en un momento de descuido con la prueba absoluta de su culpabilidad.

El hecho de que llevaba la vida más tranquila y ordenada y que trabajaba laboriosamente en la caja de un banco donde encontró una plaza, el respeto que mostraba hacia sus superiores; nada hacía cesar la estrecha vigilancia de que le hacían objeto Donlin y los suyos. Prefiriendo dejar buena memoria de sí en aquel banco, Morgan dejó la plaza con cualquier pretexto antes de verse obligado a salir por intervención de la policía. Lo propio ocurrió en las otras dos plazas que Morgan obtuvo después de aquella. El pensamiento de Ana le as-

tenía en su resolución de seguir el camino que se había trazado, pero pronto comprendió que tendría que abandonar el país y buscar alguna honesta fortuna lejos del antiguo escenario de sus triunfos.

Hacia ya algún tiempo que Ana le había presentado a su familia y con frecuencia la acompañaba a su casa en las afueras de la ciudad y en la que algunas veces había transcurrido un domingo amable de placidez burguesa. Aquellas visitas le habían convencido de que, contra lo que creyera siempre, era "hombre de hogar". Pero era solamente la presencia de Ana y el impulso que le movía hacia ella le que había hecho de la suya una naturaleza nueva.

Este domingo había tomado una resolución y a bordo del tren que le conducía al pueblo en el que se levantaba la casita de los Marlowe, se repetía que, costase lo que costase, no permitiría que el gusto que bullaba en la compañía de su amiga le hiciera flaquear en sus propósitos. Esta sería la última visita que habría de hacerle. No la había habido nunca de la Dúsción secreta que acariciaba y estaba resuelto a no hacerlo a menos que ella misma le revelara el deseo de olvidarla expresar. No era difícil, por otra parte, que ya le hubiera olvidado. No profecía una gran fe en la intuición femenina de que hablaban los novelistas que había leído en su primera época de empleado bancario, pero creía en la penetración de esta mujer extraordinaria... y en la evidencia de su propio cariño. Hoy venía casi con el solo objeto de despedirse. Pero si llegaba a hablar y ella estaba dispuesta... Dispuesta, ¿a qué? ¡Oh!, a seguirle o a separarle... Entonces... El horizonte antañano que le atrala se abría más amplio.

Dick Marlowe, el hermano mayor de Ana, estaba metido hasta la cintura en la caja del automóvil familiar, a la puerta de la casa, cuando Morgan llamó a la verja. Dick Marlowe estaba siempre metido hasta la cintura en la caja de algún automóvil. Su debilidad era un automóvil descompuesto que le proporcionara el pretexto de hurgar en sus entrañas para

descubrir su mal y repararlo. Dick Marlowe era capaz de encontrar un desperfecto en un automóvil que acabara de dejar la fábrica. Afortunadamente, era capaz también de repararlo.

Sin sacar la caja, gritó:

—¡Hola, John! ¡Pasa adelante! ¡Encontrarás a Ana en el jardín!

Su voz se ahogó en el vientre del paciente.

Pero Ana acudía ya a encontrar a Morgan. Le tendió la mano sin pronunciar palabra y respondió suavemente a la presión de la suya. Le sería difícil decirle adiós. Imaginar que quizá fuera a perderla para siempre, pero no sería difícil hacerla comprender. Su mirada hablaba con elocuencia de todas las ternuras. Echaron a andar hacia la casa. Los viejos Marlowe habían aprendido pronto a estimar a este joven de gesto firme y de expresión clara. Ambelaban para su hija un hombre de carácter y de principios aunos. John C. Everett era a sus ojos el hombre que buscaban para Ana. Le habían hecho objeto de su más franca hospitalidad y él se había mostrado siempre digno de ella. Le recibieron ahora con la afectuosa falta de cortesía que les morocía al que miraban ya como a un hijo, aunque Ana no les hubiera revelado la existencia de compromiso alguno. Ana tomó su abrigo y su sombrero y los llevó a la casa, mientras Morgan quedó charlando en el vestíbulo con los viejos. Ana reapareció en angustia y ambos se alejaron, pasando por el jardín.

Hablaron de cosas triviales, hablaron de libros, y de ellos no hablaron. ¿Para qué? Bajo las frases triviales sobre cosas triviales cruzaban entre ellos otras que no hubieran podido precisarse, que carecían de toda forma exacta, pero que eran la expresión del lazo simpático que, sin hablarse, les había unido tan estrechamente desde hacía largo tiempo.

—Ana, mañana me marcho — dijo al fin, naturalmente, como si el propósito hubiera surgido en aquel momento y como resultado de su última frase.

Ana calló. Había venido esperando esto día tras día. Con todo, cuando quiere

que hubiera venido, habría venido demasiado pronto. Habló luego con tono firme, como Morgan lo esperaba de ella.

—Volverá, ¿verdad?

—No lo creo... Aquí no puedo vivir ya. —Hizo una pausa y concluyó: —La policía me prohíbe ser honrado.

Dieron algunos pasos sin pronunciar palabra.

—¿No te sería mejor entregarte y volver al presidio a terminar tu condena? —Ana sugirió.

Morgan se estremeció.

—No. Me impondrían siete años más de encierro. Esta vez, me siento nuevamente señor de mi destino, capaz de rehacer mi vida. Mi única esperanza está en el trabajo lejos de aquí.

—Te voy a echar de menos —dijo Ana. La vez le temblaba ligeramente. Eso no estaba bien.

Pero palabras como éstas eran las que Morgan deseaba oír de ella, las que necesitaba. Su recuerdo sería un consuelo, un sostén, aunque esas palabras no le llevarán a nada alguna.

—Ana, no trataré siquiera de explicarte lo que tu amistad ha significado para mí. Después de todo, no es necesari-

rio. Tú lo sabes... No, quizá no lo sabes, pero John C. Everett es otra tuya.

Se habían detenido a la sombra de un árbol que había cobijado muchas de sus charlas henchidas de significado y buenas al parecer. Ahora hablaban en silencio.

Donlin y el detective que le acompañaba les hallaron allí.

—Perdón, señorita —dijo, tocándose el sombrero ligeramente—. Nos trae aquí un deber que, por usted, considero penoso, pero que tengo que cumplir.

Ana se aproximó a Morgan y buscó su mano.

—Quizá no sabe usted cuál es el verdadero nombre de su amigo, el señor Everett —prosiguió Donlin. Se volvió a Morgan y le dijo:

—Veamos qué es lo que trae encima, Morgan.

No encontró, sin embargo, lo que buscaba. Sacó de su bolsillo unas espesas y aseguró a Morgan. Ana estrechó la mano de éste con una fuerza extraordinaria.

—¡John! —murmuró.

—Siento mucho que esto haya ocurrido aquí —le respondió él.

XII

Cuando una "zorra", o presidiario escapado, es cogido y llevado de nuevo a la prisión, se le arroja a la mazmorra por sesenta días y sesenta noches. Morgan lo sabía, pero esta vez se había resignado a ello y de antemano se había armado de una voluntad inquebrantable para palgar su condena sin flaquear.

Le sostenía ahora la seguridad de que

Ana lo amaba, aunque nunca se cruzara entre ellas ninguna palabra que revelara sus respectivos sentimientos. Confía en que pronto habría de presentarsele algún camino para salir del presidio habiendo purgado su condena y, listo, recomenzar su vida. Alguna cosa, un milagro quizá, habría de abrirle las puertas de la prisión, y esta vez no se vería ator-

mentado por la persecución sañuda de la justicia.

La noticia de su regreso se extendió rápidamente entre los penados. Al ser conducido a las mazmorras, desnudo hasta la cintura y con los pies descalzos, atravesó ante el grupo de sus viejos conocidos. Hutch le lanzó una mirada de bienvenida, mezclada de lástima por verle de regreso allí.

Nadie le dirigió la palabra. De cuando en cuando, alguno le saludaba con un movimiento de cabeza apenas perceptible. De pronto, los ojos de Morgan hallaron los de Kent, los que se dilataron en una expresión de hondo terror. Morgan sonrió, burlón. Ya hablaría con Kent.

En el fondo, sin embargo, Morgan había cesado de odiar a Kent. Una vez que le encerraron en la oscura y húmeda celdilla, Morgan principió a reflexionar sobre las vicisitudes de la existencia. Transcurrieron así muchas y muy largas horas de las que hubo de vivir en aquel espantoso encierro. Así como algún casual encuentro altera decididamente el curso de una vida humana, así la circunstancia de que Mariowa se fuera en su chaqueta el cuchillo de Hutch, había transformado por completo la existencia y la filosofía de Morgan.

Mentalmente, examinó los distintos eslabones de la cadena que le habían llevado a vivir el rumbo de su existencia: El hallazgo del cuchillo... Los treinta días pasados en la mazmorra... su encuentro con Ana Mariowa... Su postrera conversación con la joven... Su callada confesión de amor... Y, por último, el arresto y su regreso a prisión.

Se dijo que lo que siguiera después dependía por completo de su voluntad.

—Todas las cosas tienen un fin—filosofaba en la oscuridad de su encierro—. La perspectiva no se presenta muy brillante que digamos. Pero se me ofrece aquí la oportunidad de salir de prisión, una vez cumplida mi condena, libre de toda mancha. De haberme casado con Ana y escapado, hubiera vivido siempre en el temor de que, un día u otro, la policía, siempre a caza de "la zorra", me

descubriera y me echara mano. Y entonces hubiera sido más duro para ambos... y para ella en particular.

Pensando en ella, se preguntó si vendría a verle alguna vez. ¿Acaso no había sufrido ya humillaciones suficientes al ver a un hermano convertido en un prisionero? Probablemente haría un esfuerzo y olvidaría a Morgan para siempre. Quizá el pensamiento de que el hombre a quien amaba—porque Morgan estaba seguro de que ella le amaba—era un prisionero, la moviera a arrancarse ese amor de su pecho. Ana era una mujer demasiado noble para estropear su vida entregándola a un prisionero.

Pero no... Morgan tenía fe en ella. Aunque encerrado en la mazmorra, lo que aun entre prisioneros constituía un deshonor, arrigaba la certeza de que ella le amaba, le amaría. Y Morgan se afirmaba a sí mismo que habría de justificar ese amor, haciéndose digno de él.

¿Qué extraño, pensaba él, que permitiera, durante los penosos días de su incomunicación, en imaginar su futura felicidad! Absurdo y todo, Morgan se imaginaba en su celda... una celda bañada de sol... En la cocina, entregada activamente a sus quehaceres, veía a Ana en un fresco vestido de casa, de colores claros y alegres... La imaginaba a veces preparando el café y dirigiéndole una sonrisa, de aquellas sonrisas que eran tan suyas, a tiempo que le preguntaba: "¿Y azúcar, señor Everett?... ¿Una o dos terrones?" (Señor Everett! Y los dos se reían... Si, la casa estaría bañada en sol, un sol eterno, bueno, y luminoso...)

En cuanto al dinero, no exigirían mucho. Apenas para las cosas más necesarias. Morgan trabajaría enérgicamente y sus ingresos serían cortos, pero regulares. Aprendería a conocer el verdadero valor del dinero, que hasta entonces estimara él en tan poco. Ella, con la experiencia adquirida en la liberación, sabría hacerlo rendir. La luz de su futura felicidad parecía iluminar la mazmorra; la oscuridad se disipaba. Nada le descorazonaría. Esperaría pacientemente a que se le ofreciera la oportunidad de

comunicarse con Ana, confírmale su amor y recibir de ella la promesa de que le esperaba.

Una idea le asaltó que le dejó sumido en honda melancolía. ¿Qué derecho asistía, a él, a Morgan, un ladrón y un presidiario, para pedir a esta mujer, exultante y nobilísima, que le aguardara? ¿Cómo podía pedirle que transcurriera la mejor parte de su vida esperando a que él saliera en libertad, después de que hubiera terminado su justa condena? ¿Qué oprobios tendría que sufrir, convertida en la prometida de un presidiario? Morgan se imaginaba la sonrisa cruel y burlona del detective Donlin, al saludarla siempre que la viera, camino de la librería:

—Buenos días, señorita Marlown. ¿Cómo está usted?

Que sería una forma irónica de decirle:

—¿Hasta cuándo vas a tener que esperar a tu navío el presidiario?

Y entre sus propios familiares, que jamás aprobarían su elección de prometido, cuántas humillaciones, cuántas penas tendría que tolerar!

Sin embargo, del negro abismo de esos negros pensamientos, Morgan veía siempre surgir el contra sonriente de Ana. Y sus labios murmuraban:

—¡Valor! ¡Paciencia! ¡Fe!

Ana misma era la esencia misma del valor. Morgan había recibido pruebas bastantes y elocuentes de ello.

El, Morgan la imaginaba, la veía, burlando una sonrisa valiente, llena de confianza. Morgan había pasado los últimos diez años de su vida entre ladrones, bandidos, estafadores, en ese mundo que vive a la sombra de la ley, pero entre ellos había aprendido a conocer y a apreciar a los hombres en su verdadera valor y a leer en ellos como en otros tantos libros abiertos. Y al juzgar a Ana no se equivocaba.

¿Cómo quisiera poder decirle que, por su parte, no tendría nunca que temer haberle juzgado mal, haberse equivocado al poner en él sus pensamientos!

De este modo, las horas se sucedían a las horas y las noches a los días. Y

cada uno que pasaba, la esperanza de Morgan renacía más alta y más brillante. Antes de ahora no había tenido nada a que aspirar. Ahora, cada minuto que moría la acercaba más a la realización de las mejores aspiraciones que acariciara nunca. Tendría valor, tendría fe, Sabría también amarse de paciencia.

Llegó un día en que la puerta se abrió y se informó a Morgan que los sesenta días de incomunicación en la mazmorra habían terminado. Esta vez, los guardas encontraron a Morgan en pie y capaz de salir de la celda sin otra ayuda que la propia. El espíritu obrará siempre milagros con la materia.

Una vez que tomó un baño, se rasuró y cambió de ropas, se le condujo ante el alcalde. En presencia de éste, escuchó la réplica que le fué dirigida, con los ojos puestos en los del jefe de la prisión, en una mirada serena y firme. Estaba pálido y demacrado y mostraba unas profundas ojeras: los sesenta días de privaciones y de rigores en la mazmorra habían dejado en él en huella inconfundible.

—Las cosas van peor que nunca, Morgan — le dijo el alcalde—. El gobierno ha hecho cerrar los talleres y los penados no tienen nada que hacer. La ociosidad es mala consejera, Morgan. Tenga usted cuidado con lo que hace.

—Perfectamente, señor — replicó Morgan, con un aire resuelto que movió a Wallace, el jefe de patio, que se hallaba cerca de él, a lanzar una risa burlona. El alcalde lanzó a éste una mirada de desaprobación y continuó, manifestándose interesado hacia el prisionero:

—Morgan, he tenido siempre confianza en usted. Tengo la certeza de que en usted hay madera de la buena—. Hizo una pausa y concluyó—: Usted fué siempre un excelente prisionero... antes de que ese cuchillo le fuera encontrado encima...

—Señor, ya... — se apresuró a interrumpir Morgan, sin poder contenerse.

El alcalde levantó la mano.

—No hay nada que decir—declaró—. Eso ya pasó. Espero de usted que habrá hecho lo que de usted se exige. Ponga el ejemplo a los demás. Usted ejerce cierta influencia entre los penados. Por bien propio, utilícela como se debe. Eso es todo.

—Bien, señor.

Wallace le cogió del brazo y le condujo fuera del despacho del alcalde. Haciendo una mueca y lanzando una nueva risita burlesca, comentó:

—El alcalde es un sentimental. De ti no se puede esperar nada bueno, Morgan. Te conocemos de tiempo. Andate con pías de piamas, o vas a sufrirlas duras.

Wallace no sentía por los penados la menor simpatía y no hubiera depositado su confianza en el mejor de ellos. Desconfiado, malicioso, rígido hasta la crueldad, revelando siempre encontrar placer en la oportunidad de aplicar a alguno de los reclusos cualquiera medida disciplinaria de mayor o menor dureza, se había hecho alrededor al odio franco de todos los que estaban bajo su custodia y de no pocos de los guardas subalternos cuyos Morgan le conocía y sabía que, ahora más que nunca, Wallace se enseñaría en él y llegaría aún a provocarle a cometer algún acto que le llevara de nuevo a las mazmorras o le vallera una prolongación de su sentencia.

—Muy bien, señor—replicó, con el tono más cortés del mundo. Y después de un momento agregó—: No es sufrirlas lo que duele, Wallace, sino hacer sufrir a los demás. Ya verán, van ustedes a tener en mí semejante modelo de prisionero, que les va a cantar los nervios.

Y una vez que Wallace lo hubo dejado en el patio, fué a reunirse con sus

antiguos compañeros: Butch, El Ametrallador, Lajensky, conocido por El Topo, el ex saltador, que continuaba al cuidado del jardín de la prisión. Depoy, el morfinómano, Patnam, al que su terrible náusea no impedía mezclarse en todas las conversaciones; Guadalupe, el mejicano y El Lobo, cuyo verdadero nombre nadie sabía.

Si todos éstos eran sus compañeros. Pero solamente de prisión. Butch le merecía cierto afecto: había en él cierta hombría fuerte, primitiva, y una parséjica y secreta bondad infantil. Era un asesino, cierto, pero tal vez porque nunca había tenido el menor sentido del valor de una vida humana. En ocasiones se lamentaba de no haber cobrado más que quinientos pesos por habers "mascado" a tres verduleros italianos, pero si le habieran ofrecido cien mil habría quedado satisfecho.

Hacia los demás, Morgan no se sentía ligado sino por la ley invisible del prisionario. Fuera de allí, los habría ocupado. Y ahora, se sentía más apartado de ellos que antes. Sus rumbas eran distintas. A Butch también había de dejarle atrás. Eso estaba más adelantado, sin embargo. En el interior, la vida del prisionero los ponía en contacto siendo para ellos el mismo compañero digno de confianza, aunque sin comprometerse a nada que él considerara una infracción de los reglamentos del presidio.

Y al confundirse entre ellos nueva mente al verse rodeado por los rostros ávidos y curiosos de aquellas sinestras permanencias, que no obstante no dejaban también de ser hombres y pedían clamorosas nuevas del mundo del que Morgan acababa de volver; al agregarse una vez más al grupo familiar, Morgan se sentía animado de una firme resolución: la de tener presentes las recomendaciones del alcaide.

XIII

Los "mochachos" recibieron a Morgan como a un audaz aventurero de regreso de tierras conquistadas. Uno le estrechaba la mano, otro le daba una palmada a un tirón del pelo. Otra más le pedía un cigarrillo y los menos le ofrecían de fumar. Desde un rincón, los miembros de algún otro grupo agitaban la mano en señal de bienvenida.

—¿Cómo te fué, Morgan?—preguntó Dopey.

—¡Ouf, no se aburre una.

—¿Qué tal las hembras?—inquirió Butch, chasqueando la lengua—. ¿Encontraste mis iniciales grabadas en muchas camas?

—En todas, Butch, en todas. Todas se acuerdan de ti, Butch... Y por aquí, ¿cómo van las cosas?

—Como siempre... Sólo que no hay nada que hacer y la comida es cada día peor.

Butch tomó a Morgan de bracceto y tiró de él hacia su rincón favorito, que dos penados, dos hermanos cuidadosamente afeitados, se apresuraron a desocupar.

—¿Se fragua algo?—sugirió Morgan.

—Tú lo has dicho, Morgan—murmuró Butch, dirigiendo una mirada recelosa a todos los rincones del patio. Con un melancólico movimiento de cabeza, Butch intimó a Morgan la poterna de la prisión. Morgan volvió la vista hacia ella, aunque no percibió otra cosa que la verja de gruesos barrotes y al guarda pa-

sando y repasando pensadamente al lado opuesto.

—¿Ves?—dijo Butch—. Pues seis de nosotros vamos a salir tranquilamente por esa puerta.

—¡Vamos! ¡No nos hagais reír!

—Mi palabra, Morgan—repitió Butch, con aire ofendido—. El Topo y yo lo discutimos.

—¿El Topo y tú! ¡Mejor que mejor!

—Sí—continuó Butch, animándose conforme hablaba—. El Topo y yo. De tanta cuidar flores, le ha dorecido al fin una idea en la cabeza.

Hizo una pausa y miró a su alrededor.

—Mírala, ahí va—exclamó—. Obsérvala.

Morgan siguió a Joe con la vista. Llevaba en las manos un ramo de flores y se dirigía a la poterna. Al llegar a ella, dió un golpe sobre el hierro y el guarda, paseando al lado opuesto, se detuvo. El Topo alargó el ramo y el guarda metió el brazo entre los hierros y tomó las flores. Joe sonrió, saludó y se retiró paso a paso.

—¿Ves?—dijo al fin Butch, con una expresión de orgullo triunfal.

Morgan siguió a Joe con la vista, pero no alcanzaba a comprender qué significación pudiera encerrar aquella bucólica maniobra de Joe.

—Verás—principió Butch, con aire de paternal paciencia—. Todos los días, desde hace ya tres meses, El Topo se pre-

senta ante esa puerta con un ramo de flores que ha recogido del jardín. El polizonte ese está acostumbrado ya a la ceremonia. No va nada raro en ella.

—Ni yo tampoco—dijo Morgan.

—Vamos, Morgan, ¡pero eres tonto!

Y apoyándose confortablemente contra el muro y poniendo mayor paciencia en su expresión, prosiguió:

—Pues bien, de cuando en cuando, el ramo de Joe es demasiado grande... No cabe entre los hierros... ¿Comprendes?... El guarda tiene que abrir la verja.

—¡Ah!, ya ves—murmuró Morgan—. Una de estas mañanas, el guarda abrirá la verja y seis de vosotros os lanzáis fuera... ¡Sencillísimo!

Su tono era un tanto irónico.

—Sencillísimo—confirmó Butch, con una ingenuidad infantil.

—¿Y después?—preguntó Morgan, pasados unos instantes—. Luego que hayáis atravesado esa puerta, ¿qué?

—Derribamos la verja exterior... El automóvil estará ya aguardándonos a la salida, con el motor en movimiento.

Morgan le miró con expresión del más franco y profundo asombro, pero se limitó a preguntar:

—¿Para cuándo es la fiesta?

—Para el día 27... Día de Gracias... La mayoría de los guardas estarán en casita, hinchándose de pavo... ¡Y mira el pavo que les vamos a dar nosotros!

Y Butch rompió a reír, pero se vió obligado a contenerse en su regocijo al ver que un guarda se volvía bruscamente.

—Butch, estás loco—le advirtió Morgan—. Eso podría llevarte a la "vinda".

—¡Bah! ¿Qué importa! ¡No lo paso mejor aquí! Y para mí, no hay esperanza, ya lo sabes... ¡Estoy condenado a prisión perpetua!

Morgan movió la cabeza.

—¿Quiénes son los otros?—preguntó.

—Olsen, Dopey... El Lobo...

—El Lobo!—interrumpió Morgan.

—Entonces ¡va a correr sangre, seguro! Butch se manifestó seriamente ofendido.

—De ninguna manera—aseguró—. Ya me lo ha prometido.

—¡Bah!—replicó Morgan—. ¡Un hombre como él, que mató a su madre!

—Es verdad—dijo Butch, que se sintió llamado a justificar a su compañero.

—Pero dice que fué en defensa propia. Es buen chico, no te creas.

—¿Y quién más participa en este inspirado complot?

—Vamos a ver—principió Butch, contando con los dedos—. Pues... El Sueño... Kent...

—¿Cómo!—saltó Morgan—. ¿Kent también?

—Mira, Morgan—Butch le tranquilizó—. He hecho investigaciones. No fué Kent el que te "plantó" el cuchillo. Fué el alemán. Le hemos sorprendido dos veces tratando de hacer lo mismo a otros de los muchachos.

—¡Butch, eres un niño!

—Como te lo digo, Morgan—insistió El Ametrallador—. Kent es inocente. Además, ha sabido ganarse nuestra confianza. Ahora es de los nuestros.

—¿Le habéis puesto al tanto de todo?

—¡Oh, no! El saldrá con nosotros, pero el plan no lo sabe.

—No confíes demasiado en él, Butch. Butch se encogió de hombros.

—Desde ahora, puedes considerarte de la partida—concluyó.

Morgan levantó la mano.

—¡Oh, no, Butch! Yo no.

—¿Cómo! ¿Qué quieres decir?—preguntó Butch. Su asombro era tan sincero como profundo.

—No cuentes conmigo. He virado al rumbo.

Butch le miró, entre incrédulo y desconfiado.

—Dejaste las agallas en la "refrigeradora", ¿eh?

Morgan hizo un gesto de indiferencia.

—No, Butch—dijo—, pero me ha dado el antojo de tomar de nuevo por el camino que dejé hace tiempo.

—Te crees, Morgan—le respondió Butch con aire magnífico—. Pero que no lo sepan los muchachos. Te tomarían por uno de "los otros".

Putnam avanzaba hacia ellos, cargado de libros y revistas. Dopey le acompañaba.

—Mira, Butch—anunció el tartamudo, tomando un cuaderno que alargó al Ametrallador—. Te traigo lo que quieres.

Butch se puso en pie, resplandeciente en enorme rostro de chiquillo hambuido.

—¿Qué! ¿Las bellizas de la pantalla?

Y su mano impaciente arrebató a Putnam la revista que le tendía. Morgan se dejó, riendo. Fraguando planes o comiendo encarnaduras, Butch era el mismo de siempre. Morgan se cruzó con Oliver.

—¿Dónde está Kent?—le preguntó.

—Allí está, míralo—Oliver se lo indicó.

Kent levantó la vista cuando Morgan estaba a dos pasos de él. Vió en el muchacho un ademán de terror, un gesto demudado, el impulso de echar a correr. Pero la mirada fija de Morgan le detuvo.

—Hola, Morgan—balbuceó.

—Hola.

Kent se adelantó, ansioso:

—No fui yo el que te plantó el cuchillo, Morgan—le dijo—. Te lo habrá explicado Butch. Fué el alemán. ¿Te acuerdas?...

—¿Embustero!—le replicó Morgan, leve y cortante—. Pero, lo pasado, pasado.

Le hizo una seña y le llevó aparte, lejos del grupo de penados que les observaba, en espera de alguna violencia.

—¿Estás complicado en la fiesta?—le preguntó a quemarropa.

—Butch ha estado hablando!—replicó Kent, alarmado.

—Sí... El asunto es peligroso, Kent. Es una locura. En lo personal, me importa un ardite, pero los demás son amigos míos, ¿entiendes? Y esto no va a llevarse a ninguna parte.

Kent callaba, aterrorizado al pensar que ahora, quizás, ya no podría retroceder y renunciar a tomar parte en el intento de evasión.

Morgan suavizó la voz, aunque su tono no era menos enérgico:

—He conocido a los Gayon, Kent—pro-

siguió—. Si les proporcionas una pena más, los viejos no podrán separarla. Te lo repito, Kent: Retírate.

Y Morgan se alejó. Kent habría seguido con gusto su consejo. Nunca las había tenido todas consigo desde que Butch le dijo que iban a tratar de evadirse. La ignorancia en que se hallaba de la forma en que El Ametrallador y los suyos proyectaban la fuga, hacía más terribles los pensamientos evocados en él por las palabras de Morgan.

—¿Qué te quería Morgan? ¿Tratando de asustarte?

Kent se estremeció. Levantó la vista y miró a Joe con el terror que estos hombres le habían inspirado desde su llegada y que no había podido nunca dominar. Por miedo a ellos, había aceptado participar en el plan de evasión, por miedo no se atrevía ahora a negarles su colaboración.

—Sí—confesó al fin. Y agregó—: Parece haber cambiado.

Joe masculló una maldición. Butch llamaba. Joe se volvió a él.

—¿Has contado con Morgan, Butch?

—Naturalmente—replicó Butch, con aire de la más completa seguridad.

—No mientas, Butch—insistió El Topo. Le conocía. Le conocían todos.

—¿Y?—protestó él—. ¡Si no he dicho una mentira en mi vida!

—Morgan no es de los nuestros—le dijo Joe—. Y ha querido convencer a Kent de que abandone la partida.

—¿Morgan? ¡Imposible!

—Vamos—gruñó Joe, con una furia reconcentrada—. ¡No te hagas ilusiones! Morgan ya no es el mismo. ¿Crees que sea capaz de "soplarte" a Wallace?

La indignación de Butch no conocía límites. Con acento feroz, rugió:

—¿Morgan habrá cambiado, pero no hasta el punto de "soplarte" a nadie!

Lanzó a su alrededor, entre los que se habían reunido allí, una mirada heladora:

—¡Y al que se atreva a acusarle de traidor, le parto la cabeza!—concluyó.

A las palabras de Butch, siguió un profundo silencio entre los penados. Lo conocían.

XIV

En la sala de vistas, Morgan hubiera querido que no existiera entre él y Ana la verja de hierro y la tela de alambre que los separaba. Sin embargo, la sola alegría que Ana le había proporcionado al hacerle esta visita que le llegaba por completa de sorpresa, era más de lo que él se merecía, seguramente, se decía Morgan.

La presencia de Ana, sin embargo, no era todo. Generosa, pródiga, le traía también con el don de aquella, la alegría de hablarle ahora como si el amor que los unía se le hubieran confesado mutuamente, como si fuera una cosa aceptada, aunque jamás hubieran hecho alusión a él.

Morgan, ansioso, inquieto, preguntaba:

—Pero, tú, Ana, ¿estás dispuesta a sacrificar tantos años de tu vida por esperarme a mí? ¿Crees de veras amarme lo suficiente? ¡Oh, soy un egoísta, pero tengo miedo!... Tengo miedo de esperar demasiado... y de oír de ti que, en efecto, espero demasiado.

—¡Oh, John!... Para mí serás siempre John, mi John... No hables así! ¡Jamás estuve tan segura de una cosa en mi vida como lo estoy de que te quiero... y de que cuando terminas tu condena, me encontrarás aguardándote!

—¡Te amo, Ana!

Habría querido que sus labios pusieran aquellas palabras sobre los de Ana. Pero a falta de ello, las palabras mismas la besaban... En la boca, en los ojos, en el corazón.

Un guarda llegó y tocó a Morgan en el hombro.

—La visita ha terminado, Morgan—le dijo.

Ana levantó a él la vista con una expresión de desolada impotencia. El presidio reclamaba lo suyo. ¡Y condenan que aguardar siete años más para satisfacer sus demandas!

Morgan se pasó en pie. Del lado opuesto de la división de alambre y hierro Ana le invitó. Su impulso fue tenderse la mano, pero apenas si sus palmas pudieron adivinarse una a la otra a través del metal.

—Adiós, Ana... Hasta la vista.

—Hasta la vista, John... Valor—le animó ella. Y prometió—: Te escribiré.

El guarda hizo un movimiento; Morgan se vio obligado a dirigirse a la puerta. Pero al llegar a ella se volvió. Ana continuaba inmóvil en el mismo lugar. Morgan la envió una última mirada poniendo en ella todo cuanto estaba negado a sus labios.

—Confía en mí, John—murmuró Ana. Morgan confiaba en ella.

Un golpe brusco que recibió en el brazo le arrancó de su ensueño. Se había sentido solo en el patio que atestaban los reclusos. Butch se hallaba ante él.

—Soy yo, Butch, tu amigo, Morgan—

le decía—. No te asustes. ¿Qué te pasa? Estás "monca".

—Di, Butch—replicó Morgan, "ido"—¿te enamoraste alguna vez? En serio, quiero decir.

Butch se rascó la cabeza, redonda y anaranjada.

—¿Yo? ¡Vaya una pregunta! Me gustan las mujeres, pero... enamorarme... ¡Hombre! Sin embargo, te diré... Sadie no era mala persona...

—Sí, recuerdo... Ya me has hablado de ella.

—Ese. La sorpresa de lo lindo, pero siempre volvía a bascarme. Un beso y en paz. Le gustaba.

—Butch. Sadie debe haber estado enamorada.

—¿Crees, Morgan?—preguntó Butch, ingenuamente.

Hubo una pausa.

—¡Oh!—suspiró Morgan—. ¿cómo quisiera estar ya fuera de aquí!

—No tendrás ya mucho que esperar—murmuró Butch, significativamente.

Morgan lanzó a todas partes una mirada rápida.

—¡Cuidado, Butch!—le advirtió Morgan con voz helada—. ¡Abandona ese absurdo proyecto!

Butch protestó:

—¡Abandonarlo! ¡Hijo, estás loco! He venido preparando el golpe desde hace seis meses y sales ahora con semejante proposición! La aventura es peligrosa, pero saldremos adelante. O somos hombres o no somos.

Morgan hizo un gesto de impotente resignación. Butch escupió despreciativamente.

—El amor y esas baratijas te han ablandado el cerebro—comentó—. Hablas como un gorrión espantado.

—Vamos, Butch—insistió Morgan—. Ya me conoces. Pero supongamos que te recuperas. Luego de eso, ¿qué? No tardarás en ponerte de nuevo la mano encima... Y será entonces para sentarte en la silla.

—¡Bah!—hizo Butch, con una mueca de desdén—. ¿Qué tengo yo que perder? La vida nada más. Pero, escucha, Mor-

gan: Si escapo, no voy a enredarme con mujeres. Te lo prometo.

Pujo la vista en Morgan y prosiguió:

—Las mujeres son peligrosas, Morgan. Mejor es dejárselas solas. No me lo has dicho todo, aunque eres mi amigo, pero yo ya sé por qué te pescaron de nuevo. Podrías por una hembra.

—¡Cállate!—le dijo Morgan, con voz firme y entre dientes, a tiempo que se erguía—. ¿Ese es asunto mío? ¿Entiendes?

Butch le atajó:

—Vaya, vaya, Morgan. ¡No ha dicho nada!

Aunque era dos veces más grande que Morgan y dos veces más fuerte, la brutalidad de Butch se inclinaba dócilmente ante el dominio y la personalidad del más pequeño. En el fondo, Butch le temía. Lo que es más, le respetaba.

—Butch—le dijo él—, tú eres amigo mío. Te quiera. Tú no lo sabes, pero tienes un corazón más grande que una casa. Me mereces más confianza, cuando no se trata de carreras, que muchos primos decentes... como Kent, por ejemplo.

—¡Oh! Kent es un píofofo, pero inofensivo.

Morgan frunció el ceño.

—A veces, esas bichos pican. Abre los ojos, Butch. Por mi parte, yo estoy resuelto a vivir otra vida. Tuve la fortuna de conocer a una mal mujer, y ella me enseñó a ver las cosas con otros ojos.

Butch tuvo una mueca de fatalista resignación.

—Bien está, Morgan. Al hombre "ido", dejarlo "ido". Pero, ¿qué tiene eso que ver con Kent?

Morgan sonrió.

—¿Recuerdas aquel recreo que le sacaste del bullicio, la noche de su "debut"?

—Ahora recuerdo... ¡Ah, sí! ¡No! ¿En ella?

—¡Precisamente!

Butch rompió a reír.

—¿Qué bien, Morgan! ¡Riquísimo!—¿Su hembra?

Morgan movió la cabeza.

—¡Oh, no!... Su hermana.

El Ametrallador hizo una larga mueca de desencanto.

—¡Ahhh!

—Cada minuto que paso lejos de ella, es un siglo de agonía. Te lo aseguro, Butch. Pero cuando salga de aquí, será a mi manera.

La expresión de Morgan era de la más firme resolución. Ni Butch ni aun la misma Ana, quizá, podrían impulsarle a violar en el menor grado sus deberes de prisionero. Si era necesario, cumpliría su condena hasta el fin.

Butch se inclinó.

—No sabía yo que el niño ese gordi-fón pudiera morder tan fuerte.

Morgan pensó que él tampoco lo sabía... hasta ahora.

El alcaide pasaba nerviosamente de un extremo a otro de su despacho. La inquietud entre los reclusos encomendados a su custodia aumentaba visiblemente de día en día. La Junta Penitenciaria había prestado oídos sordos a sus frecuentes quejas y advertencias. De un momento a otro, temía ver encenderse la mecha y de antemano sentíase impotente para evitar la explosión. Ya antes había logrado evitarla en varias ocasiones, pero comprendía que la próxima vez, nada le valdría. La actitud de osada y silenciosa docilidad que se venía observando entre los penados de un tiempo a esta parte no auguraba nada bueno. Algo flotaba en el ambiente.

—¿Y tienen armas?

Wallace, de pie en el centro de la habitación, respondió:

—Parece que sí, señor. Pero si es así, no se sabe dónde pueden haberlas escondido.

—Pero, ¿qué es precisamente lo que pensarán hacer? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—He interrogado a Kent, señor—dijo Wallace—. El nos dirá pronto todo lo que sepa. Le he prometido la conmutación de su sentencia si nos comunica todo lo que averigüe.

—¡Esplaz! ¡Esplaz!—murmuró el al-

caide, disgustado—. ¡Cómo quisiera tener que recurrir a ellos!

Wallace sonrió sin responder.

—¿Y dice usted que son Butch y los suyos los que han fraguado esto?—preguntó el alcaide.

—Sí, señor; así lo creo.

El alcaide se aproximó a la ventana y bajó la vista al patio. Los penados estaban, formando grupos, charlando o mirando el sol. Algunas ideas fijas ocultaban ociosamente entre ellos, remolteos a porvenir en práctica mañana o pasado, ¡hoy quizás!, mientras paseaban inocentemente bajo el cielo remoto.

—Haría usted bien en enviarlos a las mazmorras, señor—sugirió Wallace con ferocidad.

El alcaide dió un puñetazo en la mesa.

—¡Imposible! ¡Eso no resolvería nada! ¡Lo único que conseguiríamos sería ganar tiempo! ¡Probablemente ni vez! ¡Probablemente provocaríamos un choque! ¡No! ¡Eso es imposible!

Con un esfuerzo se dominó y más calmado, prosiguió:

—No son Butch y los suyos solamente, Wallace. Son todos ellos... ¡Tres mil almas encerradas en un mismo y estrecho recinto, sin tener nada que hacer y sin otra idea que escapar de la cárcel!

Lanzó una última mirada al patio y tomó asiento ante su escritorio. Tomó una hoja de papel y trazó en ella una línea. Levantó luego la cabeza y le dijo a Wallace:

—Es necesario encontrar esas armas. Registren ustedes todo el presidio, pero es preciso encontrarlas.

—Bien, señor—replicó Wallace—. Si esas armas existen, las tendrá usted aquí antes del 27.

El jefe de patio saludó militarmente y se retiró.

El alcaide quedó solo. ¿Qué podía temer de aquellos tres mil hombres que se agrupaban allá abajo? ¡Todo!... ¡Nada! ¡Tres mil almas con una sola idea fija! Pero el alcaide creía comprenderlas.

XV

Amaneció al fin el día 27... Día de Gracias.

Para los penados, el día llegaba cargado de promesas que sólo habrían de realizarse a costa de la sangre de algunas guardas, lo que les tenía sin cuidado, y de la de algunos de ellos mismos, quizás, lo que les preocupaba un poco más. Sin embargo, la idea de que la realización de sus anhelos de libertad significaría la muerte para algunos, no les arredraba, porque comprendían que las grandes recompensas están reservadas solamente al que está dispuesto a arrostrar cualquier peligro por alcanzarlas.

Reinaba entre los reclusos el más profundo silencio. Los que estaban complicados en el plan de evasión habían recibido ya las últimas instrucciones de los organizadores, Butch y Joe. El Topo. Todos guardaban una actitud de seria resolución. La aventura podía costarles la vida, pero esta idea no iba a detenerles al dar la hora de emprenderla. Una expresión reflexiva, ceñida, casi sinistra, había substituido en el rostro liso y redondo de Butch su habitual expresión de chico travieso.

Kent Marlowe iba de aquí a allá presa de los más contradictorios impulsos y acudido por los más negros presentimientos y un terror creciente. Aunque complicado en la tentativa de evasión, que había de efectuarse hoy, ignoraba en qué forma iba a realizarse. Le era necesario enterarse de los planes exactos

de Butch y de los suyos antes del mediodía para informar oportunamente al jefe de patio o al alcaide y ganarse de este modo una conmutación de su pena. Por otra parte, temía que los conspiradores adivinaran o descubrieran sus propósitos y tomara represalias, que viniendo de ellos, no podían menos de ser terribles. Al pensar en esto, Kent Marlowe se estremecía. Quizás temía más la cólera de los reclusos traicionados que la idea, en sí espantosa, de verse obligada a purgar los diez años de prisión a que se le había condenado. Kent no era valiente, pero jamás había sentido que le faltaba el valor como en la presente ocasión, en la que le hacía mayor falta que nunca.

En cuanto a Morgan, estaba resuelto a mantenerse apartado de los conspiradores hasta el final. Con excepción de Butch, no tenía para ellos el menor sentimiento de simpatía. Eran hombres a los cuales no le unía lazo alguno de ideas o de aspiraciones. Sin embargo, nunca hubiera pensado en venderles por conquistar su propia libertad. Se sentía obligado a guardar su secreto por la ley estricta del penitenciario. Su actitud, pues, sería de la más completa neutralidad. Ignoraba exactamente cómo había de proceder para no verse complicado en el choque que estaba seguro iba a surgir, sin incurrir en la censura de los jefes del presidio o en el desprecio o el odio de sus compañeros de encierro. Pero

su resolución estaba tomada. Después de todo, no confiaba a los mismos acontecimientos para que le dictaran su manera de obrar sin transgredir ni sus propósitos de estricta neutralidad ni la confianza de los conspiradores.

El alcaide y sus hombres estaban en guardia. Para, cuándo no lo estaban? Para ellos, la situación era tanto más terrible, tanto más tensa, cuanto que ignoraban qué era exactamente lo que fraguaban los penados, quienes estaban complicados en el asunto y cada uno habían decidido dar el guiso. En ocasiones, el alcaide se preguntaba si en realidad habían fraguado algo. Comprendía que los penados que tenía bajo su custodia eran hombres peligrosos que vivían descontentos, no tanto por el encierro como por las malas condiciones de vida existentes en su prisión. Se había visto obligado a encerrar a tres hombres, ¡hasta cuatro, en ocasiones!, en una celda destinada a uno. Los alimentos eran indignos del peor de los criminales. Con todo, era posible que no hubiera nada en concreto que temer de parte de aquellos infelices. La exagerada truculencia de Wallace podía haberle hecho ver lo que no existía. De cualquier manera, había tomado sus medidas... hasta donde le era posible, estando, como estaba, ignorante de los propósitos de los reclusos.

Kent había creído oír decir a los conspiradores que tenían armas, y había pasado el informe a Wallace, quien a su vez lo pasó al alcaide. No obstante, el más concienzudo registro no tuvo el menor resultado. Si los penados tenían armas, se las habrían tragado, aseguraba Wallace.

Y el día en que los conspiradores habían decidido obrar estaba al fin aquí.

La capilla de la prisión estaba atestada. A las puertas de ella se agolpaban la mayor parte de los presos, que no habían podido entrar. A través de las ventanitas enrejadas, el sol se filtraba, poniendo fajas de luz sobre las grises figuras de los reclusos, ruidosamente rasurados y vestidos de limpio con motivo del día de fiesta. Los que

habían tenido cabida en la capilla ocupaban los bancos de madera, pulidos y gastados por el peso de los muchos presidiarios que los habían ocupado antes.

Los prisioneros cantaban, con voz fuerte y con calor, los himnos religiosos que les dictaba el capellán del presidio, inconscientes en absoluto de la amarga ironía que tales himnos encerraban para ellos, al cantar las glorias de la libertad y de la dicha del cielo y de la vida. Pero les agradaba cantar, y cuanto más alto, mejor, ya que esto les ofrecía la oportunidad de dar rienda suelta al impulso de levantar la voz, que en la vida diaria del presidio estaban obligados a contener.

Una vez que hubieron concluido, el capellán se irguió y elevando las manos, dijo:

—Y ahora, hijos míos, para elevar dignamente nuestras gracias al Señor en este bendito día, cantemos el himno, "Lanzad al viento las campanas de la gloria". Levantase todos.

Se produjo un breve tumulto al ponerse todos bruscamente en pie. Pero pronto volvió a hacerse el silencio. Todos los presentes pusieron los ojos en el organista, sentado ante el instrumento cerca del capellán. A una señal de éste, el órgano lanzó las primeras notas del himno. Y después de la garganta de tres mil reclusos elevóse el primer verso. La voz de Butch, gruesa, profunda, alta, dominaba las de sus compañeros.

"¡Gloria! ¡Gloria! ¡Cantan los ángeles en las alturas!.."

Y en voz baja, que sólo los que estaban a su lado alcanzaron a percibir. El Australiano improvisó:

—[Día de gloria el de hoy! ¡Nos van a dar tucino en las indias!]

Al hablar Butch había conservado el rostro inmóvil y la vista fija al frente.

Siguió después la segunda estrofa del himno y Butch gritó tan fuerte, que el capellán volvió a él la vista aterrado.

"¡ABRID LAS PUERTAS! ¡ABRID LAS PUERTAS!"

—¡ABRID LAS PUERTAS, y dejad entrar al Rey del Cielo!

Y Butch cantaba con el más sincero fervor religioso, con un fuego que no había puesto en los himnos precedentes.

—¡Abrid las puertas! ¡Abrid las puertas!

—¡Abrid las puertas y dejad entrar al Rey del Cielo!

El resto de los penados, como contagiados del fervor que Butch manifestaba, cantaban ahora con voz vigorosa e impetivamente que estremecía los muros mismos de la vieja prisión.

Cuando se hubo concluido el himno, reinó en la capilla el más profundo silencio. El capellán hizo una seña y los reclusos volvieron a sentarse. Butch se dejó caer sobre su asiento, con una melancolía sentida que por un momento devolvió a su rostro enrojecido su habitual expresión de melancolía inextinguible.

A derecha e izquierda de Butch, en el mismo banco, se hallaban el resto de los conspiradores, graves, humildes, con una humildad y devota apariencia que, si el capellán hubiera podido observarles entre el humilde grupo de reclusos que llenaban la capilla, le habría conmovido profundamente. Pero el capellán no podía observarles, y de este modo se libró de incurrir en un lamentable error.

Butch guió el ojo a sus compañeros, y la mirada alerta de éstos recorrió la nave y comprendió su significado. El Topo, Dupet, Olsen, El Bueco: todos estaban allí. Listos para obrar en el momento oportuno. Morgan, al extremo del banco, observaba a Butch con el rabllo del ojo. De cuando en cuando, Butch daba con el codo al que estaba a su derecha, Dupet, y ambos levantaban la vista al reloj de la capilla, pendiente sobre la plataforma. Dieron las once y media.

Sin mover la cabeza, con la mirada puesta al frente, Butch murmuró, con voz rónica y penetrante, que llegó de uno a otro extremo del banco:

—A mediodía tendremos motivos para dar gracias.

En esto, el capellán anunció:

—Inclinámonos y elevemos nuestras oraciones al Señor.

Butch guió:

—Elevémoslas con fervor... por nuestra libertad.

Siguió un movimiento general al arrojarse todos los concurrentes para orar. Rápidamente, Butch envió a los suyos un nuevo guiño. Morgan, que continuaba observándole, lo sorprendió y movió la cabeza.

Entre los reclusos se observaban variadas expresiones. Algunos, los menos, parecían sinceramente devotos; otros simulaban, con mayor o menor habilidad, una profunda devoción; otros todavía parecían condenar vigorosamente aquella farsa, mientras los más afectaban un hondo desdén, la actitud de "libres pensadores", aunque nunca habrían sabido explicar lo que esto fuera y se negaban a cerrar los ojos o a inclinar la cabeza.

—Padre nuestro, que estás en los cielos...—principió el capellán.

Los conspiradores se inclinaron sobre el respaldo del banco delantero, con la cabeza apoyada entre los brazos. Bajo el banco, entre el pecho de los hombres y el respaldo del banco delantero, Butch empezó a hacer la distribución de varias pistolas automáticas. Morgan, bajando la cabeza, observó la maniobra con el rabllo del ojo. Una a una, las armas fueron pasando de mano en mano, hasta que cada uno de los conspiradores recibió la suya, que se guardaba entre el pecho y la blusa.

—...El pan nuestro de cada día...

—continuaba el capellán.

Levantando ligeramente la cabeza, Butch murmuró:

—A mediodía.

Dupet asintió y corrió la voz a los demás.

El capellán terminó la oración. Antes de dar la señal para que los reclusos se pusieran en pie, alargó la mano sobre ellos y murmuró una bendición.

Se produjo un movimiento general. Tres mil hombres se levantaron de un solo movimiento. Hubo un rumor de pies, un ruido de bancos. Después, el ef-

lencia. El reloj empezó a sonar. Los reclusos contaron doce campanadas. Al mismo tiempo, en la torre de la capilla, las campanas se lanzaron al vuelo, tañendo largamente en acción de gracias al Dios del cielo y de la tierra.

El coro de la prisión entonó un último himno y los hombres principiaron a desfilar fuera de la capilla.

Afuera, en el patio, las guardas hacían que el resto de los reclusos se formaran en fila. Cuando los que llevaban

la capilla salieron al patio, se les reunió a todos en un solo grupo de varias filas de profundidad.

Wallace, el jefe de patio, tocó un silbato. Era la señal de romper filas.

Con un agitado rumor de voces, los hombres se separaron unos de otros y en un instante inundaron el inmenso patio.

Sobre ellos, y a su alrededor, cuatro muros altísimos se erguían, formidables y amenazadores.

XVI

Para evitar la menor sospecha, que podría dar por resultado el fracaso del complot, cuando estaban a punto de reanudar sus proyectos, los conspiradores se mantenían lo más lejos posible unos de otros. Con todo, uno a uno y a razonables intervalos, fueron pasando disimuladamente frente a Butch, que se hallaba en su rincón favorito, fumando con aire indiferente un cigarrillo de los ganados en la última carrera de cucarachas.

Al pasar cerca de él, El Sueco murmuró:

—¿A qué hora, Butch?

Y Butch, sin mirarle, sin mover casi los labios, sin prestarle al parecer la menor atención, repuso:

—A mediodía. ¡Lárgate!

Y El Sueco, que no tenía la menor intención de continuar allí, se retiró con el mismo paso tranquilo y pausado que le había traído.

La ceremonia se repitió con todos y cada uno de los seis conspiradores. A Ota n, El Sueco, siguieron respectiva-

mente: Joe Lujensky, El Topo, Dopey, y, por último, Kent Marlowe. Este preguntó:

—Butch, ¿cuál es la señal?

—A mediodía. Fíjate en mí.

Siguió el silencioso período de espera, durante el cual un manto de silencio pareció cobijar a los reclusos que llenaban el patio. Paseaban, solos o en parejas, con la cabeza inclinada, como buscando en el suelo la respuesta a la tremenda interrogación que encerraba el momento. Nadie hablaba a nadie. El cielo, tranquilo, aparecía indiferente a los deseos o a las esperanzas de los hombres.

Morgan temía por Butch. Consideraba la empresa una verdadera locura y dudaba de que Butch o cualquiera de los otros lograra siquiera traspasar los muros de la prisión. Pero era ya demasiado tarde. Butch estaba decidido a jugarse el todo por el todo. Ya lo decía él: "De cualquier modo, ya no tengo nada que perder. Después de todo, la vida aquí no es cosa preferible a la

muerta. Y estoy condenado a prisión perpetua...»

Si Butch tenía razón. Y, sin embargo... Morgan decidió hacer un último ensayo, aunque comprendía que, suponiendo que lograra convencer a El Ametrallador, éste vacilaría ahora en retroceder porque, habiendo ido ya demasiado lejos, estando tan próximo el momento de poner en práctica el plan preparado con tanta anticipación y con tan grande paciencia, su código de honor—el honor del presidario—le prohibiría abandonar ahora a sus compañeros y embarcarse solo en la empresa de la cual había sido el principal instigador.

Morgan atravesó entre los reclusos, algunos de los cuales le miraban con un dejo de desconfianza desde su regreso, debido al cambio que se observaba en él y que no pocos eran incapaces de comprender, y se dirigió en busca de Butch. Tropezó con Kent, que iba de una parte a otra con una mirada perdida y temerosa y revelando una nerviosidad que le era imposible ocultar. Se cruzó entre ellos una mirada rápida. ¿Qué fraguaria Kent?, se preguntó Morgan. El muchacho no le merecía la menor confianza y no comprendía cómo era que Butch le había invitado a participar en aquella peligrosa empresa. Encontró a Butch en el mismo lugar en donde Kent lo dejó.

—Butch—le dijo—, ¿a qué hora?

Butch levantó la vista.

—A mediodía, Morgan. ¿Estás con nosotros?

Morgan movió la cabeza.

—No, Butch—replicó, con tono firme—, En esto, no. ¿Estás resuelto?

—Vamos, Morgan, ¿qué te crees?

Morgan elevó la mirada al suya. No quería darle ninguna expresión visible para los demás de sus buenos deseos. Aquella mirada era como un apretón de manos.

—Bien, Butch. Buena suerte.

Los ojos de Butch se iluminaron con la vista de los maldicidos.

—Adiós, Morgan. Buena suerte.

Morgan se alejó. Butch le señaló con la vista. ¡El buen Morgan! En aquel

momento vió a Wallace, el jefe del patio, venir al encuentro de su amigo.

—Ven acá, Morgan—le oyó decir—, Quiero hablar contigo en mi despacho.

—Sí, señor—replicó Morgan. Y echó a andar en su seguimiento.

Olsen, Joe, Dopey, El Lobo y Kent habían visto aquella rápida escena desde sus respectivos lugares y cuando Morgan y Wallace desaparecieron detrás de la puerta que llevaba al despacho del jefe de patio y al del alcaide, se cambió entre ellos una mirada significativa.

Wallace condujo a Morgan directamente al despacho del alcaide. Abrió la puerta y le hizo pasar. Al entrar, Morgan oyó que el alcaide le decía a Pop Riker, el anciano y buen guarda:

—¿Y dice usted que Kent declaró que la cosa es a mediodía?

Pop asintió con un movimiento de cabeza. El alcaide se volvió.

—Aquí está Morgan, señor—anunció Wallace, haciendo avanzar a Morgan. Este se adelantó hacia el alcaide.

Por un momento, el jefe de la prisión le miró sin decir palabra. Dende mucho tiempo antes, Morgan le merecía cierta estimación. El alcaide había encontrado en él a un hombre de buenas costumbres, de una recta voluntad y de una firme adhesión a los propósitos que se trataba. Por su parte, los métodos francos, firmes y honestos del alcaide habían despertado en Morgan cierta simpatía hacia él. Y ésta hallaba eco entre todos los reclusos que habían tenido ocasión de comparar la actitud de este alcaide con la de los jefes de otras prisiones.

—Morgan—principió el alcaide en tono suave, pero firme—, espero que usted no estará complicado en este asunto de que se habla. No sabemos siquiera quiénes son los que lo han fraguado, aunque creemos que Butch y sus compañeros son los responsables. ¿Sabe usted si tienen armas?

Morgan fijó en el alcaide una mirada serena e inflexible:

—Señor—replicó al fin, lentamente—, no sé por qué clase de hombre me ha

tomado usted. Sea lo que sea, por bajo que usted me tenga en su consideración, le aseguro que nunca verá usted en mí un "cogión". Tengo mucho por qué dar gracias en un día como éste, señor. Una de ellas es que no sé una palabra de este asunto, y que no diría una palabra si algo supiera.

Wallace, con un gesto agresivo, se adelantó.

—¡Vamos, habla, bandido!—gritó.

El alcaide se volvió hacia él y le detuvo con una mirada llena de cólerica reprobación.

—Un momento, capitán—le dijo—. Este hombre es un prisionero, en verdad, pero tiene ciertos derechos, aunque usted no los reconoce.

El alcaide se dirigió a Morgan.

—Admíre su espíritu y sus principios de mujer—le dijo—. No quiero prometerle nada, pero creo mi deber para con sus amigos y para con usted mismo el evitar un conflicto de cualquier naturaleza. Por eso le he venido viendo. Sabemos que hay algo. Pero yo no voy a obligarle a hablar. Puede usted retirarse.

Wallace no estaba satisfecho. Si hubieran puesto a Morgan en sus manos, él se habría encargado de hacerle hablar. Complicado o no en el asunto, de seguro que estaba al tanto de lo que se proyectaba y de quiénes eran los conspiradores. Morgan le merecía tanta confianza como las demás. Es decir, ninguna. Los métodos francos del alcaide no eran los suyos. Con ellos no se obtenía nada. A hombres cobardes, falsos y traidores como eran a sus ojos los reclusos, había que combatirlos con sus propias armas y emplear contra ellos la traición, la mentira y la cobardía.

Morgan se inclinó ante el alcaide y dijo:

—Bien, señor.

Wallace se le aproximó, le cogió el brazo con cierta violencia que acusaba su irritación y que no pudo dominar, y le condujo a la puerta. El alcaide volvió a la ventana y Pop lanzó una mirada a los dos hombres que se retiraban.

En ese momento se escuchó una gran

conmoción en el patio del presidio. El alcaide dio otro paso hacia la ventana y se asomó afuera. Pop se aproximó de una zancada y el propio Wallace, olvidándose de Morgan, se unió a ellos. Morgan se volvió a mirar, pero permaneció inmóvil cerca de la puerta. Al parecer, el momento en que había de emplear toda su inteligencia para conservar una actitud de discreta neutralidad había llegado.

El alcaide lanzó un grito:

—¡Santa Dios! ¡Han derribado a Regan a la entrada y le han arrebatado el rifle!

Se volvió rápidamente y ordenó:

—¡Procel! ¡La sirena de alarma!

Sí. Allá abajo, en el patio, había estado para los conspiradores la hora de entrar en acción. Luego que las manecillas del gran reloj del patio trazaron sobre un esfera una sola línea vertical, Joe, El Topo, cruzó hacia la gran verja, llevando en las manos un enorme ramo de flores. Regan, el guardia, paseaba al otro lado de la puerta de hierro con el rifle al hombro. Disimuladamente, Dutch y sus compañeros seguían la marcha con la vista. Siguiendo distintos caminos, se habían aproximado a la verja. El Topo llegó a ella y el guardia se detuvo y, retirando el arma de sobre su hombro, descubrió el pesado cerrojo. Joe alargó el brazo para entregarle las flores y, al hacerlo, le descargó un golpe en la cabeza con la culata de una pistola que se cubría bajo el ramo inocente y luminoso, y Regan cayó al suelo desplomado.

Inmediatamente, veinte o treinta hombres, encadenados por Dutch y los suyos, se precipitaron a la verja, cruzaron al lado opuesto e invadieron el segundo patio.

Cuando el grupo llegaba al centro de aquel amplio cuadrado, blandiendo pistolas y cuchillos, la prisión entera vibró al eco agudo de la sirena del presidio que lanzaba la alarma por todo el recinto y en los alrededores.

Casi en seguida, se oyó la detonación repetida, monótona y trágica de la ametralladora. El cemento del muro sobre

el cual se apoyaban ahora los amotinados enlata a su alrededor al estrellarse contra él las balas que se les disparaban por encima de sus cabezas.

Morgan dió un paso hacia la ventana y pudo distinguir a su amigo Butch y a los que le seguían en la loca aventura envueltos ya en el primer acto de la tragedia que habían provocado.

El alcalde telefonaba a los torroones. Sus palabras suaban extrañamente viniendo de un hombre que, aunque enérgico, se había mostrado siempre bondadoso:

—¡Tíren a matar!—ordenó.

Allá, abajo, la ametralladora replicaba reiteradamente, formidablemente. Y el plomo hacía saltar ahora no sólo el cemento del muro, sino también la piedra del suelo alrededor de los treinta amotinados.

Las campanas continuaban tañendo alegremente en la torre de la capilla. Nadie se había ocupado de dar la orden de que callaran. Y en el presidio todo funcionaba según órdenes superiores.

¡Y Dios tenga piedad del que se atreva, en su ignorancia, a desafiarlas!

XVII

Butch y los suyos volvieron a entrar en el patio. Media docena de guardas, armados de escama, se lanzaron a ellos, una fuerza rebalsada decididamente y obligados a retroceder y refugiarse en las celadas con el resto de los reclusos.

Wallace dió a Morgan en el costado con la colina de su rifle, indicándole que le siguiera, y ambos abandonaron el despacho del alcalde. Pop les siguió, armado de una perra. Los tres cruzaron el patio en el instante en que el fuego de las ametralladoras hacía retroceder a los presos, con los cuales corrieron a refugiarse en las celadas.

Cuando Morgan, Pop y Wallace entraban en el corredor de las celadas resacándose a los prisioneros no complicados en el motín, se oyó la estentórea voz de Butch. El Ametrallador:

—¡Al arsenal! ¡Apoderaos de cuanto podáis!

Más de una docena de los amotinados se lanzó al interior del arsenal, cuyas puertas habían sido abiertas de par en par al romperse las hostilidades. El único guarda que había allí no pudo hacer frente a aquella invasión y fué prontamente derribado y hecho prisionero. Rápidamente, los hombres se provieron de armas y municiones suficientes para ellos y el resto de sus compañeros, que, dirigidos por Butch, continuaban repeliendo el ataque de los guardas.

Entretanto, Wallace había sido desarmado y alguien había hecho caer a Pop de un culatazo en la cabeza.

Butch, irguiéndose, formidablemente, sobre las cabezas que le rodeaban, gritó, con una mueca feroz:

—¡Amarren juntos a todos los polizontes!

Entre a cinco de los amotinados procedieron a obedecer prontamente sus

ordenes, atando fuertemente entre sí a los seis o siete guardias que habían cogido prisioneros.

—¡A las celdas!—gritó Butch.

Empujando a los guardas ante ellos, el grupo de rebeldes se abrió paso hasta las celdas por entre los neutrales.

Al cerrarse tras ellos las grandes puertas de acero, las ametralladoras elevaron el tono de su trágica voz.

Un fuego de enfilada barrió a lo largo de la prisión que hacía frente al despacho del alcalde, en donde se habían colocado rápidamente las ametralladoras. Sólidos trozos de concreto volaban hechos polvo, el acero chocaba duramente, cuando, sobre este tumulto atroz, elevábanse los lamentos de las heridas y de los agonizantes, las primeras víctimas de aquel motín, fruto del descontento y de la ociosidad.

—¡Al pose con los polizontes!—rugió Butch, que corría de un lado a otro, distribuyendo a sus hombres en las distintas ventanas del ala de las celdas, a las que protegían formidables barretas de hierro aseguradas con concreto.

Con una automática en cada mano, Olsen, El Suoco, hizo retroceder a Wallace y al resto de los guardas hasta llevarlos a la puerta de las mazmorras y los obligó a entrar allí, quedándose a la puerta para cuidar de ellos.

En el ala de las celdas reinaba el desorden más absoluto. Los que habían corrido a la primera señal de alarma buscando refugio allí, sin haber tomado parte en el motín ni haber pensado nunca en tomarla, se encontraban ahora en la línea de fuego, y se arrojaban bajo los catres en el interior de las celdas o se hacían nudo en los rincones.

La voz de Butch dominaba el desorden y se oía por todas las ambitos del ala de las celdas.

—¡Todos los que tengan armas, a las ventanas!—gritaba—. ¡Los que no quieran pelear, que se retiren y que el diablo cargue con ellos! ¡Vamos a enseñarles a estos carceleros lo que es un hombre malo!

Rápidamente, Butch iba poniendo un poco de organización entre sus filas. El

fuego terrible e incesante de las ametralladoras continuaba barriendo por toda la prisión. Poco a poco, las balas iban estrellando por completo los cristales de las ventanas enrejadas y la parte del muro que quedaba ante ellas aparecía marcado por una multitud de mortales taladros.

Morgan se vio cogido entre dos ventanillas, en uno de los corredores superiores, precisamente sobre Butch y sus ayudantes.

Por un momento, el fuego cesó. Butch dejó escapar algunas fuertes maldiciones, entre las que Morgan percibió algunas que le iban dirigidas.

—¡Nos vendieron, muchachos! ¡Ese fue Morgan, el muy...!

Morgan se disponía a gritar su respuesta cuando se escuchó una explosión ensordecedora. Las ametralladoras reanudaban al unísono su obra de muerte. Morgan comprendió que no era aquí el momento de discutir con Butch su inocencia. Su vida peligraba tanto adentro como afuera.

—¡Saquen a Durkin, a Peterson y al Destripador de la Casa de la Muerte!—ordenó Butch—. ¡Esos sabrán pelear! ¡De cualquier modo, tendrán que entregar su alma al diablo!

La Casa de la Muerte era la sección en la que estaban encerrados los condenados a morir en la silla eléctrica.

Morgan se dejó caer cuan largo era sobre el suelo de acero del corredor. Se hallaba precisamente sobre Butch. Las últimas palabras de éste le helaron la sangre en las venas.

—¡El Destripador iba a usarse mañana con "la vida"!—continuó Butch—. ¡Carimbal! ¡Tengo una idea! ¡Casemos a Wallace!

La Casa de la Muerte estaba al fondo del ala de las celdas. Morgan lo sabía. Dos hombres habían partido ya a ejecutar la orden recibida de Butch. No tardaron en reaparecer, empujando ante sí a los tres condenados a muerte, que, pálidos y temblorosos, no pensaban en hacer protesta alguna.

—¡Vamos, muchachos!—les gritó

Butch, sonriendo ferozmente—. ¡Esta es la oportunidad!

Se les dieron armas y se les indicó un puesto en las ventanas. Entretanto, otros habían ido a las celdas y volvían arrastrando colchones, que amontonaban contra las ventanas. De cuando en cuando se oía el golpe nardo y apagado de las balas al perderse en la lana de los colchones.

—¡Traigan acá a Sandy! —ordenó Butch—. ¡Nos están dando que hacer, pero nosotros vamos a pagarlos con la misma moneda! ¡Cochinos!

Afuera, el fuego cesó casi tan repentinamente como había empezado. Uno de los amotinados se dirigió a la puerta de las mazmorras y transmitió a Olsen la orden de Butch. El Sueco abrió la puerta y gritó:

—¡Sandy!

Sandy no tardó en asomar la cabeza. Entre Olsen y el mensajero de Butch le condujeron ante el generalísimo de los insurrectos.

El guarda, un hombrecillo al que los prisioneros no profesaban rencor alguno, levantó la vista tímidamente.

—Sandy—princípio el general—. Eres de suerte. Vas a quedar en libertad. Pero tienes que llevar al alcalde el siguiente mensaje. Dile que tenemos parque suficiente para mucho tiempo. Y que, de cualquier modo, estamos dispuestos a morir polvando. Pero que queremos que se pongan a nuestra disposición tres automóviles, que se les eche a andar y los dejen a la puerta de la prisión... y que nos alcen feta y nadie se atraviese en nuestro camino, ¿oyes? ¡Que nadie se atraviese en nuestro camino!

Butch mostró una expresión feroz y prosiguió:

—Y dile que si no atiende nuestra proposición, vamos a matar, uno a uno, a todos los guardas que tenemos encerrados aquí! Al primero que haremos ballar será a Wallace. Lo vamos a casar con "la viuda" y a arrojar su armazón afuera. ¡Ahora, lírgate! ¡Y cuida de decirle al vinjo lo que te he dicho! ¡Estamos decididos a todo! —¡Vamos!

—Sí—murmuró Sandy, con voz temblorosa.

—¡Sí, señor!—rugió Butch.

—Sí, señor.

Se le condujo hasta la puerta y antes de abrirla, uno de los presidiarios sacó por la ventana una camisa blanca, que agitó furiosamente. En seguida, empujaron a Sandy al patio desierto y la puerta se cerró con violencia a espaldas suyas.

—Vigíalo, Lobo—gritó Butch.

El Lobo se arrastró hasta una ventana y se asomó a ella para seguir a Sandy con la vista.

—Ha alcanzado la ventana del alcalde—anunció a poco—. Está levantando la cabeza y parece decirnos algo... Le han abierto la puerta.

Unos segundos después, el fuego de las ametralladoras volvió a recomenzar.

El Lobo saltó al suelo, abandonando su puesto de observación.

—¡No me han tocado!—gritó—. ¡Eso es su contestación!—agregó.

—¡Perfuriamente! —rugió Butch—. ¡Traigan acá a Wallace!

El Lobo y Dopey se precipitaron a dar cumplimiento a la última orden del generalísimo.

—¡Vamos a tocarle el cuero a ese maldito polvaco!—gritó Butch, brillándole los ojos con una luz gruesa.

Butch agregó:

—Mira, Joe... Tú conoces el manejo de esta planta eléctrica. Anda, ve a disponer la novia. Miguelón te ayudará. Es electricista. Vamos a hacer de la boda de Wallace una ceremonia digna de él.

Pasados unos minutos, El Lobo y Dopey reaparecieron, empujando ante sí al jefe de patio.

Butch le miró largamente y, después, le saludó con un tono de la más profunda ironía.

—Vaya, vaya—dijo—. ¡el aquí está el novio!

Wallace le devolvió su mirada fríamente.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Butch?—preguntó Wallace.

Su voz no había perdido totalmente su tono de mando.

—¿Qué es lo que piensas hacer?—replicó Butch, con una risita—. ¡Vamos a sentarte en un trono de acero, Wally, y a entregar tu armazón a esas abejas! Wallace palideció.

—Vas a vocerte conmigo, Butch—dijo, la voz ligeramente temblorosa—. No sales manejar el aparato.

Butch se echó a reír.

—¿Y qué te importa eso, Wally? ¡Mi pellejo te tuvo siempre sin cuidado!

Irrascamente, cambió de actitud y su expresión de burla desapareció. Poniendo el cañón de una pistola en el estómago de Wallace, le dijo:

—Vamos, Wallace, si sabes rezar, hazlo... Siento mucho que no haya aquí un capellán que te ayude a bien morir.

Y ante el cañón del arma de El Ametrallador, Wallace echó a andar adonde "la viuda" le esperaba.

XVIII

Como dos docenas de hombres se agachaban a las ventanillas, buscando la oportunidad de devolver el fuego de los que defendían la prisión. Las ametralladoras continuaban infatigables su infuista tarea, sacudiendo continuamente las coladas con una lluvia de balas. Algunos heridos se arrastraban por el suelo y, aunque levantaban la voz en gritos pidiéndolos, nadie les prestaba la menor atención. No era aquél el momento oportuno para cuidar de los heridos. Había algunos que habían cesado ya de moverse.

Desde donde estaba tendido, Morgan podía distinguir el rostro de Wallace, que se dirigía lentamente hacia el cuarto de "la viuda". Las quijadas del jefe de patio se agitaban espasmódicamente y sus ojos ardían visiblemente de fiebre. Butch hizo alto precisamente bajo el corredor y Morgan podía oírle dando órdenes a los hombres que iban y venían. Joe y Miguelón, que habían ido a preparar la silla eléctrica, regresaron.

—No hay corriente... Han cortado los

cables—informó El Tapa al generalísimo.

—¡Maldita sea!—rugió Butch. Se volvió a Wallace y le dijo:

—Reza tus oraciones, Wallace.

—¡No sé rezar!—replicó Wallace, llamando en su auxilio todo su valer para mostrar ese último gesto de fanfarronería—. ¡Anda! ¡Dispara! ¡Cuando te toques a ti, la corriente no faltará!

La respuesta de Butch fue una descarga de su automática. El ruido hizo vibrar el suelo de acero sobre el que descansaba Morgan. Se oyó un profundo quejido. Butch cargaba su arma nuevamente.

—¡Echen su armazón al patio!—ordenó.

Mientras arrastraban el cadáver del jefe de patio hasta la puerta, Morgan se incorporó y cautelosamente fué arrastrándose a lo largo del corredor hasta llegar a la escalera de caracol que conducía a las mazmorras. Olen había dejado momentáneamente su puesto cerca de la puerta de la "refrigeradora" y se

ocupaba en ayudar a sus compañeros a amontonar colchones cerca de las ventanas. Otros se entregaban activamente a la tarea de arrojar ropas de cama desde los corredores superiores.

Morgan se escurró por la puerta de las mazmorras. Principió a bajar la escalera, a la que sólo alcanzaba un fino rayo de luz, filtrándose por una claraboya. Las luces eléctricas estaban apagadas. A la mitad de la escalera, Morgan distinguió a Kent, que, al verle, procedió a descender más abajo. Y conforme Morgan avanzaba, Kent retrocedía con las piernas temblorosas. La luz que entraba por la claraboya ponía en el rostro blanco y demacrado de Kent una sombra siniestra. Morgan se hallaba tres peldaños más arriba del muchacho.

En el mismo momento, una tremenda explosión sacudió el presidio hasta sus cimientos. Morgan tuvo que andarse a la escalera para no caer. Cuando recobró el equilibrio y miró a su alrededor, distinguió a Kent corriendo escaleras arriba y escapando por la puerta.

Nuevamente cesó el fuego y nuevamente, Morgan comenzó a oír la voz de Butch.

—¡No dejen de agitar la bandera! —gritaba—. ¡Ahora abran la puerta y échelo fuera!

¡Estaban arrojando el cadáver de Wallace al patio!

A tiempo que oía cerrar de nuevo la pesada puerta de acero, Morgan oyó también reanudarse el fuego con renovado vigor. Aquella era la respuesta del alcalde. Morgan comprendió que los dos guardas encerrados en las mazmorras, al pie de la escalera, estaban condenados a morir uno a uno... a morir como Wallace había muerto: de una descarga de la pistola de Butch, para quien el matar era un placer.

Morgan se dijo que tenía que obrar rápidamente. Oíase había vuelto a su puesto. Armado de una pistola que empuñaba en la mano derecha, se hallaba parado, de espaldas a la puerta de entrada a las mazmorras, que estaba abierta. No tenía el menor temor de que

los guardas trataran de salir, ya que esto hubiera significado para ellos una muerte más rápida y más segura. Morgan volvió a trepar sigilosamente la escalera. Al llegar arriba, se inclinó sobre Olsen y le cogió por debajo de los brazos y columpiándolo, lo arrojó dentro.

—¡Traidor! ¡Miserable! —jaldó El Sueco, al volver ligeramente la cabeza y reconocer a Morgan. Este aplicó a Olsen un "ganchito" alrededor del cuello y le obligó a soltar el arma, que él se apresuró a quitársela. Con la culata de la pistola golpeó a Olsen en la cabeza y al dejarle caer suavemente, le sacó los proyectiles del bolsillo. Entonces se acomodó cautelosamente fuera de la puerta. A través del humo y de la semioscuridad del lugar, pudo distinguir a Butch a algunos pasos de distancia. Saló ágilmente de una zancada y cerró la puerta, haciendo girar la llave en la cerradura. Se guardó la llave en el bolsillo y echó a correr escaleras arriba para alcanzar el segundo corredor, cuando distinguió una sombra que se arrastraba hacia él.

Era Pop Riker, el viejo guarda del despacho del alcalde, al que los amotinados habían derribado de un golpe en la cabeza cuando invadieron el ala de las celdas. Morgan se inclinó sobre él.

—¡Es grave la herida, Pop! —le preguntó.

—No... No es gran cosa, pero no puede caminar... Me faltan las fuerzas.

Morgan comprendió que dejando allí equisadría a condonarle a una muerte segura, ya que Butch descargaría en él su cólera al ver que el resto de los guardas estaban a salvo encerrados en las mazmorras. Así, pues, le cogió por las axilas y lo arrastró escaleras arriba hasta el segundo corredor. Lo levantó largo en sus brazos y lo condujo a uno de los catres en la celda más próxima.

Al volver para marcharse, distinguió en el fondo, encogida en un rincón de la celda, la figura de un presidiario. Adelantándose un paso, reconoció a Kent.

Al verle aproximarse, Kent le miró con una expresión de helado terror y se estrechó instintivamente contra el muro. Trató de gritar, pero sólo pudo articula-

lar un ruido seco y apenas perceptible. Morgan le volvió la espalda. Durante un momento permaneció inmóvil en el umbral de la celda, lanzando una mirada hacia abajo, donde Dutch y los suyos se esforzaban por continuar una lucha perniciosa.

Comprendía que cuando los ametralladores se dieran cuenta de que ya no tenían la menor esperanza de triunfar, le buscarían y le matarían sin piedad. Entonces no le daban tiempo siquiera para explicarse. Así, pues, decidió vender cara su vida. Abrió la recámara de la pistola que había arrebatado a Olsen y vió que sólo quedaban tres cartuchos. Sacó los tres casquillos vacíos y los substituyó por tres cartuchos de los que llevaba en el bolsillo. Al verle, Kent, que creía que Morgan cargaba su pistola para matarle a él, presa del más loco terror, cayó al suelo y empezó a lanzar gritos y sollozos casi inarticulados, semejantes a los de una bestia desvalida.

Morgan se volvió al oírlo y le miró. Kent logró formular unas palabras:

—¡No me mates!—sollozó—. ¡Por Dios, no me mates! ¡Te juro que no quería yo "soñar"! ¡Me hicieron hablar a la fuerza! ¡Me prometieron la libertad si hablaba! ¡No podía soportar seguir aquí más tiempo! ¡Me volvía loco, Morgan! ¡No quería denunciarte! ¡No le digas nada a Dutch! ¡No le digas!... ¡Además, yo no fui el que planté el cuchillo!... ¡De veras, Morgan!...

Morgan le miró con el más profundo desprecio, mezclado de repugnancia.

—¡Tú serías capaz de llorar y mentir a las puertas del cielo o del infierno, Kent!—exclamó—. ¡No voy a despreciar una buena bala en tu cackina persona!

—¡No me mates, Morgan! ¡Por piedad!

—¡No te he hecho nada malo! ¡Dios mío! ¡No me mates!... ¡Mamá! ¡Madre mía! ¡Sálvame!

Al oírlo invocar el nombre de su madre, Morgan retrocedió. No había pensado en realidad en dar muerte a Kent. Pero si le hubiera pensado por un momento, este último grito del muchacho le habría hecho renunciar a su propósito. Sus palabras le recordaban que ésta era hermana de Ana, la mujer por la cual había cambiado por completo de manera de ser y a la que había prometido convertirse en un hombre digno enteramente de ella.

Kent, al observarle vacilar, comprendió, en la chispa de inteligencia que anima a todo hombre en el umbral de la muerte, que ésta era su oportunidad de escapar y se apresuró rápidamente y, pasando al lado de Morgan, atravesó la puerta y echó a correr.

Morgan no trató siquiera de detenerle. Menos aun de perseguirle.

—Ana...—pensó.

Si. No había olvidado su promesa. Y no faltaría a ella. En esta trágica fantasmagoría, en esta noche comedia humana en la que la sangre corría en abundancia y la venganza y el odio y los más bárbaros impulsos agitaban el pecho de los hombres, en la que un enjambre de enemigos de la organización social luchaban contra los hombres encargados de custodiaria, el nombre de Ana acudía a sostenerle, valeroso, firme, sereno.

Afuera, la ametralladora continuaba haciendo oír su voz insistente. Su voz regular, serda, mortal.

De cuando en cuando, Dutch y los suyos encontraban la oportunidad y respondían con una descarga al grito amenazador de la máquina implacable.

XIX

—¡Venga otro guarda!—gritó Butch. Sobre el pandemonio de gritos, descargas de fusilería y cristales que se estrallaban en mil pedruzcos, Morgan podía distinguir, dominando el tumulto, la formidable voz de Butch, dando sus órdenes enérgicas y serenas, como un generalísimo en el fragor de una batalla.

El suelo del ala de las celdas estaba cubierto de muertos y heridos. La lucha estaba perdida y Butch y sus compañeros continuaban peleando sólo contenidos por el propósito de vender su vida lo más cara posible. El humo ocupaba el lugar y Morgan no alcanzaba a percibir otra cosa que las sombras de los amotinados aglomerándose contra las ventanas y haciendo alguna que otra descarga cuando tenían la oportunidad de no hacerla en vano. Morgan sentíase ahogar con el humo, pero hacía esfuerzos sobrehumanos para contener la tos que le atacaba.

Un momento después, Morgan oyó gritar a Joe, El Topo:

—¡La puerta está cerrada!

Butch lanzó una maldición. Alguien les había hecho traidores allí mismo, inesperadamente, y encerrado bajo llave a los guardas que habían cogido prisioneros, poniéndolos a salvo de su cólera. Morgan sonrió y se llevó la mano al bolsillo. La llave estaba allí.

—Me temo que nos han limpiado...—gritó Butch.—¡Hubiera querido verte personalmente con ese cochino de Morgan!

De pronto, Morgan oyó a Joe gritar con gran agitación:

—¡Butch! ¡Butch!

Morgan distinguió a Butch, que se volvía.

—¿Qué hay?

—¡Allí está Morgan! ¡Allí arriba, en el segundo corredor!

La agitación de Joe era creciente. Los deseos que el mismo abrigaba hacia Morgan no eran mejores que los de Butch.

—¡Morgan!—rugió Butch.

Con un grito de odio que al fin iba a ver satisfecho, Butch echó a correr hacia la escalera. Morgan le oyó aproximarse rápidamente a la celda donde se hallaba. Cuando no les separaban sino unos cuantos pasos, Morgan gritó:

—¡No des un paso más, Butch!

Y había en el tono de su voz la más resuelta amenaza.

—¡Te ha llegado tu hora, Morgan, traidor!—respondió Butch.

—Escúchame, Butch. No fui yo el que te vendí. Ahora no tengo tiempo de "conferenciar" contigo... Pero si das un paso más, te acriballo... Y ya me conoces, Butch.

Joe, desde abajo, levantó su pistola y disparó. La bala chocó contra el borde de la puerta de la celda, rebotó como una pelota y cayó a los pies de Morgan. Morgan alargó la mano, tomó rápidamente puntería exponiendo por un momento la cabeza y disparó.

Herido en el brazo, Joe, El Topo, dejó caer su arma.

—¡Me ha dado, Butch! — clamó — ¡Mátalo!

Butch se limitó a rugir. Joe echó a correr escaleras arriba y uniéndose a Butch, ambos se lanzaron a la celda contigua a aquella en la que Morgan se había atrinchado.

Entretanto, los guardas que defendían la prisión desde el lado opuesto del patio, cobrando audacia por la escasez de las descargas que hacían los amotinados, se habían arrastrado sigilosamente hasta las ventanas del ala de las celdas y habían logrado arrojar al interior algunas bombas de gases lacrimógenos. Los gases empezaban ya a invadir las celdas en falsas horizontales.

Morgan continuaba en su puesto, cerca de la puerta de la celda. Bajo la presión formidable de las circunstancias, había recuperado su antigua personalidad y era nuevamente el bandido atrevido y a la defensiva; duro, implacable, resuelto. Al oír quejarse a Joe, le gritó:

—Te advertí a tiempo, Topo. No fui yo el que "sooplé" contra vosotros. Y no estoy dispuesto a pagar culpas ajenas. No soy ningún inválido, muchachos... ¡Así, pues, retiraos u os desahablo!

—¡Puerco! ¡Traidor! —gritó Butch— ¡Si te atreves a acercar la cabeza por esa puerta, te pongo seis balas entre los cuernos!

Entretanto, Pop Hiker se había deslizado fuera del entre de la celda y, arrastrándose hasta Morgan, se había colocado junto a él.

—¡Argala! —le ordenó Morgan, empujándole hacia el interior. Pero Pop resistió. Haciendo un esfuerzo, gritó:

—¡Butch! ¡Me oyes! ¡Habla Pop, Pop Hiker! ¡Métete con un pie en el otro lado! ¡Créeme, Butch! Morgan no fue el "soplón"! ¡Lo juro! ¡Jamás dijo una palabra!

—¡Eres un mentiroso! —rugió Butch, más furioso que antes—. ¡Hasta los polizontes te protegen! ¡Vamon, Joe! ¡Acompáñame! ¡Voy a entrar y a matarme a los dos!... ¡Tienes el valor de asistir a la comedia?

Morgan percibió los pasos de los dos hombres arrastrándose a lo largo del

piso de concreto. Echó afuera su pistola y disparó, guiándose únicamente por el oído.

Los gases lacrimógenos invadían las celdas. Morgan sintió que le ardían los ojos. Llegó hasta él la voz quejumbrosa de Joe:

—¡Espera, Butch! ¡Mis ojos!... ¡Me han matado! ¡Me han dejado ciego!

—¡Es el gas, animal! —gritó Butch—. ¡Mi postre favorito!

—¡Vámonos de aquí! —clamaba Joe—. ¡Estoy ciego!

Morgan sintió que sus propios ojos "hacían" agua. Oyó gruñir y disputar a los otros dos. El olor carbonizado de las bombas había sumido el lugar en una oscuridad mayor. Morgan no podía verse su propia mano. Pero se la sentía. Eso le bastaba.

—¡Voy por Morgan! —oyó rugir a Butch— ¡He de dejarlo muerto, aunque en ello me deje el pellejo!

—¡No des un paso más, Butch!

La respiración jadeante de Butch llegó hasta sus oídos.

—¡Miserable! ¡Cachino! ¡Traidor! ¡Ahora verás! —continuaba rugiendo, sin cesar de avanzar, arrastrándose contra el muro.

Morgan disparó. Al mismo tiempo se oyó la detonación de las pistolas de Butch y Joe. Una racha de gas oscurecía casi por completo las figuras de los dos bandidos, que estaban ya a la puerta de la celda. Los tres disparaban ahora a quematropa. Morgan sintió un dolor agudo en el hombro y otro en el tobillo. Al propio tiempo, distinguió la enorme figura de Butch vanilar y caer, Joe también, jadeaba y, enloquecido, alargaba los brazos buscando algo en que apoyarse.

—¡Le he dado! ¡Le he dado! —gritaba Butch, retorciéndose en el suelo.

Morgan había retrocedido al interior de la celda. Se sentía herido. Sin duda, Butch "le había dado".

—¡Tráe acá unos cuantos cartuchos, Joe! —gritaba Butch—. ¡Quiero completar mi obra! ¡A bichos como éste hay que matarlos más de una vez!

—¡Calla de una vez! —le gritó Pop, que se inclinaba sobre Morgan, caído en el

sando de la celda.—¡Has matado a tu mejor amigo!

—¡Déjame acabar con él!... ¡Todavía se está muriendo!—persistía Butch, arrastrándose dificultosamente hacia Morgan. Su voz se debilitaba rápidamente.

—¡Soy Butch, el Matón!—trató de rugir.

—¡Imbecil! ¡Fué Kent el que se vendió! ¡El fué el que le "sopló" a Wallace! ¡Morgan no dijo una palabra!—Poy le gritó.

Butch murmuró:

—¡Kent! ¡Qué quieres decir?

—¡Sí! ¡Kent fué el traidor!...

Kent—repitió Pop.

Butch lanzó una ruidosa maldición, se convirtió en seguida en un ruido sordo que se ahogó en su garganta.

—¡Kent! ¡Menos mal que ya la pagó! ¡Hace un momento que se lo "acharon"! ¡Abajo está, hecho una criba!

Trabajosamente, se arrastró al interior de la celda.

—¿En dónde estás, Morgan, amigo mío?—llamó.

—Aquí, Butch—replicó Morgan, con voz débil.

—Te "caló", Morgan?

—No se nada serio, Butch... ¿Y tú?

¿Estás herido? ¡A ver!... ¡Qué lástima! ¡Un hombre como tú, que tengas que morir en "chirona"!...

—¡Bah! ¡Butch no muere! ¡No hay metal que me toque!... ¡Me alegro de que no hayas sido tú el "soplán"!...

Alargó la mano, buscando la de Morgan.

—¡Dame la mano, Morgan!... ¡Somos camaradas!... ¿eh?

Morgan le estrechó la mano.

—Camaradas, Butch... Ya sabía ya que nunca me tomaste por uno "de los otros".

—¡A ti, Morgan? ¡Imposible! El traidor fué Kent. ¡Naturalmente! Desde la primera noche que pasó aquí, haré como una chiquilla, ¿te acuerdas!...

Calló, fatigado. Haciendo un esfuerzo, prosiguió, tratando de sonreír:

—¿Qué es lo que me pasa?... Me siento raro... No soy ¡J Butch de antes... Bueno, Morgan... buena suerte... Habla de mí a tu hombre... Háblale de Butch, El Ametrallador, el Matón... Tu amigo... ¿Eh?...

Afuera, se escuchó un fragor formidable.

Los dedos hémicos de Butch, hundiéndose sobre la mano de Morgan, fueron apesadumados por uno a uno.

XX

Morgan supo más tarde, cuando en la enfermería de la prisión se le dio permiso para recibir la visita del agradecido Pop Riker y del resto de los guardas a quienes su oportuna intervención había salvado la vida, que la llegada de un regimiento de tropas del estado, con ayuda de una media docena de tanques militares, había dado fin al trágico motín.

poco tiempo después de que Morgan y Butch tuvieran su última y triste entrevista. El fragor que escuchó Morgan un instante antes de quedar desmayado en brazos de Pop, había señalado la presencia de las tropas y de los tanques, que, invadiendo el patio de la prisión y atacando a los amotinados que aun se defendían resacalemente, había decidido a

favor de la sociedad el horrendo encuentro.

Das semanas más tarde de aquel trágico día de Gracia, recordadas un tanto sus «energías», llevando un brazo en cabestrillo y apoyándose en un bastón, sufrando todavía de las heridas recibidas en el hombro y en la pierna, Morgan abandonó la enfermería de la prisión para hacerse presente al alcalde que le había hecho llamar. Conducido por Pop a su despacho, abrió la puerta y entró.

El alcalde le vio y le hizo una seña para que se adelantara. Morgan avanzó y se detuvo ante el escritorio del jefe del presidio. Este concluyó de escribir unas notas y levantó al fin la cabeza.

—Le he hecho llamar, Morgan, para entregarle esto—le dijo.

Al mismo tiempo, le alargó un documento. Morgan lo desplegó y leyó:

“PERDON. Segun todos los que leyeron que por el presente se hace constar que...”

Morgan vaciló y estuvo a punto de caer.

—Pero... apenas pudo murmurar.

El alcalde le dijo:

—Este documento quiere decir que el Gobernador del estado, a solicitud mía, le ha concedido a usted un perdón amplio y... completo. Es decir, incondicional. Es usted libre, Morgan. ¡Libre!

Y le alargó la mano, que Morgan tomó sin acortar a darse cuenta de lo que aquella significaba. El alcalde le estrechó la mano con calor.

Morgan se sentía incapaz de pronunciar palabra. El alcalde le dijo con paternal severidad:

—Morgan, deseo darle personalmente las gracias por haber salvado la vida de nuestros guardas, la de Pop en particular. Solo usted ahora a luchar contra un mundo al que los periódicos han puesto ya al tanto de su heroísmo y de su lealtad, pero que se da prisa en olvidar nuestras obras buenas y recuerda siempre nuestras malas acciones. Para el mundo, no dejará usted nunca de ser un... ex-presidario. Cualquier falso movimiento que haga usted, cualquiera actitud dudosa que usted adopte, hará que

las gentes muevan la cabeza y murmuren: “¿Qué se puede esperar de un hombre que ha estado en presidio?” Me es muy duro decirle todo esto, Morgan, pero lo considero mi deber. Mi deber hacia usted mismo. Estoy seguro que lo comprenderá así. A pesar de todo, la vida no va a abrirse ante usted bajo un prisma color de rosa. Antes, cuando salió usted de la prisión por la puerta falsa, incurrió en la pena de la sociedad. A ello se debió que no tardara en volver por aquí. Yo no esperaba menos. Pero confío en que ahora está resuelto a tomar otra camino. Pongo mi confianza en usted.

—Gracias, señor—replicó Morgan recordando al fin el dominio de sí mismo, y hablando con un tono de inquestrable resolución. Y agregó:—¿Cuándo podrá salir, señor?

—Ahora mismo. Es usted un hombre libre. Tiene usted derecho a un trabajo de panadero que está ya esperando. Igualmente—agregó, restiende la mano en el bolsillo y sacando un papel—, aquí tiene usted una. Uno de los diarios de la mañana me envió este cheque por 4,280 pesos con la súplica de que lo ponga en sus manos. Esta suma la reunió ese diario por subscripción popular, como recompensa espontánea a su valor y a su lealtad.

Ante esto, Morgan perdió nuevamente el uso de la palabra y el dominio que había recobrado sobre sí. Aquello era demasiado.

El alcalde hizo una pausa. Le miró fijamente con aire un tanto paternal y le preguntó:

—¿Está usted listo para emprender una nueva vida?

Morgan, dominando su emoción, replicó:

—Sí, señor. Así lo creo.

—Bien. ¿Qué proyectos tiene usted para el porvenir?

Morgan vaciló por un momento. En seguida, con un rostro resplandeciente de esperanza, contestó:

—Piense dejar el país, señor... Quizá vaya a las Antillas... Tengo intenciones de ir allá a trabajar en la tierra...

re-
n-
le
sh
er
lo
ta
ta
la
d-
d-
er
ro
a
ti

u-
no,
de

ore
de
de
no
qui
la
so
en
ese
mo
a

nte
que
era

no
l. s

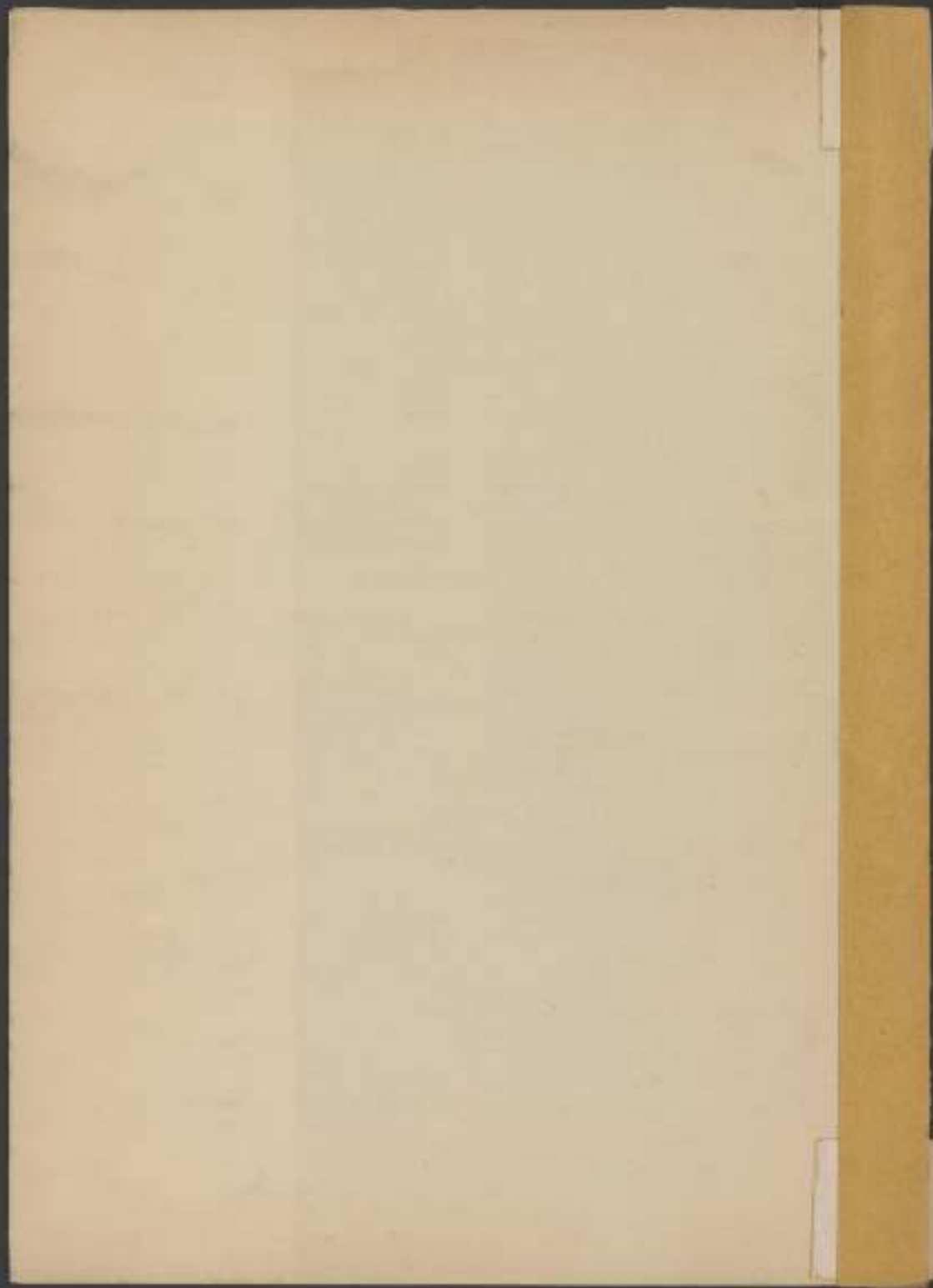
de

re

ced

En
ente

las
mer





520

